







COMPENDIO

DEL VIAGE

DEL

JOVEN ANACARSIS.

—

TOMO II.

Mont. 5
5/29
Rs 479991

BARCELONA: EN LA LIBRERÍA DE OLÍVA,
JUNTO Á LA PLAZA DE SANTA MARIA.

R. 49636

COMPENDIO

DEL VIAGE

DEL

JOVEN ANACARSIS

Á LA GRECIA.

Por Juan Santiago Bartelemi.

*ESTRACTADO POR ANT. C.***

Traducido del Frances y aumentado

Por J. March.

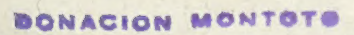
TOMO SEGUNDO.

GERONA: Mayo 1831.

EN LA OFICINA DE A. OLÍVA, IMPRESOR DE S. M.

Con las licencias necesarias.

BIBLIOTECA UNIVERSITARIA SEVILLA



Todos los ejemplares van rubricados por el propietario de la obra, quien demandará en juicio al que la reimprima sin su consentimiento.

COMPENDIO
DEL VIAGE
DEL JÓVEN ANACARSIS
EN GRECIA.

CAPÍTULO L.

Viage á la Arcádia.

Algunos dias despues de la conversacion referida, nos despedimos de Damonax con mutuo sentimiento, y tomamos el camino de la Arcádia.

Vimos lo primero á Belina plaza fuerte, y atravesando el valle, por donde se va desde esta ciudad á Megalópolis, llegamos á esta capital distante de Lacedemónia trescientos cuarenta estadios (once leguas y cuarto.) Durante nuestro viage, nos recreamos viendo por ambos lados el curso, ya de torrentes impetuosos que sonaban con estrépito, y ya de las aguas del Eurotas, del Tiuns y del Alféo.

Ocupa la Arcádia el centro del Peloponeso, y elevándose por encima de las re-

giones que la cercan, está erizada de montes, algunos de ellos de altura prodigiosa, casi todos poblados de bestias monteses y cubiertos de bosques. Las campiñas cortadas por muchas partes de rios y de arroyos, producen en general trigo y otros granos en abundancia. En ella son los pastos escelentes, en particular para los asnos y los caballos, por cuya razon son muy estimados.

Los arcádios se creen hijos de la tierra, por que siempre han habitado el mismo pais y jamas han sufrido el yugo estrangero. Son aficionados á la poesia, al canto, la danza y las fiestas; humanos, benéficos, hospitalarios, pacientes en los trabajos y obstinados en sus empresas con desprecio de los obstáculos y los peligros. Han peleado muchas veces con buen éxito y siempre con gloria.

Sometidos antiguamente á reyes, por último se dividieron en muchas repúblicas. Mantinéa y Termidas son cabezas de esta confederacion que seria muy temible, si reuniese sus fuerzas, por que el pais es muy poblado; pero la envidia del poder mantiene continuamente la division en los estados grandes y pequeños.

Cuando entramos en Megalópolis, hacía cerca de quince años nada mas que habia

sido fundada esta ciudad por Epaminondas, y quedamos admirados tanto de la estension de su recinto, como de la altura de sus murallas, flanqueadas de torres; de modo que causaba ya zelos á Lacedemónia, lo cual advertí en una conversacion que tuve con el rey Archîdamo, quien algunos años despues atacó á esta colonia naciente, y por último ajustó un tratado con ella.

Determinamos dar una vuelta por la Arcádia, cuyo pais ofrece una continuacion de cuadros amenos y variados, en que la naturaleza ha desplegado la grandeza y fecundidad de sus ideas, reuniéndolas negligentemente, sin atender á las diferencias de géneros. La mano potente que fundó sobre bases eternas tantos peñascos áridos y enormes, se divirtió en dibujar á su pie ó en sus intervalos, praderas encantadoras, asilo de la frescura y del reposo: por todas partes se ven sitios pintorescos, contrastes imprevistos y efectos admirables. ¡Oh cuantas veces, habiendo llegado á la cumbre de un soberbio monte, hemos visto serpentear el rayo por debajo de nosotros! ¡Cuantas tambien, parados en la region de las nubes, vimos de improviso la luz del dia convertirse en una claridad tenebrosa, ofreciendo á nuestra vista un espectáculo

tan hermoso como terrible! Aquellos torrentes de vapor que pasaban rapidamente por delante de nuestros ojos y se precipitaban en profundos valles, aquellos torrentes de agua que caian bramando al fondo de los abismos, aquellas grandes masas de montes que entre las nieblas espesas de que estábamos rodeados, parecian teñidas de negro, los fúnebres cantos de las aves y el susurro lamentable de los vientos y de los árboles; todo, todo ofrecia el aspecto del infierno de Empédocles; y presentaba aquel Océano de aire blanquecino, que impele y rechaza las almas delincuentes, ya atravesando las llanuras de los aires, y ya por en medio de los globos sembrados en el espacio.

Salimos de Megalópolis, y habiendo pasado el Alféo, fuimos á Licosura al pie del monte Licéo, por otro nombre Olimpo. Este pais está lleno de bosques y poblado de animales monteses. Por la noche nos hablaron nuestros huespedes de su ciudad que es la mas antigua del mundo; de su monte, donde fué criado Júpiter, del templo y de las fiestas de este dios. El dia siguiente subimos á la cumbre del monte Licéo, y presenciamos unos juegos celebrados en honor del dios Pan, cerca de un

templo y un bosquecillo que le están dedicados.

Los arcádios son muy adictos al culto de esta divinidad, á la cual representan en sus monedas. Este dios persigue en la caza á los animales dañinos á las mieses, se complace en andar errante por las montañas, cuida desde allí de los numerosos rebaños esparcidos por la llanura, y tocando el instrumento de siete cañas inventado por él, hace resonar sus ecos por los valles cercanos.

Pan poseia en otro tiempo mucha hacienda, y predecia lo futuro en uno de sus templos, donde mantienen una lámpara que arde noche y dia. Los arcádios afirman todavia, que distribuye á los mortales en vida las penas y recompensas que merecen. Le ponen como los egipcios, en la gerarquia de las primeras divinidades, y el nombre que le dan, parece significar que estiende su imperio sobre toda sustancia material.

Vimos á Figaléa que se descubre á lo lejos sobre una roca muy escarpada; el monte Elío, donde se vé una gruta que sirvió de asilo á Ceres, desconsolada por la pérdida de su hija Proserpina, y el monte Cotisio, en el cual hay un lugar con un templo de los mas hermosos del Peloponeso

dedicado á Apolo; luego pasamos el Alféo, á corta distancia de Trapezonta, y fuimos á dormir en Gortis, cuyas campiñas fertiliza un rio del mismo nombre.

Los poetas han celebrado las frescuras de las aguas del Cidro en Cilicia, y del Melas en Panfilia, pero aun eran mas dignas de tales elogios las de Cortinio; jamas las hielan los frios mas rigurosos, ni nunca alteran su temperatura los calores mas ardientes. Ya se bañe uno en ellas ó ya las beba, siempre aprovechan y causan sensaciones deliciosas.

Ademas de aquella frescura que hace singulares las aguas de la Arcádia, las del Ladon que atravesamos al dia siguiente, son tan transparentes y tan puras, que no las hay mas bellas en la tierra. Junto á sus márgenes, á que hacen sombra los altos y frondosos álamos, vimos á las jóvenes de aquellas cercanias, danzando al rededor de un laurel, en el cual acababan de colgar guirnaldas de flores. La jóven Clitia, acompañándose con su lira, cantaba los amores de Dafne hija de Ladon y de Leucipa hija del rey de Pisa.

Subimos por la orilla del Ladon, y volviendo á la izquierda tomamos el camino de Sofis. Esta ciudad una de las mas anti-

guas del Peloponeso, está situada en los confines de la Arcádia y de la Elida. En ella fijaron nuestra atencion dos objetos dignos de notarse. Vimos allí el sepulcro de aquel Alcmeon que obedeciendo las órdenes de su hermano Amfiarao, mató á su madre Erifile, y habiendo sido perseguido mucho tiempo por las furias, terminó el desdichado su vida agitado horriblemente. Al lado de su sepulcro, cuyos únicos adornos son unos cipreses de estraordinaria altura, nos enseñaron una reducida posesion y una cabaña, donde vivió algunos siglos hace, un ciudadano pobre y virtuoso llamado Aglao; sin temores ni deseos, ignorado de los hombres é ignorante de lo que entre ellos pasaba, cultibaba sus tierrecillas, cuyos límites no estendió jamas; habia llegado á una estrema vejez, cuando ocurrió que unos embajadores del poderoso rey de Lidia, Giges ó Creso, fueron encargados de preguntar al Oráculo de Delfos, si existia en alguna parte de la tierra un mortal mas feliz que aquel príncipe, á lo cual respondió la Pitia: «Aglao de Sofis.»

Desde esta ciudad fuimos á la de Fenéos, la cual aunque es una de las principales de la Arcádia, nada contiene digno de atencion; pero la llanura inmediata ofre-

ció á nuestra vista uno de los monumentos mas hermosos de la antiguedad. No se puede fijar la época, pero se vé facilmente que en los siglos muy remotos, habiéndola sumergido enteramente los torrentes que bajan de los montes, arrasaron la antigua Fenéos, y para evitar en lo sucesivo semejante desastre, se adoptó el medio de abrir en el llano un canal de cincuenta estadios de largo (cerca de una legua y tres cuartos,) de treinta pies de hondura y de ancho proporcionado. Este canal debia recibir las aguas del rio Olvio y las de avenidas de lluvias estraordinarias, llevándolas hasta dos abismos que aun subsisten al pie de dos montes, bajo los cuales se han abierto naturalmente unos conductos subterráneos. Suponen que Hércules fué el autor de estas obras: mas sea lo que quiera, descuidaron insensiblemente la conservacion del canal, y con el tiempo un terremoto obstruyó los conductos subterráneos que absorvian las aguas de los campos.

Los habitantes refugiados en unas alturas, construyeron puentes de madera para comunicarse, y como quiera que la inundacion aumentaba de dia en dia, se vieron por último precisadòs á levantar otros puentes sobre los primeros.

Algun tiempo despues, se abriéron paso las aguas por debajo de tierra por enmedio de los hundimientos que las detenian, y saliendo con furor de aquellos obscuros retiros, llevaron la consternacion á muchas provincias. El Ladon, este hermoso y pacífico rio de que ya he hablado, y que cesó de correr desde la obstruccion de los canales subterráneos, convertido en torrentes impetuosos, se precipitó en el Alféo que sumergió el territorio de Olímpia.

Desde Féneos fuimos á Cafies, donde nos enseñaron cerca de una fuente un antiguo plátano que tiene el nombre de Menelao, y contaban que este príncipe le plantó antes de ir al sitio de Troya. Saliendo de esta ciudad situada en un monte, tomamos el camino de Orcomena que vimos de paso, y en seguida entramos en uno de los dos caminos que van á Mantinéa.

Esta ciudad fundada en otro tiempo por los habitantes de cuatro ó cinco aldeas de las inmediaciones, sobresale por su poblacion, sus riquezas y los monumentos que la adornan; tiene fértiles campos, y parten de su recinto muchos caminos que se dirigen á las principales ciudades de la Arcádia. Cuentan que sus habitantes son los primeros que imaginaron pelear cuerpo á

cuerpo; los primeros tambien que vistieron militarmente, y que hicieron uso de una especie de armadura que tiene el nombre de esta ciudad. Siempre se les ha mirado como los mas valientes de la Arcádia.

Iendo de Mantinéa á Tegéa, teníamos á la derecha el monte Menalo, y á la izquierda una gran selva. En la llanura que hay en medio de estas barreras, se dió hace algunos años aquella célebre batalla, en que Epaminondas ganó la victoria y perdió la vida. Allí mismo le erigieron dos monumentos, que son un trofeo y un sepulcro cerca el uno del otro, como si la filosofia les hubiese señalado el puesto.

Dispútanse tres ciudades el débil honor de haber dado á luz el soldado que dió á Epaminondas el golpe mortal. Los atenienses nombran á Grillo hijo de Jenofonte, y han exigido de Eufanor, que en uno de sus cuadros se conformase con esta opinion: segun los mantinéos, lo fué Machérion uno de sus conciudadanos, y segun los lacedemónios el espartano Anticrates.

Tegéa solo dista de Mantinéa cien estadios (tres leguas y cuarto.) Sus habitantes son famosos por su valentia. En la batalla de Platéa que dió fin á la gran querella de la Grecia y de la Persia, los tegeates en

número de mil quinientos, disputaron á los atenienses el honor de mandar un ala del egército de los griegos y no lo consiguieron; pero mostraron con las acciones mas ilustres, que eran dignos de ello.

Cada ciudad de la Grecia se pone bajo la proteccion especial de una divinidad. Tegéa ha escogido á Minerva apellidada Alea, cuyo antiguo templo fué quemado y reedificado de nuevo bajo el plan y direccion de Escopas de Paros; el mismo, de quien hay tantas y tan célebres estátuas. Este templo es el mas hermoso de cuantos existen en el Peloponeso, y está servido por una doncella que abdica el sacerdocio cuando llega á la edad de la pubertad. Vimos tambien otro templo, en el cual solamente entra el sacerdote una vez al año.

CAPÍTULO LI.

Viage á la Argólida.

Desde Tegéa entramos en la Argólida por en medio de altos montes. Acercándonos al mar, vimos el lago de Lerna, mansion en otro tiempo de aquella hidra monstruosa, de que triunfó Hércules, y luego to-

mamos el camino de Argos atravesando una pradera amena.

La Argólida fué la cuna de los griegos, pues ella recibió las primeras colonias estrangeras que fueron á civilizarlos, y fué tambien el teatro de la mayor parte de los acontecimientos que ocupan los antiguos anales de la Grecia. Aqui es donde se presentó Inaco, que dió su nombre al rio, cuyas aguas riegan el territorio de Argos, y aqui vivieron tambien Dánao, Hipermestra, Lincéo, Alcmeon, Perséo, Amfitrion, Pelops, Atréo, Fiestes, Agamenon y otros muchos personages famosos.

Argos está situada al pie de una colina, sobre la cual han construido la ciudadela. Es una de las ciudades mas antiguas de la Grecia, desde su orígen dió tanto lustre y esplendor, que algunas veces pusieron su nombre á la provincia, al Peloponeso y á la Grecia entera; pero habiéndose establecido en Micenas la casa de los Pelópidas, esta ciudad eclipsó la gloria de su rival. Agamenon reinaba en la primera y Diomedes y Estenelo en la segunda. Algun tiempo despues recobró Argos su esplendor para siempre.

Los argivos son famosos por su valentia, han tenido frecuentes contiendas con las

naciones inmediatas, y nunca han temido medir sus armas con los lacedemónios que han solicitado muchas veces su alianza. Aunque han sido negligentes en las ciencias, no por esto han dejado de cultivar las artes, de modo que han sobresalido entre ellos muchos músicos y escultores, siendo célebre entre estos últimos Policleto que vivia en tiempo de Pericles. Este escultor escediendo á Fidias, añadió nüevas bellezas á la naturaleza del hombre; pero ofreciéndonos la imagen de los dioses, no se elevó á la sublimidad de su rival. Escogia sus modelos en la juventud ó en la infancia, pudiendo decirse, que la vejez espantaba sus manos acostumbradas á representar las gracias. Consérvase de él una figura, en que las proporciones del cuerpo humano están observadas de tal modo, que por un juicio irrefragable los artistas mismos la han llamado la regla, y la estudian cuando tienen que representar la misma naturaleza en las mismas circunstancias, por que no se puede imaginar un modelo único para todas las edades, todos los sexos y todos los carácteres. Si hay alguna vez quien censure á Policleto, se le puede contestar que sino llegó á la perfeccion, á lo menos se acercó bastante. El mismo parecia que des-

confiaba del éxito de sus obras, pues en un tiempo en que los artistas escribian al pie de sus obras, *fulano la hizo,* se contentó con poner en las suyas, *Policleto la hacia,* como si esperase el juicio del público para acabarla. Escuchaba el dictamen de todos y sabia apreciarlos. Hizo dos estátuas sobre un mismo asunto, la una en secreto, sin consultar mas que á su genio y las reglas del arte, y la otra en su taller, á vista de todo el mundo, corrigiéndola y reformándola á gusto de aquellos que le daban consejos. Luego que las hubo acabado, las espuso al público. La primera escitó la admiracion y la segunda carcajadas de risa. Entonces dijo: «Ved aqui vuestra obra y mirad aqui la mia.»

Telesila que florecia cerca de ciento cincuenta años hace, ilustró á su patria con sus escritos y la salvó con su valor. La ciudad de Argos iba á caer en poder de los lacedemónios, y acababa de perder seis mil hombres, entre los cuales se encontraba la flor de la juventud. En tan fatal momento, reune Telesila las mugeres que juzgó mas á propósito para ayudar á su intento; entrégales las armas, de que ha despojado los templos y las casas de los particulares, corre con ellas á las murallas, y rechaza al ene-

migo, que temeroso de que le avergüencen con la victoria ó la derrota, tomó el partido de retirarse. Hiciéronse los mas grandes honores á estas guerreras: las que murieron en el combate, fueron enterradas al lado del camino de Argos, y permitióse á las demas, que erigiesen una estátua al dios Marte. La de Telesila fué colocada sobre una columna en frente del templo de Venus, y en lugar de echar la vista sobre unos libros figurados á sus pies, la fija recreándose en un casco que tiene en la mano y va á poner en su cabeza. En fin, para perpetuar la memoria de un acontecimiento tan estraordinario, instituyeron una fiesta anua, en que las mugeres van vestidas de hombres y los hombres de mugeres.

Sucede en Argos lo que en todas las ciudades de la Grecia, donde son comunes los monumentos de las artes, pero muy raro las obras clásicas. Entre estas últimas, bastará nombrar muchas estátuas de Policleto y de Praxiteles.

Vimos con sumo interés que llamaron nuestra atencion entre muchos objetos, un grupo representando á Perilao de Argos, en actitud de dar muerte al espartano Otriadas. Los lacedemónios y los argivos se disputaban la posesion de la ciudad de Tiréa,

y convinieron en nombrar de una y otra parte trescientos guerreros, cuyo combate decidiria la disputa. Murieron todos escepto dos argivos que creyéndose seguros de victoria, llevaron la noticia á los magistrados de Argos. En tanto respiraba Otriadas todavia, á pesar de sus heridas mortales, tuvo bastante fuerza para levantar un trofeo en el campo de batalla, y despues de haber escrito con su sangre estas pocas palabras; *los lacedemónios vencedores de los argivos*, se dió la muerte por no sobrevivir á sus compañeros.

Á cuarenta estadios de Argos (mas de cinco cuartos de legua,) está el templo de Juno, que es uno de los mas célebres de la Grecia, comun en otro tiempo á esta ciudad y á Micenas. Se halla construido al pie del monte Eubéa, á las márgenes de un riachuelo, y dá indicios de los progresos de las artes; tanto que perpetuará la memoria del arquitecto Eupomelo, asi como de Policle, cuyo cincel la ha enriquecido con muchas obras, entre otras la de una estátua de Juno casi colosal. Este templo está servido desde su fundacion por una sacerdotisa, que debe entre otras cosas abstenerse de comer ciertos peces. La erigen en vida una estátua, y despues de su

muerte graban en ella su nombre y la duracion de su sacerdocio.

Mientras celebraban la fiesta de la diosa, nos contaron la historia de una sacerdotisa llamada Cídipa que fué deudora de su gloria á sus hijos. Esta solemnidad, á la cual concurren infinitas gentes, es digna de admiracion, en particular por una pompa magnífica que vá desde Argos hasta el templo de Juno; preceden la marcha cien bueyes adornados con guirnaldas, los cuales se sacrifican y distribuyen á los asistentes, y protege la procesion un cuerpo de jóvenes argivos, vestidos con armaduras refulgentes, las cuales dejan por respeto al pie del altar; cierra la marcha la sacerdotisa llevada en un carro tirado de dos bueyes, cuya blancura iguala á su belleza. Sucedió pues que en tiempo de Cídipa, habiendo desfilado la procesion, y no llegando los bueyes que debian tirar del carro, asieron de él Cléobis y Biton, y llevaron á su madre en triunfo por el espacio de cuarenta estadios (cerca de legua y media) por la llanura, y hasta la mitad del monte, donde estaba situado el templo. Llegó Cídipa entre aclamaciones y aplausos, y en los arrebatos de su gozo suplicó á la diosa que concediese á sus hijos la mayor dicha.

Fueron oidos sus votos, segun dicen, y apoderándose de ellos un dulce sueño en el templo mismo, pasaron tranquilamente de la vida á la muerte. Los argivos enviaron á Delfos las estátuas de estos dos generosos hijos, y en un templo de la Argólida he visto un grupo que los representa asidos al carro de su madre.

Salimos para Tirinto, distante de Argos cerca de cincuenta estadios (mas de legua y media.) En esta antigua ciudad no quedan mas que murallas de mas de veinte pies de grueso y de altura proporcionada, construidas de peñas enormes amontonadas unas sobre otras; y á causa de no haberlas labrado, tuvieron que rellenar con piedras pequeñas los vacíos que quedaban entre peña y peña. Estas murallas duran muchos siglos hace, y quizás causarán admiracion durante millares de siglos todavia. El mismo trabajo se observa en los antiguos monumentos de Argólida, y particularmente en los muros medio derrivados de Micenas y en las grandes escavaciones que vimos cerca del puerto de Náuplia, situado á corta distancia de Tirinto.

Atribuyen todas estas obras á los cíclopes, creyendo que las construcciones, digámoslo así, gigantescas no podian ser de

otros, sino de gigantes hijos del cielo y de la tierra, encargados de forjar los rayos de Júpiter. Sin duda no se habia observado que los hombres desde los tiempos mas remotos, construyéndose sus moradas, pensaron mas en la solidez, que en la elegancia, y se valieron de medios poderosos para dar mas larga duracion á unos trabajos indispensables. Asi es que escavaban en los peñascos espaciosas cavernas para refugiarse á ellas en vida, ó que allí los depositasen cuando muriesen: desprendian peñascos de los montes, y cercaban con ellos sus moradas, siendo esto el efecto de la fuerza y el triunfo de los obstáculos. Trabajaban entonces con arreglo al plan de la naturaleza, que nada hace que no sea sencillo, necesario y duradero.

Mientras nos referian en Tirinto, que los argivos fatigados con largas guerras, habian destruido esta ciudad y algunas otras, Filotas nos contó una que habia sabido referente á los tirintios. Este pueblo se habia acostumbrado á burlarse de todo, de manera, que no podia ya tratar sin reirse, aun de los asuntos mas serios. Cansados ya de su ligereza, se dirigieron al oráculo de Delfos, el cual les aseguró que curarian de su achaque, si despues de sacrificar á Neptuno

un toro podian echarle al mar sin reirse. Era sabido que la restriccion impuesta no permitiria acabar con seriedad tal prueba, mas no obstante se reunieron en la playa, alejaron de allí los muchachos, y queriendo apartar á uno que se habia mezclado entre los grandes, esclamó este. «¿Que, teneis miedo de que yo me trague el toro?» Al oir estas palabras soltaron todos la risa, y persuadidos de que su enfermedad era incurable, se sometieron al rigor de su destino.

Salimos de Tirinto, y habiendo vistó á Hermíone y Trezen, costeamos el mar y llegamos á Epidauro situada en el centro de un golfo, en frente de la isla de Egina. Extramuros de esta ciudad y á distancia de cuarenta estadios (mas de cinco cuartos de legua,) estan el templo y el bosque sagrado de Esculapio, adonde van los enfermos de todas partes á buscar la salud. Allí hay un consejo compuesto de ciento ochenta ciudadanos, encargado de la administracion de este reducido pais. Nada se sabe de cierto acerca de la vida de Esculapio, y este es el motivo de que se digan tantas cosas. Ciertas tradiciones parece que dan algunas luces de la verdad, y nos presentan un hilo que seguimos por un momento sin empeñarnos en rodeos.

El maestro de Aquiles, el sabio Quiron, habia adquirido algunos conocimientos sobre las virtudes de los simples, y otras mayores acerca de las fracturas y dislocaciones, las cuales transmitió á sus descendientes que aun existen en Tesália y que en todo tiempo se han dedicado generosamente á cuidar de los enfermos. Parece que Esculapio fué su discípulo, y que habiendo llegado á ser el depositario de sus secretos, los comunicó á sus hijos Macaon y Podaliro, que despues de su muerte reinaron en una ciudad pequeña de Tesália. Durante el sitio de Troya, se distinguieron por su valor en los combates y su habilidad en curar á los heridos. Macaon perdió la vida bajo los muros de Troya, y sus cenizas fueron trasladadas al Peloponeso por el cuidado de Nestor. Sus hijos aficionados á la profesion del padre, se establecieron en aquel pais, donde erigieron altares á su abuelo, y los merecieron por los importantes servicios que hicieron á la humanidad doliente.

El autor de una familia tan respetable, llegó á ser en breve el objeto de la veneracion pública. Su promocion á la gerarquia de los dioses, debe ser sin duda posterior al tiempo de Homero, pues no habla de él sino como de un simple particular, pero

en el dia le hacen por todas partes honores divinos. Su culto ha pasado de Epidauro á las demas ciudades de la Grecia, y aun á climas lejanos. Se estenderá ciertamente mas y mas, por que los enfermos imploran siempre con suma confianza la piedad de una divinidad que estuvo sujeta á sus mismas enfermedades.

El templo del dios está adornado con su estátua, obra de Trasimedo de Paros, y es de oro y marfil: Esculapio está sentado en un trono con un perro á sus pies, tiene un palo en una mano, y alarga la otra sobre una serpiente que está en ademan de endecezarse para tocarle. El artista ha esculpido en el trono las hazañas de algunos héroes de la Argólida, y allí se ve á Belerofonte que triunfa de la Quimera y á Perséo cortando la cabeza á Medusa.

Cerca del edificio hay un salon, en el cual pasan las noches los que van á consultar á Esculapio, despues de haber dejado sobre la mesa santa algunas tortas, frutas y otras ofrendas. Uno de los sacerdotes les manda que se entreguen al sueño, que guarden profundo silencio, y que estén atentos á los sueños que el dios va á enviarles: en seguida apaga las luces, y tiene el cuidado de recoger las ofrendas que hay encima de

la mesa. A poco rato creen los enfermos que oyen la voz de Esculapio, prescribiéndoles los remedios oportunos para su curacion, que todos son muy conformes á los de otros médicos, y les entera al mismo tiempo de las prácticas de devocion, con que deben asegurar su efecto.

Están consagradas á este dios las culebras en general; ya porque la mayor parte de ellas tienen propiedades de que hace uso la medicina, ya por otras razones difíciles de esponer; pero Esculapio parece que prefiere las que se crian en el territorio de Epidauro, cuyo color es amarillento, no tienen veneno, son de índole mansa y apacible y gustan de vivir familiarmente con el hombre. La que mantienen los sacerdotes en lo interior del templo, se les enrosca algunas veces al rededor del cuerpo, ó se empina sobre la cola para tomar la comida que la presentan en un plato. Rara vez la dejan salir, y cuando la dan libertad, se pasea con magestad por las calles: su aparicion es de feliz presagio y por tanto escita un entusiasmo general.

Se ven de estas culebras domésticas en los otros templos de Esculapio, en los de Baco y de algunas otras divinidades, siendo mas comunes en Pella capital de la Ma-

cedónia, de modo que las mugeres tienen gusto particular en criarlas. En los calores rigurosos del verano se dan vueltas con ellas al cuello cual si fuesen un collar, y en sus órgias les sirven como de adorno ó las agitan encima de su cabeza. Cuando yo estaba en Grecia, se decia que Olímpias muger de Filipo rey de Macedónia, solia acostar con ella una de estas culebras, y aun añadian que Júpiter habia tomado la forma de este animal y que Alejandro era hijo suyo.

Volvimos á pasar por Argos, y tomamos el camino de Neméa, ciudad famosa por los juegos que en ella se celebran de tres en tres años en honor de Júpiter; pero ofrecen poco mas ó menos el mismo interes que los espectáculos de Olímpia, y por lo mismo omito hablar de ellas. Baste observar que los argivos los presiden y que unicamente se concede al vencedor una corona de apio. Nos internamos luego en los montes, y á quince estadios de la ciudad nuestros guias nos enseñaron con espanto la caverna, donde estaba el leon que Hércules mató con su clava. De allí, habiendo vuelto á Corinto, volvimos á tomar en breve el camino de Atenas, donde al punto que llegué, continué mis averiguaciones, tanto en lo relativo á la administracion, como

acerca de las opiniones y los diferentes ramos de la literatura.

CAPÍTULO LII.

República de Platon.

Dos grandes objetos ocupan á los filósofos de la Grecia: el como se gobierna el mundo, y como se ha de gobernar á los hombres. Espondré aqui los medios de que se valió Platon para formar una sociedad la mas dichosa, y ved aqui la idea que nos dió de su sistema un dia que se encontraba en la Académia, donde hacia algun tiempo que habia dejado de dar lecciones. Si se hubieran de conservar á sus pensamientos los encantos con que supo hermosearlos, seria preciso que las gracias tomasen el pincel.

«No voy á trazar, nos dijo, el plan de una monarquia, ni de su sistema democrático. Poco me importa que la autoridad esté en manos de uno solo ó de muchos, pues formo un gobierno, en que los pueblos pueden ser felices bajo el imperio de la virtud. Divido los ciudadanos en tres clases, á saber: la de los mercenarios ó sea la multitud, la de los militares ó guardias del estado, y la de los magistrados ó los sabios.

Nada prescribo á la primera, pues se ha hecho para seguir ciegamente el impulso de las otras dos. Quiero un cuerpo de militares que tengan siempre las armas en la mano, á fin de mantener en el estado una paz duradera. Esta clase no debe mezclarse con los otros ciudadanos, sino que debe permanecer siempre en un campamento, y estar dispuestos á reprimir las facciones intestinas y á repeler los ataques esteriores.

«Su educacion debe empezar desde los primeros años de su infancia, y se tendrá particular cuidado de que no les cuenten ni aprendan las vanas ficciones depositadas en los escritos de Homero, de Hesíodo y de otros poetas. Anuncíeles la poesia la divinidad con tanta dignidad como encanto, y digáseles continuamente, que dios no puede ser autor mas que del bien, que no causa á nadie su desgracia, que sus castigos son beneficios, y que los malos son dignos de compasion, no cuando los esperimentan, sino cuando encuentran el medio de substraerse á ellos. Se les debe decir, que el verdadero heroismo consiste en dominar sus pasiones y obedecer á las leyes. Se imprimirán en su alma, como en el bronce, las ideas inmortales de la justicia y de la verdad, y quedará grabado en ella con ca-

rácteres indelebles, que los malos son infelices en la prosperidad y la virtud feliz en la persecucion y aun en el olvido. Todo dependerá en nuestra república de la educacion de los militares, y en esta educacion todo dependerá tambien de la severidad de la disciplina: deben mirar pues la menor observancia como una obligacion, y el mas pequeño descuido como un crimen. Es necesario que bajo la mano de los gefes, las almas se hagan aptas para las cosas mas nímias, lo mismo que para las mas grandes ó elevadas; que refrenen frecuentemente su voluntad, y que á fuerza de sacrificios lleguen á no pensar, ni obrar, ni respirar, sino por el bien público. Los que no sean capaces de este desprendimiento de si mismos, no serán admitidos en la clase de los militares, sino reducidos á la de los artesanos y labradores, porque las clases no se han de arreglar por el nacimiento y sí unicamente por las cualidades del alma.

«Antes de pasar adelante, obliguemos á nuestros discípulos á fijar la vista en la vida que han de tener algun dia: les causará menos novedad la severidad de nuestras reglas, y se prepararán asi mejor para el alto destino que les aguarda.

«Si los militares poseyesen tierras y casas, y si el oro y la plata mancillasen una vez sus manos, en breve la ambicion, el odio y todas las pasiones que llevan en pos de sí las riquezas, penetrarian en sus corazones y no serian ya mas que hombres ordinarios. Eximámosles pues de todos estos nímios cuidados que les obligarian á encorbarse ácia la tierra. Mantengáseles en comunidad á espensas del público, pues la patria, á la cual consagran todos sus pensamientos, sus deseos y su reposo, debe encargarse de proveer á sus necesidades, que se reducirán á lo meramente preciso.

«Despojándolos de aquel interés sórdido que ocasiona tantos crímenes, es preciso apagar tambien, ó mas bien perfeccionar en sus corazones, los afectos que inspira la naturaleza, y unirlos entre ellos por los mismos que contribuyen á dividirlos. Nuestros guerreros partirán con sus esposas el cuidado de proveer á la tranquilidad pública, y unos y otras serán educados bajo los mismos principios, en los mismos lugares y por unos mismos maestros. Recibirán juntos con los elementos de las ciencias las lecciones de sabiduria, y en los gimnásios las muchachas sin mas adorno que el de sus virtudes, disputarán el premio de

los egercicios á los muchachos que serán sus émulos.

«En las fiestas instituidas para formar uniones legítimas y santas, se echarán en una urna los nombres de aquellos que han de dar guardas á la república, los cuales serán los militares desde la edad de treinta años hasta cincuenta y seis, y las guerreras desde los veinte á los cuarenta. La casualidad será la que reuna en apariencia á los esposos, pero los magistrados valiéndose de la maña, corregirán de tal modo los caprichos de la suerte, que escogerán siempre los sugetos mas á propósito de uno y otro sexo, para conservar en su pureza la estirpe de nuestros guerreros.

«Los que nacieren de estos matrimonios serán separados de sus padres inmediatamente y depositados en un parage, donde sus madres sin conocerlos, vayan á distribuir ya á los unos, ya á los otros, aquella leche que ya no podrán reservar esclusivamente para el fruto de sus amores.

«Hemos fijado en los corazones de nuestros guerreros dos principios, que deben de concierto reanimar incesantemente su celo, cuales son el sentimiento y las virtudes. No solamente ejercerán el primero de una manera general, mirándose todos

como los ciudadanos de una misma patria, sino que se penetrarán todavia mas y mas de ellos, mirándose como individuos de una misma familia. Lo serán en efecto; y la obscuridad de su nacimiento no empañará jamas los títulos de su afinidad.

«Ahora voy á hablar de nuestros magistrados, de este corto número de hombres escogidos entre los hombres virtuosos, de estos gefes, en una palabra, que sacados de la clase militar, serán tan superiores á ellos por su escelente mérito, como lo serán los guerreros á los artesanos y labradores.

«¡O que precaucion será necesaria en nuestra república para escoger hombres tan raros! ¡Cuanto estudio para conocerlos y que atencion y cuidado para formarlos! Entremos en aquel santuario, donde educan á los hijos de los guerreros, y en el cual pueden merecer ser admitidos los hijos de los otros ciudadanos. Fijemos la atencion en aquellos que reuniendo las ventajas de una buena presencia á las gracias naturales, se distingan de sus semejantes en los ejercicios del cuerpo y del alma, y examinemos su conducta siguiendo los progresos de su educacion.

«Hemos hablado mas arriba de los prin-

cipios que deben arreglar sus costumbres, y ahora corresponde tratar de las ciencias que pueden dar estension á sus luces. Tales son en primer lugar la arismética y la geometria, ambas útiles al guerrero, y necesarias al filósofo, para acostumbrarle á fijar sus ideas y elevarse hasta la verdad. La astronomia, la música, todas las ciencias que produzcan el mismo efecto, entrarán en el plan de nuestra enseñanza. Desde que hayan cumplido los treinta años, los iniciaremos en la ciencia de la meditacion, en este dialecto sublime, que debe ser el término de sus primeros estudios, y cuyo objeto no es tanto el conocer la existencia, como la esencia de las cosas (1).

«Desprendidos de los sentidos y entregados enteramente á la meditacion, se llenarán poco á poco de la idea del bien; de aquel bien por el cual suspiramos con tanto ardor y del cual nos formamos imágenes tan confusas; de aquel bien supremo que siendo orígen de toda verdad y justicia, debe animar al soberano magistrado y hacerle imperturbable en el ejercicio de sus deberes. ¿Mas donde reside? ¿Donde debe-

(1) En tiempo de Platon se comprendia bajo el nombre de dialéctica, la música, la lógica, la teologia natural y la metafísica.

mos buscarlo? ¿Está acaso en los placeres que nos embriagan, en aquellos conocimientos que nos llenan de orgullo y de soberbia, ó en aquella espléndida decoracion que nos deslumbra? No: porque todo lo que es mudable y movible, no puede ser el verdadero bien. Dejemos pues la tierra y las sombras que la cubren, elevemos nuestras almas ácia la mansion de la luz y anunciemos á los mortales las verdades que ignoran..

«Hay dos mundos, uno visible y otro ideal; el primero, formado por el modelo del segundo, es este en que nosotros habitamos; en él es donde estando todo sujeto á la generacion y la corrupcion, todo se muda y pasa sin cesar; aqui no se ven mas que imágenes y porciones fugitivas del ser; el segundo, las esencias y ejemplares de todos los objetos visibles, y estas esencias son verdaderos seres, porque son inmutables. Dos reyes, de los cuales el uno es ministro y esclavo del otro, derraman su claridad en estos dos mundos. De lo alto de los aires el sol hace brotar, y perpetúa los objetos que hace visibles á nuestros ojos, y del lugar mas elevado del mundo intelectual, el bien supremo produce y conserva las esencias que hace inteligibles á nuestras al-

mas. El sol nos alumbra con su luz, el bien supremo con la verdad; y asi como nuestros ojos tienen una percepcion distinta cuando se fijan en los cuerpos ó cae de la luz del dia, asi nuestra alma adquiere una verdadera ciencia cuando contempla los seres en que la verdad se reflecta.

«¿Pero quereis saber cuanta es la diferencia de esplendor y belleza que media entre las luces que iluminan estos dos mundos? Figuraos una cueva profunda, en la cual están los hombres sujetos de tal manera desde su infancia con pesadas cadenas, que no pueden ni moverse del sitio, ni ver otros objetos que aquellos que tienen al frente. Detras de ellos, á cierta distancia, está situado en una altura un fuego, cuya luz se difunde en la caverna; entre este fuego y los cautivos, hay un muro por encima del cual van y vienen las personas, van y vienen las gentes; los unos en silencio, los otros hablando juntos, teniendo en sus manos y levantando sobre el muro figuras de hombres ó de animales, muebles de toda especie, cuyas sombras irán á juntarse en la parte de la caverna que pueden ver los cautivos. Sorprendidos de estas imágenes pasageras, las tendrán por unos seres reales, y llegarán hasta atribuirles movi-

miento, vida y palabra. Escojamos ahora uno de estos cautivos, y para disipar su ilusion rompamos sus cadenas y obliguémosle á que se levante y vuelva la cabeza. Admirado al ver los nuevos objetos que se ofrecen á su vista, dudará de su realidad, y ofuscado y herido del brillo del fuego, apartará de él la vista para dirigirla á los vanos fantasmas de que estaba poseido anteriormente. Hagámosle sufrir una nueva prueba; saquémosle de la caverna, á pesar de sus clamores, sus esfuerzos y las dificultades de una marcha penosa. Cuando se vea en tierra, se encontrará de repente agoviado con el resplandor del dia, y únicamente despues de muchos ensayos, podrá discernir las sombras, los cuerpos, los astros, fijar el sol y mirarle, como autor de las estaciones y el principio fecundo de todo cuanto alcanzan nuestros sentidos.

«¿Qué idea tendrá entonces de los elogios que se dan en la caverna, á los que aprenden y reconocen primero las sombras á su paso? ¿Qué pensará de las pretensiones, los odios, las envidias y los zelos que escitan estos descubrimientos entre aquel pueblo de infelices? La compasion le obligará sin duda á volar en su socorro, para desengañarlos de su falsa inteligencia y de

su pueril saber; pero como al pasar repentinamente de una luz tan grande á tan grande obscuridad, no podrá distinguir al principio cosa alguna, todos se levantarán contra él, y no cesando de echarle en cara su ceguedad, le citarán como un ejemplo espantoso de los peligros que corre el que pasa á la region superior.

«Hé aqui precisamente el cuadro de nuestra funesta condicion: el género humano está sepultado en una caverna inmensa, cargado de cadenas y sin poder ocuparse mas que de sombras vanas y artificiales. Aquí no tienen los placeres mas que un amargo arrepentimiento, los bienes un brillo engañoso, las virtudes un fundamento frágil y los cuerpos mismos una existencia ilusoria. Preciso es salir de este lugar de tinieblas, es preciso romper estos grillos, elevarse haciendo esfuerzos redoblados hasta el mundo intelectual, acercarse poco á poco á la suprema inteligencia y contemplar su divina naturaleza en el silencio de los sentidos y las pasiones. Entonces se verá que mana de su trono en el órden moral la justicia, la verdad y la ciencia, asi como en el órden físico la luz del sol, las producciones de la tierra y la existencia de las cosas. No: una alma que habiendo lle-

gado á esta grande elevacion, ha esperimentado una vez las sensaciones, los arrebatos y éstasis que escita la vista del bien supremo, no se dignará volver á participar de nuestros trabajos y honores, y si baja hasta nosotros, y antes de familiarizarse con nuestras tinieblas se vé en la precision de esplicarse sobre la justicia ante los hombres, que solo conocen su sombra, sus nuevos principios parecerán tan estravagantes, que al fin se reirán de su locura ó castigarán su temeridad.

«Tales son no obstante los sabios que deben estar al frente de nuestra república, y que debe formar la dialéctica. Por espacio de cinco años enteros consagrados á este estudio, meditarán sobre la naturaleza de lo verdadero, lo honesto y lo justo. Poco satisfechos de las vagas é inciertas nociones que de ello se dan ahora, buscarán su verdadero orígen; leerán sus deberes, no en los preceptos de los hombres, y sí en las instrucciones que recibirán directamente del primero de los seres. En las conversaciones familiares que tendrán, digámoslo asi, con él, adquirirán luces infalibles para discernir la verdad, firmeza inalterable en el ejercicio de la justicia, y aquel teson en obrar bien, de que na-

da puede triunfar y que al fin triunfa de todo.

«Los filósofos que nosotros pongamos al frente de nuestra república, no serán pues aquellos declamadores ociosos, aquellos sofistas despreciados de la multitud que son incapaces de gobernar; serán almas fuertes, grandes, ocupadas unicamente del bien del estado, ilustradas en todos los puntos de la administracion con un largo estudio y la teoría mas sublime, y transformadas por sus virtudes y sus conocimientos en imágenes é intérpretes de un dios en la tierra. Hallarán en fin su recompensa en el placer de hacer bien y de tener al Ser supremo por testigo.»

A estos motivos añadió Platon otros mas poderosos todavia, cuales son el cuadro de los bienes y de los males reservados en otra vida á la virtud y al vicio. Estendióse sobre la inmortalidad del alma; recorrió á continuacion los defectos esenciales, de que adolecen los gobiernos establecidos entre los hombres, y acabó observando, que nada habia prescrito relativo al culto de los dioses, porque esto le correspondia al oráculo de Delfos.

CAPÍTULO LIII.

Comercio de los atenienses.

El puerto del Piréo es muy concurrido, no solamente de las naves griegas, sino tambien de las otras naciones que los griegos llaman bárbaras.

Como el Ática produce poco trigo, está prohibida su estraccion, y aquellos que van lejos á buscarle, no pueden introducirlo en ninguna otra ciudad sin esponerse á penas rigurosas. Lo traen del Egipto y la Sicilia, y mucho mas de Panticapéa y Teodósia ciudades del Quersoneso táurico, porque el soberano de este pais señor del Bósforo cimerio, exime los buques atenienses del treinta que exige por la estraccion de este grano.

Traen de Panticapéa y de varias partes del Ponto-Euxino maderas de construccion, esclavos, sal, miel y cera, lana, cueros y pieles de cabra. De Bizancio y de algunos otros paises de la Trácia y de la Macedónia, pesca salada, madera de carpinteria y construccion; de la Frígia y de Mileto, tapices, mantas y aquellas hermosas lanas, de que

fabrican los paños; del mar Egéo, vino y todas las especies de frutos que producen sus islas; y de la Trácia, la Tesália, la Frígia y otros muchos paises, un gran número de esclavos.

El aceite es el único género que Solon permitió trocar por las mercancias estrangeras; la estraccion de todas las demas producciones del Ática está prohibida, y solo pagando crecidos derechos, se permite esportar maderas de construccion, tales como el abeto, el ciprés, el plátano y otros árboles que se crian en las cercanias de Atenas. Los habitantes de esta ciudad, tienen un gran recurso para su comercio en las minas de plata, porque acostumbrados en muchas ciudades á alterar sus monedas, las de los atenienses, mas estimadas que las demas, les facilitan cambios ventajosos. Por lo comun compran vino en las islas del mar Egéo ó en las costas de Trácia. El primor que se nota en las obras que salen de sus manos, hace desear y buscar en todas partes sus manufacturas. Esportan para paises distantes espadas y otras armas, diferentes paños, camas y otros muebles. Hasta los libros son para ellos objeto de comercio.

Tienen corresponsales en casi todas las partes, adonde los lleva la esperanza del

ce algun tiempo despues, sino unicamente en proporcion de uno á diez.

CAPÍTULO LIV.

Impuestos y Hacienda pública de los atenienses.

Las rentas de la república han ascendido algunas veces hasta la suma de dos mil talentos (mas de 40 millones de reales,) y estas rentas son de dos clases, á saber; las que percibe en el pais mismo, y las que saca de los pueblos tributarios.

En la primera clase debe contarse; 1.° el producto de los bienes raices que pertenecen al estado, es decir; de las casas que alquila, y de las tierras y bosques que arrienda; 2.° la vigésima cuarta parte que se reserva del producto de las minas de plata; cuando concede permiso á los particulares para esplotarlas; 3.° el tributo anuo que exige de los libertos y de los diez mil estrangeros establecidos en la Ática; 4.° las multas y confiscaciones, cuya mayor parte está destinada al tesoro público; 5.° la cincuentena que se cobra del trigo y otras mercancias que vienen del estrangero, así como de muchas de las que salen del Pi-

réo; 6.° otros muchos objetos menudos, tales como los derechos impuestos sobre ciertos géneros que salen al mercado, y la contribucion que se exige á los que mantienen cortesanas en sus casas. Se arriendan la mayor parte de estos derechos, y se hace la adjudicacion en un parage público, en presencia de diez magistrados que presiden á las subastas.

La segunda y principal clase de las rentas del estado, consiste en los tributos que le pagan muchas ciudades é islas que estan bajo su dependencia. La suma total de las contribuciones estrangeras, ascendió á principios de la guerra del Peloponeso á seiscientos talentos (mas de doce millones de reales,) y ácia el medio de esta guerra á mil doscientos ó mil trescientos. Durante mi permanencia en Grecia, las conquistas de Filipo habian reducido esta suma á cuatrocientos talentos, pero se prometian que llegaria con el tiempo á mil doscientos.

Por mas considerables que sean estas rentas, no guardan proporcion con los gastos, y por lo mismo hay precision de recurrir muchas veces á medios estraordinarios, tales como los donativos voluntarios y las contribuciones forzosas.

No hay carga mas onerosa que la con-

servacion de la marina. Todo ciudadano que posee un haber de diez talentos (veinte mil reales vellon,) debe en caso necesario contribuir al estado con una galera; ó dos, si su caudal asciende á veinte talentos; pero al que mas, aunque posea inmensas riquezas, unicamente se le exigen tres galeras y una lancha; los que tengan menos de diez talentos, se reunirán para poder contribuir con una galera.

Este impuesto, de que tan solamente se esceptuan los archôntes, es proporcionado en lo posible á las facultades de los ciudadanos, recayendo siempre el peso sobre los mas ricos, como una consecuencia de principios, de que no deben gravar los impuestos sobre las personas y si sobre los bienes.

La obligacion de suministrar naves y contribuir con dinero, cesa en el momento en que se acaba la guerra, pero es costumbre, que los ciudadanos ricos den convites en ciertos dias, á aquellos de sus tribus que contribuyen á la conservacion de los gimnasios, y proporcionan en los juegos públicos los coros que deben disputar el premio de la danza y de la música. Unos se encargan voluntariamente de estos gastos, otros se ven precisados á hacerlos por

disposicion de su tribu y no pueden eximirse de ello, á menos que no hayan logrado la exencion en mérito de servicios hechos al estado. Todos tienen derecho al favor del pueblo, que indemniza con empleos y honores á los que se han arruinado por solemnizar sus fiestas.

CAPÍTULO LV.

Continuacion de la biblioteca de un ateniense.—La lógica.

Antes de mi viage á las provincias de la Grecia, pasé muchos dias en la biblioteca de Euclides, y á mi regreso volvimos á nuestras sesiones.

Me enseñó en un estante las obras que tratan de lógica y de retórica, puestas las unas al lado de las otras, porque estas dos ciencias tienen mucha conexion entre sí.

«Son en corto número, me dijo, porque no hace mas de un siglo, poco mas ó menos, que se ha meditado sobre el arte de pensar y hablar. Nosotros debemos este beneficio á los griegos de Italia y de Sicilia, lo cual fué una consecuencia del vuelo que habia dado al entendimiento humano la filosofía de Pitágoras.

«Debemos hacer á Zenon la justicia de decir, que es el primero que ha publicado un ensayo de dialéctica, pero debemos hacer tambien á Aristóteles el homenage de añadir que ha perfeccionado de tal manera el método del raciocinio, que pudiera mirársele como inventor.

«El hábito nos enseña á comparar dos ó muchas ideas, para conocer y demostrar á los demas su opinion ó conexion. Tal es la lógica natural; ella bastaria á un pueblo que privado de la facultad de generalizar sus ideas, no veria en la naturaleza y en la vida civil, mas que de cosas individuales. Se engañaria á cada instante en los principios, porque seria ignorante, pero sus consecuencias serian justas, porque sus nociones serian claras, y las esplicaria siempre con la palabra propia.

«Pero entre las naciones cultas, el espíritu humano, á fuerza de ejercitarse sobre las generalidades y abstracciones, ha producido un mundo ideal, quizas tan dificil de conocer como el mundo físico. A la cantidad enorme de percepciones recibidas por los sentidos, se ha juntado el número prodigioso de convinaciones que forma nuestro entendimiento, cuya fecundidad es tal, que no es posible señalarle límites. Si con-

sideramos en seguida que entre los objetos de nuestras ideas, hay muchos que tienen entre sí relaciones tan sensibles que parece que las identifican, y diferencias tan leves que en efecto las distinguen, quedaremos admirados de la audacia y sabiduria de los primeros que formaron y ejecutaron el proyecto de establecer el órden y subordinar la infinidad de ideas que los hombres habian conocido hasta entonces, y que podrian concebir en adelante.

«Esto es quizás uno de los mayores esfuerzos del entendimiento humano; ó á lo menos, uno de los mayores descubrimientos de que pueden los griegos vanagloriarse. Nosotros hemos recibido de los egipcios, de los caldéos, y acaso tambien de alguna nacion mas lejana, los elementos de casi todas las ciencias y de casi todas las artes; pero la posteridad nos deberá este método, cuyo feliz artificio sujetó el raciocinio á reglas.»

Despues de estos preámbulos, nos espuso Euclides las principales partes de este precioso método, poniéndonos lo primero á la vista aquellas famosas categorias, en las cuales ha clasificado Aristóteles todos los seres segun su género y su especie; esplicónos en seguida lo que se entiende por

buena difinicion, é hizo observaciones muy exactas sobre la naturaleza del género y de la diferencia, asi como sobre las diversas especies de aserciones que se han solido adelantar raciocinando. Todo cuanto decia, estaba sacado de la doctrina del mismo Aristóteles, y concluyó fijando nuestra atencion sobre el descubrimiento del silogismo hecho por este gran filósofo.

«Esta especie de argumento, dijo, se compone de tres términos. El último es el atributo del segundo, y el segundo del primero, como en este razonamiento. *Toda virtud es un hábito; luego la justicia es una virtud, pues la justicia es un hábito. Hábito* es atributo con respecto á la *virtud*, y *virtud* con respecto á *justicia*.

«De aqui se sigue, que un silogismo se compone de tres proposiciones. En las dos primeras se compara el término medio con cada uno de los estremos; de la tercera se deduce, que el uno de los estremos debe ser el atributo del otro. Asi pues, un silogismo es un raciocinio, por el cual estableciendo ciertas aserciones, se deriva otra diferente de las primeras.

«Las diversas combinaciones de los tres términos producen diferentes especies de silogismos, que la mayor parte se reducen

á la que hemos propuesto por modelo. Los resultados varian tambien segun son afirmativas ó negativas las proposiciones, y segun se les dá, asi como á los términos, mas ó menos universalidad: de aqui emanan muchas reglas, por las cuales se descubre á primera vista, la exactitud ó el defecto de un raciocinio. Nos valemos de instruccion y de ejemplos para persuadir á la multitud, de silogismos para convencer á los filósofos.

«Se suprime á veces una de las proposiciones fácil de suplir; entonces el silogismo se llama entimema, y aunque imperfecto, no es menos concluyente. *Ejemplo: toda virtud es un hábito; luego la justicia es un hábito; ó bien la justicia es una virtud; luego es un hábito.*

«Toda demostracion es un silogismo, pero no todo silogismo es una demostracion. Este es demostrativo, cuando está fundado en los primeros principios ó en aquellos que se deriban de los primeros; es dialéctico, cuando está fundado en opiniones que parecen probables á todos los hombres ó á lo menos á los sabios mas ilustrados; y contencioso, cuando se concluye segun proposiciones que se quiere hacer pasar por probables y no lo son.

«El primero suministra armas á los filósofos que se ciñen á lo verdadero; el segundo á los dialécticos, ocupados muchas veces en la verosimilitud, y el tercero á los sofistas, á quienes bastan las menores apariencias.»

CAPÍTULO LVI.

Continuacion de la biblioteca de un ateniense.—La Retórica.

«En tanto que se construia con ahinco el edificio de la lógica, dijo Euclides, se levantaba á su lado el de la retórica, menos sólido á la verdad, pero mas magnífico.»

Acercándose á los estantes. «Estos son, continuó, los autores que nos dan preceptos sobre la elocuencia y los que nos han dejado modelos de ella. Casi todos han vivido en el último siglo ó en el nuestro. Entre los primeros están Corax de Siracusa, Tisias, Trasimaco, Protágoras, Pródico, Gorgias, Polo, Licimnio, Alcidamas, Teodoro, Eveno, Calipo etc.; entre los segundos gozan de una reputacion bien merecida, Lisias, Antifon, Andocides, Iséo Calistrato é Isócrates; y á estos se debe agregar los que han comenzado á distinguirse,

tales como Demóstenes, Esquines, Hipérides, Licurgo etc.

«Los primeros ensayos de la retórica se hicieron en Sicilia. Cerca de cien años despues de la muerte de Cadino, reunió sus discípulos un siracusano llamado Corax, y compuso sobre este arte un tratado muy estimado en nuestros dias, aunque solo hace consistir el secreto de la elocuencia en el cáculo engañoso de ciertas probabilidades.

«Protágoras, discípulo de Demócrito, durante su permanencia en Sicilia, fué testigo de la gloria que este catedrático se habia adquirido.

«Hasta entonces se habia distinguido con profundas investigaciones sobre la naturaleza de los seres, y lo fué tambien en breve por las obras que publicó sobre la gramática y las diferentes partes del estudio oratorio. Se le hace el honor de haber sido el primero que reunió las proposiciones generales, llamadas *lugares comunes*, y de que hace uso un orador, ya para multiplicar sus pruebas, ya para discurrir facilmente sobre todas las materias.

«Despues de arreglar el modo de construir el exordio, de disponer la narracion y de mover las pasiones de los jueces, se

estendió el dominio de la elocuencia, encerrado hasta entonces en el recinto de la plaza pública y del foro. Rival de la poesia, celebró al principio á los dioses, los héroes y los ciudadanos que habian muerto en los combates, y en seguida Isócrates compuso elogios para los particulares de alta gerarquia. Despues han elogiado indiferentemente á los hombres útiles ó inútiles á su patria, y humeando el incienso por todas partes, se ha decidido que tanto la alabanza como el vituperio no debian guardar medida alguna. Se distinguen tambien dos clases de oradores; unos que dedicaban la elocuencia á ilustrar al público en sus reuniones, tales como Pericles; á defender los intereses de los particulares en el foro, como Antifon y Licias; á derramar sobre la filosofia los vivos colores de la poesia, como Demócrito y Platon; y aquellos que cultivando la retórica por un sórdido interés ó por vana ostentacion, declamaban en público sobre la naturaleza del gobierno ó de las leyes, sobre las costumbres, las ciencias y las artes, haciendo soberbios discursos, en los cuales el lenguage ofuscaba las ideas.

«La mayor parte de estos últimos, esparciéndose por la Grecia, fueron conoci-

dos bajo el nombre de sofistas: andaban errantes de ciudad en ciudad, eran bien recibidos en todas partes, seguíales un numeroso séquito de discípulos, que aspirando á elevarse á los primeros empleos con el auxilio de la elocuencia, pagaban con usura sus lecciones, y tomaban en su compañia aquellas nociones generales ó lugares comunes, de que acabo de hacer referencia.

«El mas célebre de estos sofistas ha sido Gorgias, siciliano. Adquirió un caudal tan grande como su reputacion, aunque era un escritor frio, que aspiraba á lo sublime haciendo esfuerzos que le alejaban de él. La magnificencia de sus espresiones solo ha servido comunmente para manifestar la esterilidad de sus ideas, mas esto no obstante, estendió los límites del arte, y sus defectos mismos han servido de leccion.»

Euclides enseñándome muchas veces lecciones de este orador y varias obras compuestas por algunos de sus discípulos, añadia: «yo hago menos caso del pomposo aparato que ostentan en sus escritos, que de la noble y sencilla elocuencia que caracteriza á los de Pródico de Céos. Este tiene un grande atractivo para las personas juiciosas: escoge casi siempre el término

propio, y descubre distinciones muy finas entre las palabras que parecen sinónimas.»

Despues de una corta digresion acerca de Platon y de Pericles, tuvo Euclides la bondad de esponerme las reglas de la verdadera elocuencia. «Ya conoceis, me dijo, á los autores que se han distinguido en nuestros dias, y os hallais en estado de apreciarlos. Las reglas que justifican la impresion que os han hecho, son el fruto de una larga esperiencia, y se han formado segun las obras y el acierto de los grandes poetas y los primeros oradores.

«El imperio de la elocuencia es muy estenso. Se ejercita en las asambleas generales, donde se delibera sobre los intereses de una nacion; ante los tribunales, donde juzgan las causas de los particulares; en los discursos, donde se debe representar el vicio y la virtud bajo sus verdaderos colores, y en todas las ocasiones en fin, donde se trata de instruir á los hombres. De aqui nacen tres géneros de elocuencia, á saber; el deliberativo, el judiciario y el demostrativo; asi pues, las augustas funciones del orador consisten en apresurar ó acelerar la decision del pueblo, defender al inocente, perseguir al criminal, alabar la virtud y vituperar el vicio. ¿Y como se ha de efec-

tuar esta persuasion? Con un estudio profundo, dicen los filósofos: con el auxilio de las reglas, dicen los retóricos.

«Si la naturaleza os destina, dicen los primeros, al ministerio de la elocuencia, esperad que la filosofia os conduzca á él á paso lento: que os haya demostrado que el arte de la palabra, debiendo conceder antes que persuadir, debe sacar su fuerza principal del arte del raciocinio: que os haya enseñado, por consecuencia, á no tener mas que ideas sanas, á espresarlas de una manera clara, á distinguir de los objetos todas las relaciones y todos los contrastes, y á conocer y dar á conocer á los demás lo que es en sí cada cosa. Continuando su influencia en vos, os llenará de las luces que convienen al hombre de estado, al juez íntegro y al escelente ciudadano: estudiareis á su vista las diferentes especies de gobiernos y de leyes, los intereses de las naciones, la naturaleza del hombre y el juego movible de sus pasiones.

«Pero esta ciencia adquirida en fuerza de largas fatigas, cederia facilmente al soplo contagioso de la opinion, sino la sostuvieseis, no solo con una probidad reconocida y una prudencia consumada, sino tambien con un celo ardiente por la justicia y

BIBLIOTECA UNIVERSITARIA SEVILLA

un profundo respecto á los dioses, testigos de vuestras intenciones y palabras.

«Este es el modo de pensar de los filósofos con respecto á la retórica; ahora seria preciso examinar el fin que los retóricos se proponen y las reglas que nos han prescripto; pero Aristóteles se ha tomado el cuidado de recopilarlas en una obra, en que tratará la materia con aquella superioridad, que se ha observado en sus primeros escritos. Leedle un dia, y creo que me dispensareis de deciros mas sobre este punto.»

Instaba yo á Euclides, aunque en vano, pues apenas respondia á mis preguntas. «¿Adoptan los retóricos los principios de los filósofos? — Se apartan de ellos muchas veces, y particularmente cuando prefieren la verosimilitud á la verdad.—¿Cual es la primera cualidad del orador?—La de ser escelente lógico.—¿Y su primer deber?—El demostrar que una cosa es ó no es.—¿Cual su principal atencion?—Descubrir en cada objeto los medios propios de persuadir.—¿En cuantas partes se divide el discurso?—Los retóricos admiten un gran número que se reduce á cuatro; el exordio, la proposicion ó el hecho, la prueba y la peroracion. Se puede no obstante suprimir la primera y la

última.» Iba á continuar, pero Euclides se escusó, y solamente pude conseguir un corto número de observaciones sobre la elocucion.

«Conveniencia y claridad, me dijo, son las dos principales cualidades de la elocucion. 1.° *La conveniencia.* La diccion debe variar segun el carácter del que habla, y de aquellos de quienes habla, y segun la naturaleza de las materias que trata y de las circunstancias en que se encuentra.

«El estilo de la poesia, el de la elocuencia, de la historia y del diálogo, se diferencian esencialmente uno de otro; y tambien en cada género las costumbres y el talento de un autor, dan á su diccion diferencias sensibles. 2.° *La claridad.* Un orador, un escritor, debe haber hecho un estudio serio de su lengua. Si desatendeis las reglas de la grámatica, me será costoso entender vuestro pensamiento. Hacer uso de palabras amfibológicas y circunlocuciones inútiles, colocar sin tino las conjunciones que ligan los miembros de una frase, confundir el plural con el singular; no tener cuidado con la distincion establecida en estos últimos tiempos entre los nombres masculinos y femeninos; designar con un mismo término las impresiones que reciben

dos de nuestros sentidos, distribuir inoportunamente las palabras de una frase, de modo que un lector no pueda adivinar el sentido del autor; todos estos defectos coadyuvan igualmente á la obscuridad del estilo, la cual se aumentará, si el esceso de los adornos y lo largo de los períodos distraen la atencion del lector y no le permiten respirar; ó bien si por ir con demasiada rapidez, no puede comprender vuestro pensamiento, como sucede con los corredores del estadio que en un momento desaparecen de la vista de los espectadores.

«Nada contribuye mas á la claridad, que el uso de espresiones ya admitidas, pero si nunca las desviais de su comun sentido ó acepcion, vuestro estilo no pasará de familiar y rastrero: para que sea elevado y sublime, es necesario valerse de nuevos giros y de espresiones figuradas.»

He oido hablar, dije á Euclides, de las diversas especies de estilos, tales como el noble, el grave, el sencillo, el ameno, etc.

«Dejemos á los retóricos, respondió Euclides, el cuidado de trazar los diferentes carácteres. Todos los hé indicado en dos palabras: si vuestra diccion es clara y conveniente, habrá en ella una proporcion

exacta entre las palabras, los pensamientos y el objeto. Nada mas debe exigirse.

«Meditad este principio y no os causarán admiracion las siguientes aserciones. La elocuencia del foro se diferencia esencialmente de la elocuencia de la tribuna. Al orador se le perdonan los descuidos, y las repeticiones que se miran como un crímen en el escritor.

«Hay discursos que merecen aplausos en la asamblea general, y no se puede sufrir su lectura, porque la accion les daba valor; y hay otros que estan escritos con sumo esmero, y no causarian efecto en el público, si no se acomodasen á la accion. La elocucion que trata de deslumbrarnos con su magnificencia, llega á ser escesivamente fria, cuando carece de armonía, cuando las pretensiones del autor se presentan á descubierto, y valiéndome de la espresion de Sófocles, cuando infla escesivamente los carrillos para soplar haciendo pito.»

Pregunté á Euclides, que autor se proponia él por modelo de un buen estilo, y me respondió: «ninguno en particular y todos en general. No cito á ninguno personalmente, porque Platon y Demóstenes, dos de nuestros escritores que mas se acercan á la perfeccion, pecan algunas veces,

el uno por esceso de adornos y el otro por falta de nobleza. Digo todos en general, porque meditándolos, comparando unos con otros, no solamente se aprende á colorir la diccion, sino que tambien se adquiere aquel gusto esquisito y puro que dirige y juzga las producciones del genio; sentimiento rápido, y tan general entre nosotros, que pudiera tenerse por el instinto de la nacion.»

Salimos de la biblioteca de Euclides y dirigimos nuestro paseo ácia el liceo, y al entrar en el primer patio, llamaron nuestra atencion unos gritos penetrantes que salian de una de las salas del gimnasio. El retórico Leon y el sofista Pitódoro, se habian empeñado en una disputa acalorada. Nos costó trabajo abrirnos paso por en medio de la multitud, y el primero nos dijo: «acercaos y vereis á Pitódoro, quien defiende que su arte no es diferente del mio y que el objeto de ambos es engañar á cuantos nos escuchan. ¡Rara pretension, en un hombre que debiera correrse de tener el nombre de sofista!»

Acercámonos á escuchar: Pitódoro defendia la causa de los sofistas con razones que nos hubieran persuadido, si hubiesemos estado menos prevenidos en favor de

la retórica. Leon no podia contenerse, y á cada instante estaba pronto á contrarrestarle con el aparato pomposo y amenazador de su arte. Apenas hubo acabado de hablar su antagonista, cuando emprendió la defensa de la retórica, mas era ya tarde, y dejándolos en su controversia, tomamos el partido de retirarnos.

CAPÍTULO LVII.

Viage al Ática.—Discurso de Platon sobre la formacion del mundo.

Habia yo pasado muchas veces estaciones enteras en diferentes casas de campo; atravesé frecuentemente la Ática, y voy á referir algunas singularidades que me han chocado en nuestros viages.

Tenia Apolodoro una posesion considerable cerca de Eleusis, y me llevó á verla en tiempo de la siega. La campiña estaba cubierta de espigas doradas y de esclavos que las derribaban al impulso de sus cortantes hoces, al mismo tiempo que las recogian los muchachos y las alargaban á los que hacian garbas. Empezaba esta tarea al rayar el alba, y todos los de la casa debian ser partícipes de ella. En un rincon

del campo, á la sombra de un árbol frondoso, los hombres preparaban la carne, y las mugeres cocian lentejas, y echaban harina en unos cacharros llenos de agua hirbiendo para la comida de los segadores, que se animaban al trabajo entonando cantares que resonaban por la llanura.

Transportaban las garbas al aire y las tendian haciendo con ellas parvas redondas. Uno de los jornaleros se pone en el centro, teniendo en la mano un látigo y un ramal, con el cual dirige á los bueyes, caballos y mulas; los arrea y hace andar ó trotar al rededor de él. Algunos de sus compañeros revuelven la paja, y la agolpan bajo los pies de los animales, hasta que se halla enteramente partida. Otros echan paladas al aire, y un viento ligero que se mueve por lo regular á una misma hora, lleva los átomos de paja y las aristas á cierta distancia, y deja caer á plomo los granos, que luego encierran en vasijas de barro cocido.

Pasados algunos meses, volvimos á la casa de campo de Apolodoro, en tiempo que los vendimiadores cortaban los racimos suspensos de las vides, que se elevaban sostenidas en los rodrigones. Veíanse tambien mancebos y muchachas, llenando de uva

los canastos de minbre que trasportaban luego al lagar. Antes de pisarlos, los arrendadores llevan á sus casas algunos sarmientos cargados de racimos, los ponen al sol durante diez dias y luego á la sombra por espacio de otros cinco.

Los unos conservan el vino en cubas, otros en cueros y algunos en vasijas de barro.

Mientras que pisaban la uva en el lagar, escuchábamos con placer *los cantares de los lagareros*. Habíamos oido otros mientras comian los vendimiadores, y en los diferentes intervalos del dia, alternando la danza con el canto.

La siega y la vendimia terminan con fiestas celebradas con aquellos movimientos rápidos que produce la abundancia, y que varian segun la naturaleza del objeto. Teniendo el trigo como un beneficio de una diosa que proveé á nuestras necesidades, y el vino como el presente de un dios que cuida de los placeres nuestros, se anúncia el reconocimiento á Ceres con una alegria viva y moderada, y á Baco con los arrebatos del delirio.

Al tiempo de las sementeras y de las siegas, se ofrecen tambien sacrificios, y durante la cosecha de la aceituna y de otros

frutos, ponen tambien en los altares las primícias de los presentes recibidos del cielo. Los griegos han conocido que en estas ocasiones, el corazon necesita desahogarse y dirigir homenages á los autores del beneficio.

Eutimeno, uno de nuestros amigos, habia confiado siempre la administracion de sus bienes á la vigilancia y fidelidad de un esclavo que tenia como capataz de los otros; pero convencido al fin de que el ojo del amo vale mas que el de un administrador ó mayordomo, tomó el partido de establecerse en su casa de campo situada en el lugar de Acharnes, á sesenta estadios de Atenas. Fuimos á verle algunos años despues, y tuvimos la satisfaccion de encontrarle restablecido de su salud quebrantada en otro tiempo, y á toda su familia sana y robusta. «Nuestra vida es activa y en ninguna manera agitada, nos dijo; y así es que no conocemos el tedio, y sabemos gozar de lo presente.»

Enseñónos su casa recien construida; está al medio dia, á fin de que la dé el sol de cara en invierno, y que esté preservada del calor en verano, cuando este astro está en su mayor altura. La habitacion de las mugeres está separada de la de los hombres,

por medio de unos baños que impiden toda comunicacion entre los esclavos de uno y otro sexo. Cada cuarto era correspondiente á su destino, de modo que se conserva el trigo en un parage seco y el vino en un lugar fresco. No se advierte lujo alguno en los muebles, mas sí el mayor aseo en todo. Coronas é incienso para los sacrificios, vestidos para las fiestas, armaduras y arneses para la guerra, ropas de cama y otros usos para las diferentes estaciones, utensilios de cocina, instrumentos para moler trigo etc. etc. todo se encontraba á mano, porque todo estaba en su puesto y colocado con simetria.

«Los habitantes de la ciudad, decia Eutimeno, verian ciertamente con desprecio un arreglo tan metódico, ignorando que asi se ahorra tiempo en buscar las cosas, y que un sabio agricultor debe ser tan económico de los instantes como de las rentas.

«Mi muger y yo hemos partido, continuó diciendo, los cuidados y afanes de la administracion de nuestros bienes, no perdiendo de vista, que á ella la conciernen los pormenores ó mecanismo interior, y á mi los negocios esteriores. Yo me hé encargado de cultivar y mejorar la hacienda que heredé de mis padres, y Laodice mi

esposa, cuida del gasto de la casa, del almacenamiento, venta, préstamo, y distribucion del trigo, vino, aceite y demas frutos de nuestras cosechas: ella cuida tambien de la subordinacion, de la tarea y del respeto de nuestros criados, enviando unos al campo, ocupando á otros en la elaboracion de la lana y enseñándolos á preparla para hacer de ella vestidos. Su ejemplo suaviza la tarea de ellos, y cuando están enfermos, su asistencia y la mia disminuyen sus violencias. La suerte de nuestros esclavos nos enternece, considerando, que son dignos de buen trato, porque al fin son hombres.»

Atravesamos un corral poblado de gallinas, patos y otras aves caseras, y vimos la caballeriza, el aprisco y el jardin lleno de narcisos, jacintos, anémonas y lirios, violetas varias, rosas de diversas especies y toda clase de plantas odoríferas. «No os causará estrañezá, me dijo, el cuidado que tengo del cultivo de estas flores, pues sabeis que con ellas adornamos los templos, los altares y las estátuas de nuestros dioses; nos coronamos la cabeza en los convites y en nuestras ceremonias religiosas; las echamos por encima de nuestras mesas y camas, y tenemos tambien el cuidado de ofrecer á

nuestras divinidades, las que les son mas gratas.»

Llevónos luego Eutimeno á su hacienda que tenia mas de cuarenta estadios de circúito (legua y cuarto,) y en la cual habia tenido en el año anterior una gran cosecha de cebada y ochocientos cántaros de vino. Tenia seis acémilas que llevaban diariamente al mercado leña y otras muchas cosas, que le producian doce dracmas diarias (40 reales 8 maravedices.)

El territorio de Acharnes está cubierto de viñas. Toda la Ática de olivos, que es el árbol de que se tiene mas cuidado. Eutimeno habia plantado un gran número de ellos, particularmente á los lados de los caminos que pasaban por su posesion, y los habia puesto distantes nueve pies uno de de otro, sabiendo que sus raices se estienden mucho. Continuando nuestro camino, vimos pasar cerca de nosotros numerosos rebaños de carneros, cubierto cada uno de ellos con un pellejo. Esta precaucion adquirida de los megarios, preserva los vellones de la porqueria ó inmundicia que los mancharia, como tambien de las zarzas que pudieran desgarrarlos y quitar la lana. Ignoro si contribuye á hacer la lana mas fina, pero puedo decir, que la de Ática

es muy bella, y añado, que el arte de la tintura ha llegado al punto de cargarla de colores que nunca pierden.

Al pie de una cuestecita que servia de límites á una pradera, habia muchas colmenas en medio de un campo de romeros y retamas. «Observad; nos dijo Eutimeno, con que afán ejecutan las abejas las órdenes de su soberana, la cual no pudiendo sufrir que estén ociosas, las envia á esta hermosa pradera á recoger los ricos materiales, para hacer de ellos el uso covenien-te, forma tambien un enjambre, y las obliga á espatriarse acaudilladas por una abeja que ella elige.»

Mas á lo lejos, entre unas colinas enriquecidas de viñedos, se estiende un llano, donde vimos muchos pares de bueyes, llevando los unos carretadas de estiercol, y otros que uncidos al arado, abrian lentamente ondos surcos. «Aquí se sembrará cebada, dijo Eutimeno, porque es el grano que prueba mejor en la Ática. Es verdad, que el trigo que en él se recoge, dá un pan muy grato al paladar, pero es de menos alimento que el de la Beócia, y se ha observado no pocas veces, que los atletas beócios, cuando permanecen algun tiempo en Atenas, consumen dos quintas partes mas

de trigo que en su pais, no obstante que confina con el nuestro: en esto se conoce que es menester muy poco para modificar la influencia del clima. Aun voy á daros otra prueba. La isla de Salamina está casi tocando con el Ática, y los granos sazonan allí mucho antes que en nuestra tierra.»

Hablónos en seguida Eutimeno de las labores del campo; enterándonos de muchos pormenores acerca del cultivo del trigo, estendiéndose aun mas sobre el de la viña, y satisfaciendo nuestra curiosidad, nos enteró de muchas cosas relativas al modo de cuidar la hortaliza y los árboles frutales. En todo lo que nos decia concerniente á las ocupaciones rústicas, manifestaba su alegria y nos pintaba con enagenamiento los placeres de la vida del campo.

Una tarde que estábamos sentados á la mesa delante de su casa, á la sombra de unos plátanos altísimos que se encorbaban sobre nuestras cabezas, nos decia. «Cuando yo me paseo por mi hacienda, todo se rie y ufana á mi vista. Esas mieses, estos árboles, esas plantas no existen sino para mi ó mas bien para aliviar la suerte de muchos desgraciados. Algunas veces me formo ciertas ilusiones para aumentar mis

placeres: entonces me parece que la tierra lleva su atencion hasta la delicadeza, y que vienen las flores para anunciar los frutos, asi como las gracias deben anunciar entre nosotros los beneficios.

«Una emulacion sin rivalidad, forma los lazos que me unen con mis vecinos, los cuales vienen con frecuencia á sentarse al rededor de esta mesa, que jamás se vió rodeada de personas que no fuesen amigos mios. La confianza y la franqueza reinan en las conversaciones nuestras: nos comunicamos nuestros descubrimientos, porque muy diferentes de los demas artistas que tienen secretos, cada uno de nosotros tiene tanto gusto en instruir á los demas, como en instruirse á sí mismo.»

Habiendo salido de Acharnes, subimos otra vez ácia la Beócia, y vimos de paso algunos castillos cercados de gruesas murallas y de torres elevadas. Las fronteras del Ática están defendidas por todas partes con plazas fuertes, donde mantienen guarniciones, y en caso de invasion, se manda á las gentes del campo que se refugien en ellas. Vimos en una eminencia el templo de Nemesis diosa de la venganza, cuya estátua es de mármol de Paros, alta de diez codos y hecha de la mano de Fidias. Baja-

mos luego al lugar de Maraton, cuyos habitantes nos enseñaron los sepulcros de los griegos que murieron en la batalla de los persas; de allí fuimos á dormir á Prasias, lugarcillo situado junto al mar, y al dia siguiente llegamos á Toricos, plaza fuerte, donde supimos que se hallaba cerca de allí Platon, en casa de Teófilo uno de sus antiguos amigos, que poseia en aquel territorio una casa de campo. Nuestra vista tuvo el aire de un reconocimiento, y Teófilo prolongó su dulzura deteniéndonos en su casa. Al amanecer del siguiente dia, fuimos al monte Laurino, donde están las minas de plata que esplotan desde tiempo inmemorial. Penetramos en aquellos lugares húmedos y enfermizos, y fuimos testigos de lo mucho que cuesta sacar de las entrañas de la tierra aquellos metales destinados á ser descubiertos y aun poseidos por esclavos.

No dimos noticia á Platon de nuestro viage á las minas, pero quiso acompañarnos al cabo de Sunio, distante de Atenas cerca de trescientos treinta estadios (cerca de 11 leguas.) Allí se ve un soberbio templo de mármol blanco consagrado á Minerva, de órden dórico, rodeado de un peristilo, que como el de Teséo, al cual se pa-

rece en la disposicion general, tiene seis columnas de frente y trece de lado.

Apenas empezábamos á gozar del grande espectáculo que nos ofrecian las llanuras de la mar y de las islas vecinas, cuando vimos á lo lejos cargarse el orizonte de vapores ardientes y sombrios; el sol se iba volviendo pálido, la superficie del agua lisa y serena se cubria de colores lúgubres, cuyos visos variaban incesantemente. Ya el cielo obscuro y cerrado por todas partes, solamente ofrecia á nuestra vista una bóveda tenebrosa que penetraba la llama y se cargaba sobre la tierra. Toda la naturaleza estaba en silencio, en espectativa y en un estado de inquietud que se comunicaba hasta lo interior de nuestras almas. Buscamos asilo en el vestíbulo del templo, y en breve vimos romper el rayo con estrépito la barrera de tinieblas y de fuegos suspensa sobre nosotros: rodar espesas masas de nubes por los aires correr á torrentes en la tierra: y los vientos desencadenados agolparse al mar y conmoverle hasta en sus abismos. Todo bramaba, el trueno, los vientos, las olas, las cavernas, los montes; y de todos estos ruidos juntos se formaba un estruendo espantoso, que parecia anunciar el fin del mundo. Habiendo redo-

blado el aquilon sus esfuerzos, la tempestad fué á descargar su furia en los climas ardientes del Africa. Seguímosla con la vista y la oimos bramar á lo lejos: brilló el cielo con una claridad mas pura, y aquel mar, cuyas oleadas espumosas se habian levantado hasta los cielos, apenas impelia sus aguas hasta las playas.

Al aspecto de tan inesperadas y rápidas mudanzas, permanecimos por algun tiempo inmóviles y mudos; pero en breve nos recordaron aquellas cuestiones, en las cuales se ejercita muchos siglos hace la curiosidad de los hombres. ¿A que se dirigen estos estravios y revoluciones de la naturaleza? ¿Deberemos acaso atribuirlos á la casualidad? ¿Es por ventura una causa inteligente la que escita y apacigua las tempestades? ¿Pero que objeto se propone? ¿De donde viene que arroja rayos sobre los desiertos y perdona á las naciones culpables? De aqui subimos á la existencia de los dioses, á la confusion del caos y al origen del universo. Perdíamos el tino, y suplicamos á Platon, que rectificase nuestras ideas. Estaba este en una meditacion profunda, pero cediendo en fin á nuestras instancias, sentóse en un poyo, y habiéndonos hecho poner á su lado, empezo de esta manera.

«¡O cuan débiles somos los mortales! ¿Podemos acaso penetrar nosotros los secretos de la Divinidad? Postrado á sus pies le pido, que ponga en mi boca discursos que le sean gratos y parezcan conformes á la razon. Si me viese obligado á esplicarme en presencia de la multitud acerca del primer autor de todas las cosas, del origen del universo y la causa del mal, me veria en la precision de hablar por enigmas; pero en estos sitios solitarios, donde no tengo mas testigos que Dios y mis amigos, tendré la condescendencia de hacer homenage sin temor á la verdad.

«El Dios que os anuncio, es un Dios único, inmutable, infinito. Centro de todas las perfecciones, manantial inagotable de la inteligencia y del ser; era antes que hubiese desplegado su poder en lo esterior, porque no ha tenido principio; era en sí mismo y existia en los arcanos de la eternidad. No, mis espresiones no corresponden á la grandeza de mis ideas, ni mis ideas á la grandeza del asunto.

«Dios, mediante su bondad infinita, habia resuelto desde la eternidad formar el universo, segun un modelo presente siempre á sus ojos; modelo inmutable, increado, perfecto: idea semejante á la que con-

cibe un artista, cuando convierte la tosca piedra en un soberbio edificio; mundo intelectual, de que este mundo visible no es mas que la cópia y la espresion. Todo está á la comprension nuestra en el universo, todo lo que se oculta á su actividad, estaba delineado de una manera sublime en aquel primer plan; y como el ser supremo nada concibe que no sea real, se puede decir, que produjo el mundo antes que le hubiese hecho sensible.

«Cuando llegó el instante de esta grande operacion, la sabiduria eterna dió sus órdenes al caos, y al punto agitó á toda la masa un movimiento fecundo y desconocido. Sus partes antes divididas por un odio implacable, corrieron á reunirse, á abrazarse y formar una cadena. Brilló la luz por primera vez en las tinieblas; separóse el aire de la tierra y del agua, y estos cuatro elementos quedaron destinados á la composicion de todos los cuerpos.»

Hasta aqui escuché á Platon con un vivo sentimiento de admiracion por la sublimidad de su doctrina, pero cuando llegó á hablarnos de una alma del mundo, formada en parte de la esencia divina y de la substancia material de aquellos genios, á quienes Dios confió el gobierno de los astros;

de dos almas humanas, la una mortal y la otra inmortal, diciendo que la primera reside en el cerebro, y la segunda en la region del estómago, me lamenté, de que un filósofo que por la fuerza de su genio y su talento, habia llegado á formarse tan grandes ideas del primer sér, mezclase en ellas los vagos y falsos sistemas de su imaginacion.

CAPÍTULO LVIII.

Sucesos memorables ocurridos en Grecia y en Sicilia (desde el año 357, hasta el de 354 antes de J. C.) — Espedicion de Dion. — Juicio de los generales Timotéo é Ificrates. — Principio de la guerra sagrada.

Ya dije en el capítulo 32, que desterrado Dion de Siracusa por el Rey Dionisio, su sobrino y cuñado, se habia en fin determinado á libertar á su patria del yugo que la oprimia. Saliendo de Atenas, marchó para la isla de Zacinto, punto de reunion de las tropas que juntaba algun tiempo habia, y allí encontró tres mil hombres, la mayor parte alistados en el Peloponeso, todos de valor acreditado y de una intrepidez supe-

rior á los peligros. Se embarcaron con él ochocientos soldados, quedando los demas para salir despues al mando de Heraclídes.

Despues de una violenta tempestad, arribó al puerto de Minoas, en la parte meridional de la Sicilia, el cual era una plaza fuerte de los cartaginenses, donde Dionisio se habia embarcado para Italia algunos dias antes.

A la noticia de su llegada, se pusieron bajo sus órdenes los habitantes de muchas ciudades, y corrieron en tropel á recibirle los de Siracusa y los campos inmediatos.

Distribuyó entre cinco mil de ellos las armas que habia llevado del Peloponeso, y los principales habitantes de la capital, vestidos de blanco, salieron á su encuentro. Habiendo llegado á la plaza pública se detuvo, y desde un sitio elevado dirigió la palabra al pueblo; presentóle de nuevo la libertad, le exortó á defenderla con vigor, y le rogó, que no pusiese al frente de la república sino gefes capaces de gobernarla en tan críticas circunstancias.

Informado Dionisio de la llegada de Dion, algunos dias despues se fué por mar á Siracusa, y entró en la ciudadela, al rededor de la cual habia construido un muro que la tenia bloqueada. Envió al momento

diputados á Dion, quien les mandó dirigirse al pueblo, y siendo admitidos en la junta general, procuraron ganarla con espresiones las mas lisongeras. Entre tanto los bárbaros que componian la guarnicion de la ciudadela, atacan el muro que la cercaba, demuelen una parte y rechazan á las tropas de Siracusa. Son arrollados inmediatamente por los soldados del Peloponeso, pero Dion queda herido en el combate.

Entonces comprendió Dionisio, que para hacer á Dion sospechoso al pueblo, debia valerse de los mismos artificios, de que habia usado en otro tiempo para denigrarle estando á su lado, y al efecto le escribió una carta con este sobre: *A mi padre.* Leyóla Dion en la junta de los siracusanos, y vieron que Dionisio le exortaba á que abandonase el partido del pueblo para salvar á su esposa, su hijo y su hermana que estaban encerrados en la ciudadela; pero aun quedaba oculto el veneno mas activo en las palabras siguientes. «¡Acordaos del celo con que defendisteis la tirania cuando estabais conmigo! Lejos de volver la libertad á unos hombres que os odian, porque se acuerdan de los males que les habeis causado, guardad el poder que os confian, como único que puede salvaros á vos, á vuestra fami-

lia y á vuestros amigos.» Desde este momento, se vió Dion en la dura necesidad de perdonar al tirano ó de remplazarle, y desde este mismo momento, debió prever tambien la pérdida de su crédito.

Mientras que esto pasaba, llegó la segunda division de las tropas del Peloponeso mandada por Heraclídes. Este general que gozaba de una grande consideracion en Siracusa, tardó poco en intrigar secretamente contra Dion, al mismo tiempo que se mostraba solícito por él, adulándole servilmente; y habiendo Dion escitado una rebelion contra su persona por la resistencia que hacia al repartimiento de tierras que Heraclídes propuso á la junta, se retiró inmediatamente al territorio de los leontinos. Allí permaneció hasta que sus conciudadanos sitiados por las tropas llegadas de Nápoles al mando de un teniente de Dionisio, le enviaron diputados encargados de implorar su socorro. Apenas supo el riesgo que amenazaba á Siracusa, se puso al frente de sus soldados del Peloponeso y de un cuerpo de leontinos. Preséntase y resuena con júbilo su nombre por toda la ciudad, al mismo tiempo que la llama devora las casas contiguas á la ciudadela. Marcha sin detenerse contra los soldados enemigos, der-

rota una parte y obliga á los demás á encerrarse de nuevo en su fortaleza, que defendida por Apolocrates hijo de Dionisio, tardó muy poco en rendirse.

La gloria de Dion habia llegado á su colmo, y viéndose desembarazado de Heraclídes muerto por los siracusanos, parecia que ya no le quedaba otra cosa, sino gozar de la estimacion y la dicha de aquellos que le debian la libertad. Por desgracia encontró un enemigo mas pérfido y peligroso que Heraclídes, el cual era un tal Calipo, ciudadano de Atenas, que despues de haberle hospedado en su casa durante su residencia en esta ciudad, le siguió á Sicilia. Habiendo obtenido los primeros grados militares, y viéndose honrado de la confianza del general y de las tropas, tramó contra su bienhechor una conjuracion, y el dia de la fiesta de Proserpina, le hizo asesinar en su casa por diez soldados. Era Dion de edad de cincuenta años, y hacia cuatro que habia vuelto de Sicilia.

Al principio cogió Calipo el fruto de su perfidia, pero poco tiempo despues se reunieron los amigos de Dion para vengar su muerte y fueron vencidos. El asesino derrotado despues por Hiparino hermano de Dionisio, se retiró á Italia con el resto de

los foragidos, y pereció en fin, agoviado de sus miserias, á los trece meses de la muerte de Dion.

Mientras se procuraba destruir la tirania en Sicilia, Atenas se debilitaba haciendo esfuerzos vanos para sujetar otra vez á su yugo los pueblos que hacia algunos años se habian separado de su alianza. Determinó apoderarse de Bizancio, y con este designio, mandó hacerse á la vela ciento veinte galeras al mando de Timotéo, de Ificrates y de Cares. Fueron al Helesponto, donde en breve los alcanzó la escuadra enemiga que venia á ser igual en fuerzas, y una y otra se disponian para el combate, cuando sobrevino una tempestad violenta. Cares fué de dictámen que se diese el ataque, pero los otros generales mas hábiles y prudentes se oponen á su consejo, y entonces él manifiesta en voz alta la resistencia á los soldados, y se aprovecha de esta ocasion para desconceptuar y perder á sus compañeros. Al leerse en Atenas las cartas que él escribió acusándolos, el pueblo arrebatado de cólera, le llama inmediatamente y le forma proceso.

Ni las victorias de Timotéo, ni las setenta y cinco ciudades que habia reunido á la república, ni los honores que justa-

mente le concedieron en otros tiempos, ni su ancianidad, ni la bondad de su causa, nada pudo bastar para salvarle de la iniquidad de los jueces. Condenado á una multa de cien talentos, que no se hallaba en disposicion de poder pagarla, se retiró á la ciudad de Calcis en Eubéa, y despues de su muerte manifestaron sus conciudadanos un arrepentimiento tan infructuoso como tardio.

La condena de Timotéo no aplacó el furor de los atenienses, ni pudo intimidar tampoco á Ificrates que se defendió con intrepidez, reuniendo á los recursos de la elocuencia uno, cuyo éxito le pareció menos incierto, cual es el de rodear el tribunal de muchos oficiales jóvenes adictos á sus intereses, dejando ver él mismo á los jueces un puñal que llevaba oculto bajo del vestido. Saliö absuelto, y no volvió á servir. Cuando le reconvinieron acerca de este procedimiento, respondió. «Harto tiempo he llevado las armas en defensa de mi patria, y seria poco cuerdo en no tomarlas, cuando se trata de salvarme yo mismo.»

Entre tanto Cares no fué á Bizancio, y se puso con su egército al sueldo del sátrapa Artabaces que se habia rebelado contra Artajerges rey de Persia. Quedó derrotado

el egército del príncipe, y Cares escribió inmediatamente al pueblo de Atenas, diciendo, que acababa de ganar á los persas una victoria, no menos gloriosa que la de Maraton; pero esta noticia solamente escitó una alegria pasagera, y asi es, que los atenienses intimidados con las amenazas del rey, llamaron á su general, y se apresuraron á ofrecer la paz y la independencia á las ciudades que habian sacudido su yugo.

A continuacion de esta guerra, se empezó otra que causó un incendio general y desplegó los grandes talentos de Filipo, por desgracia de la Grecia.

Los fóceos se apoderaron de algunas tierras consagradas á Apolo y dependientes del templo de Delfos. Acusados por los de Tebas y Tesália ante el tribunal de los anfictiones, fueron condenados á pagar una gran multa, cuya sentencia fué seguida en breve de otra que consagraba sus campos al dios que habian ultrajado. En lugar de someterse, se dejaron dominar de la elocuencia de Filomelo, uno de los primeros de entre ellos por sus riquezas y talentos. Tomaron las armas, y haciendo alianza con los lacedemónios, se apoderaron del templo de Delfos, á pesar de los locrios que

acudieron á la defensa, y arrancaron de sus columnas los decretos infamatorios que habian espedido los anfictiones contra los pueblos acusados de sacrilegio. Esta guerra tan célebre bajo el nombre de guerra sagrada, duró mas de diez años, cuyos sucesos principales indicaré mas adelante.

CAPÍTULO LIX.

Cartas sobre los asuntos generales de la Grecia, dirigidas á Anacarsis y á Filotas, durante su viage á Egipto y Persia.

Mientras estuve en la Grecia, oí hablar tantas veces de la Persia y del Egipto, que no pude resistir al deseo de recorrer ambos reinos. Apolodoro me dió á Filotas por compañero de viage, y tanto él como otros amigos, nos ofrecieron darnos noticia de cuanto ocurriese durante nuestra ausencia.

(Año 354 antes de J. C.) Emprendimos el viage á fines del año segundo de la olimpíada ciento y seis. Reinaba entonces una calma profunda en el medio dia de la Grecia, al mismo tiempo que el norte estaba alborotado con la guerra de los fóceos y las empresas de Filipo rey de Macedónia, siendo esto el motivo de la primera carta

que recibí, concebida en los términos siguientes.

CARTA DE APOLODORO.

La Grecia arde en disensiones civiles. Los tébanos, los beócios, los lócrios, los tésalianos, todos estos pueblos, tratando de vengar injurias particulares, se disponen para vengar el agravio hecho por los fóceos á la divinidad de Delfos. Los atenienses, los lacedemónios y algunas ciudades del Peloponeso, se declaran á favor de los fóceos, á causa del odio que tienen á los tébanos.

Filomeles se ha apropiado una parte de las riquezas de Delfos para asalariar á los mercenarios, que acuden de todas partes á esta ciudad. Ha vencido sucesivamente á los lócrios, los beócios y tésalianos; pero su triunfo ha sido poco duradero. Por último, los beócios le han derrotado completamente, ha quedado herido, y temiendo caer en manos del enemigo, se ha precipitado de lo alto de un peñasco.

SEGUNDA CARTA DE APOLODORO.

Desde 14 de Julio de 353, hasta 3 de Julio de 352 antes de J. C.

Onomarco ha remplazado á Filomeles en

el mando del egército, y alista nuevas tropas pagadas con el oro y la plata del tesoro sagrado, que ha convertido en moneda.

Ha corrido la voz de que el rey de Persia iba á dirigir sus armas contra la Grecia, y con este motivo ha hábido una junta tumultuária, en la cual se ha propuesto llamar á la defensa comun á todas las naciones griegas y aun al rey de Macedónia, para anticiparse á los intentos de Artajerges, invadiendo sus estados. Demóstenes se opuso á este dictamen, pero ha insistido fuertemente acerca de la necesidad de ponerse en estado de defensa, preveyéndolo todo anticipadamente.

Han sido muy aplaudidas las miras de este orador, pero ya no se piensa en nada, desde que se ha sabido, que el rey de Persia no piensa en nosotros.

No sucede lo mismo con Filipo, cuyo príncipe está presente en todos tiempos y lugares. Apenas ha dejado nuestras costas, cuando vuela á la Trácia marítima, toma en ella la plaza fuerte de Metone, la destruye, y distribuye sus campos á sus soldados que le adoran. Durante el sitio de esta ciudad, pasando un rio á nado perdió el ojo derecho de un flechazo lanzado por una máquina ó por un soldado enemigo.

Sitía en la actualidad el castillo de Heréa, sobre el cual tenemos nosotros legítimos derechos.

La guerra sagrada se hace desesperadamente, sin dar cuartel á nadie. Los fóceos atacados por Filipo y los tésalianos sus aliados, han sido desbaratados y perseguidos hasta el mar, con pérdida considerable. Seis mil han muerto en la batalla, y tres mil que se han rendido á discrecion, han sido precipitados á las aguas como sacrílegos. Filipo, cuyo celo religioso está sometido á su ambicion, habia hecho tomar á sus soldados coronas de laurel, como si marchasen al combate en nombre de la divinidad de Delfos, á quien está consagrado este árbol. Intenciones tan justas en la apariencia, y unos resultados tan célebres, escitan la admiracion de los griegos, hasta tocar en el entusiasmo, de modo que unicamente se habla de este príncipe y de sus talentos y virtudes.

TERCERA CARTA DE APOLODORO.

Desde el 3 de Julio de 352, hasta 22 del mismo mes del año 351, antes de J. C.

A fin de oponernos á la ambicion y á las incursiones de Filipo, habiamos hecho

grandes preparativos, pero con motivo de la falsa noticia de su muerte, hemos dejado al punto las armas, y Filipo ha dirigido las suyas ácia las Termópilas, con intento de caer sobre la Fócida y luego venir contra nosotros. Por fortuna se encontraba en la costa inmediata una esçuadra que conducia un cuerpo de tropas, y Nausicles que la mandaba, se ha apresurado á desembarcarlas y situarse en el estrecho. Entonces ha tomado Filipo el camino de sus estados.

En estos dias pasados se ha ocupado la asamblea general en nuestras desavenencias con este príncipe, y Demóstenes se ha presentado en la tribuna. Propuso el equipo de una escuadra, y que se levantase un cuerpo de tropas para hacer la guerra en Macedónia, y no terminarla, á no ser con un partido ventajoso ó con una accion decisiva. Manifestó en fin sus miras con tanta fuerza y claridad, que fueran capaces de desconcertar los planes de Filipo, y le impedirian combatirnos á espensas de nuestros aliados, de cuyas naves se apodera impunemente. Toda su arenga está sembrada de rasgos de la mas viva elocuencia, conociéndose en su estilo el de Tucídides que le ha servido de modelo.

CARTA CUARTA DE APOLODORO.

Desde 22 *de Julio de* 351, *hasta* 11 *del mismo mes del año* 350, *antes de J. C.*

Ha muerto Artemisa reina de Cária, dos años despues del fallecimiento de Mausolo, que era su hermano y su esposo. Ya sabeis que Mausolo era uno de aquellos reyes, á los cuales puso la corte de Suza en las fronteras del imperio para defender las entradas. Se dice, que su esposa que le gobernaba, habiendo recogido sus cenizas por un esceso de terneza, las echó en el agua que bebia, y que su escesivo sentimiento la ha llevado tambien al sepulcro.

Esta princesa no perdonó medio alguno para perpetuar la memoria de aquel esposo querido. Estimuló con recompensas los talentos mas distinguidos, para que se dedicasen á las acciones de Mausolo; compusieron versos y tragedias en honor suyo, y fueron invitados los oradores de la Grecia para hacerle elogios.

Ha mandado tambien erigirle un panteon, que segun las apariencias eternizará la gloria de los artistas. He visto los planes, y viene á ser un cuadrilongo, cuyo contorno tiene cuatrocientos once pies. La parte prin-

cipal del edificio rodeada de treinta y seis columnas, estará adornada por las cuatro fachadas, por cuatro escultores los mas famosos de la Grecia, cuales son; Briaxis, Escopas, Leocares y Timotéo. Encima se levantará una pirámide dominada por un carro tirado de cuatro caballos, el cual debe ser de mármol y trabajado por Pitis. Tendrá de elevacion este monumento ciento cuarenta pies. Se han echado los cimientos en medio de una plaza construida por disposicion de Mausolo en un terreno que dispuesto naturalmente en forma de teatro, se estiende suavemente hasta el mar. Cuando se entra en el puerto, sorprende el aspecto imponente de aquel sitio. Por una parte se vé el palacio del rey, y por la otra los templos de Venus y de Mercurio situados junto á la fuente Salmacis: en frente se dilata á lo largo de la costa el mercado público; mas arriba está la plaza, y á mayor distancia en la parte superior, se para la vista en la ciudadela y el templo de Marte, donde se vé sobresalir una estátua colosal. El sepulcro de Mausolo, destinado á llamar la atencion despues que se haya recreado la vista por un momento en aquellos magníficos edificios, será sin duda uno de los monumentos mas hermosos del uni-

verso. Está ya muy adelantado; pero como quiera que Idriéo sucesor de su hermano, no se toma el mismo interes en esta obra, los artistas han manifestado, que les resultará mayor honor de acabarle sin recibir paga alguna.

El rey de Persia se prepara para la conquista del Egipto, y creo que ya habreis tomado vuestras medidas para poneros en salvo. Nos ha pedido tropas, como tambien á los demas pueblos de la Grecia. Nosotros se las hemos negado, y los lacedemónios han hecho lo mismo. Bastante hemos hecho con haberle cedido á Focion para mandar, en union con Evágoras, las tropas de Idriéo destinadas á someter los reyes de Chipre que se han revelado.

Desde 11 de Julio de 350, hasta 30 de Junio del año 349 antes de J. C.

CARTA DE NICETAS.

Me rio de los temores que quieren inspirarnos con respecto á Filipo. El poder de este príncipe no puede ser duradero, porque solamente está fundado en la mentira, la perfídia y el perjurio. Le detestan sus aliados, á quienes ha engañado muchas veces, como igualmente sus súbditos y sus

soldados cansados ya de espediciones que debilitan sus fuerzas, sin sacar de ellas fruto alguno, no menos que los principales oficiales de su ejército, á quienes castiga si salen mal y los humilla si consiguen el aciert o.

Este reino se halla en un estado deplorable. No hay cosechas ni comercio: pobre y débil por sí mismo, se debilita mas y mas engrandeciéndose.

El menor revés destruirá esta prosperidad que Filipo debe unicamente á la felicidad de nuestros generales, y á la corrupcion que vergonzosamente ha introducido en toda la Grecia.

Sus partidarios ensalzan sus prendas personales, pero escuchad lo que de él me han contado personas que le han visto de cerca. El arreglo de las costumbres no tiene cabimiento en su estimacion, y sí los vicios casi siempre en su amistad. Desdeña al ciudadano que no tiene mas que virtudes, aparta de sí al hombre ilustrado que le dá consejos, y se deja llevar de la adulacion con tanta ceguedad, como va la lisonja en pos de los otros príncipes.

El que quiera complacerle, lograr sus favores y ser admitido en su sociedad, ha de ser de salud robusta para que pueda

acompañarle en sus escesos, y tener la habilidad que se requiere para divertirle y escitar su risa. Los chistes, las sátiras, los versos, algunas coplas muy obscenas, todo esto basta para estar en su gracia. Asi es que, á escepcion de Parmenion, Antipater y algunas otras personas tambien de mérito, su corte no es mas que una gabilla de bandidos, de músicos, poetas y bufones que le aplauden lo malo y lo bueno, y por esto acuden á Macedónia de todas las partes de la Grecia. Con ellos se entrega á la mas horrible crápula pasando las noches en la mesa, borracho casi siempre, casi siempre furioso, dando golpes á derecha é izquierda, y entregándose á escesos, de que no es posible recordarse sin rubor. No puedo creer Anacarsis, que haya nacido tal príncipe para subyugar á la Grecia.

QUINTA CARTA DE APOLODORO.

El estado de la Grecia me tiene en un contínuo sobresalto. Sus pueblos están debilitados y corrompidos. No hay leyes, no hay ciudadanos, no hay ya ideas de gloria ni amor alguno al bien público; por todas partes hay viles mercenarios por soldados y bandidos en lugar de generales. Nuestras

repúblicas no se reunirán ya nunca contra Filipo; sufrimos los insultos de este príncipe con el mismo valor que nuestros padres arrostraban los peligros, y la elocuencia impetuosa de Demóstenes no podrá sacarnos del letargo en que estamos sepultados.

Observad como Filipo, único confidente de sus secretos, solo dispensador de sus tesoros, general el mas hábil de la Grecia y soldado el mas valiente de su ejército, concibe, preve, ejecuta por sí mismo; siempre está prevenido, se aprovecha de los acaecimientos cuando puede, y cede á ellos cuando es preciso. Observad la perfecta disciplina de sus tropas siempre en contínuo ejército, en todos tiempos al frente de ellas; haciéndolas marchar y contramarchar con una prontitud asombrosa desde la una á la otra parte de su reino, y que han aprendido de él, en fin, á no encontrar diferencia alguna entre invierno y verano, entre fatiga y descanso. Observad, que si en lo interior de Macedónia se ven señales de los estragos de la guerra, él encuentra recursos abundantes en sus minas de oro, en los despojos de los pueblos que subyuga, y en el comercio de las naciones que empiezan á concurrir á los puertos, de

que se ha apoderado en la Tesália. Mirad como desde su entronizamiento no tiene mas que un objeto, la constancia necesaria para seguirle con lentitud, que no dá el primer paso sin meditarlo, ni el segundo sin estar asegurado del acierto del primero; que es ansioso, insaciable de gloria, yendo á buscarla en los peligros, en la pelea, en los parages donde se vende á precio mas costoso. Observad por último, que dirige siempre sus operaciones segun los tiempos y los lugares. Opone á las frecuentes sublevaciones de los trácios, los ilirios y otros bárbaros, combates y victorias; á las naciones de la Grecia tentativas para probar sus fuerzas, apologías para justificar sus empresas, el arte de dividirlas para debilitarlas, y el de corromperlas para sujetarlas á su yugo.

En vano los lisongeamos de que pasa el tiempo en los escesos y la disolucion. Es inútil que la calumnia nos le represente, como al hombre mas despreciable y disoluto. El tiempo que gastan otros soberanos en aburrirse, él le dedica á los placeres, y el que ellos dedican al deleite, él lo dedica á cuidar de su reino. ¡Pluguiese á los dioses, que en lugar de los vicios que le atribuyen, tuviese defectos, que fuese obsti-

nado en su opinion sin atender á la eleccion de sus ministros y generales, y que no tuviese vigilancia ni consecuencia en sus empresas! Filipo tiene quizás el defecto de admirar á los hombres de talento, como si él no tuviese mas que todos ellos. Un gran pensamiento le seduce, pero no le gobierna.

Mi querido Anacarsis, cuando yo reflexiono en la inmensa carrera que Filipo ha recorrido en tan pocos años, cuando pienso en este conjunto de prendas eminentes y de circunstancias favorables á su ambicion, no puedo menos de decir, que nació para avasallar á la Grecia.

CARTA DE CALIMEDON.

Yo adoro á Filipo, el gusta de la gloria, los talentos, las mugeres y el vino. En el trono es el mayor de los reyes y en el trato el hombre mas amable.

El rey de Macedónia se vé algunas veces en la precision de tratar con dureza á los vencidos, pero Filipo es humano, benigno, afable y esencialmente bueno. En un momento se enciende su cólera y en un momento se aplaca; sin hiel, sin rencor, es superior á la ofensa como al elogio; nuestros oradores le llenan de injurias en la

tribuna, y sus mismos súbditos le dicen verdades amargas; pero el responde, que debe favores tanto á los primeros, porque le corrigen sus debilidades, como á los segundos, porque le enseñan sus obligaciones. Presentóse á él una muger del pueblo suplicándole que despachase cierto asunto, y él la respondió. «No tengo tiempo para eso.—¿Porque estais pues en el trono?» Esta proposicion le detuvo, y al punto mandó que le diesen cuenta de todos los negocios pendientes. Otra vez se durmió mientras se veia un pleito, y no por esto dejó de condenar á pagar una multa á una de las dos partes.

«Apelo, esclamó esta al momento—¿A quien pues?—Al rey mas atento.» Vuelve al instante á ver el asunto, reconoce su error, y paga el mismo la multa.

En la toma de una ciudad reclamaba su amistad uno de los prisioneros puestos en venta. El rey sorprendido le dijo, que se acercase, y estando sentado, el desconocido le dijo al oido: dejad caer vuestro ropage, pues no estais en postura decente. Tienes razon, le contestó Filipo: es amigo mio, que le quiten las cadenas.

Un macedónio llamado Nicanor, se atrevió á proferir contra él chanzas amargas y

serias, y habiéndole propuesto que le desterrase. «No haré tal cosa, respondió, pues iria á publicar por todas partes lo que dice aqui.»

En el sitio de una plaza le rompieron de una pedrada una clavícula, y el cirujano estándole curando le pidió una gracia. «No puedo negártela, le dijo Filipo riendose, pues me tienes agarrado por el cuello.» Su corte es el asilo de los talentos y pláceres. La magnificencia brilla en sus fiestas y en su mesa la alegria. Esto es constante, y asi es que me importa poco su ambicion. Si viene contra nosotros pelearemos, y si no viniere, quedaremos quietos para reir y beber en su compañia.

FRAGMENTO DE UNA CARTA

DE ANACARSIS A UN AMIGO SUYO EN ATENAS.

Desde 30 *de Junio de* 349 *hasta* 18 *Julio* 348 *(antes de J. C.)*

Hemos recorrido muchas provincias del vasto imperio de los persas. En Persópolis hemos quedado absortos al ver el gran palacio de los reyes, donde todo respira la magnificencia y el temor, porque sirve al

mismo tiempo de ciudadela. Los reyes han hecho edificar otros menos suntuosos á la verdad, pero de una hermosura que sorprende, en Suza, en Ecbatana y en las demas ciudades, donde pasan las estaciones del año. Tienen ademas grandes parques que llaman *Paraisos*, y están divididos en dos partes. En la una salen á caballo, provistos de flechas y venablos, por entre los bosques, á caza de animales monteses que tienen al intento en aquellos cercados. En la otra, donde han apurado cuanto puede dar de si el arte de la jardineria, cultivan las mas hermosas flores, y cogen las frutas mas delicadas, sin dejar de esmerarse en criar tambien alli altos y corpulentos árboles, que comunmente disponen en tres bolillos. Se encuentran en otros varios parages de estos paraisos, que pertenecen á los sátrapas ó grandes señores.

En Egipto oimos hablar mucho y con grande elogio, de aquel Arsam, á quien el rey de Persia llamó á su consejo muchos años habia. Durante su ministerio dió actividad á los genios con su influencia secreta; los militares se felicitaban de la emulacion que mantenia entre ellos, y los pueblos de la paz que les habia proporcionado, á pesar de obstáculos casi invencibles. En

fin, la nacion habia llegado en fuerza de sus desvelos, de gozar á aquella alta consideracion que habia perdido entre las demas naciones, á causa de guerras desgraciadas.

Este escelente ministro separado ya de los negocios, pasa actualmente sus dias con tranquilidad en su *paraiso,* distante de Suza cerca de cuarenta parasangas (cerca de 39 leguas y cuarto.) Sus amigos no han dejado de verle; y aquellas personas, cuyo mérito apreciaba, no han olvidado todavia sus beneficios y sus promesas; asi es que todos vienen á visitarle con tanta complacencia y afan, como si aun se hallase en el ministerio.

La casualidad nos ha traido á su retiro encantador, donde hace muchos meses que estamos detenidos, cediendo á sus favores y afable trato, y no sé si podremos dejar una compañia que unicamente pudiera reunir Atenas en el tiempo, en que reinaban mas en esta ciudad la política, la decencia y el buen gusto.

En su casa, al rededor de su morada, todo da indicios de la bondad de su carácter generoso, anticipándose á todos los deseos, y satisfaciendo á todas las necesidades. Las tierras antes incultas y abandona-

das, están cubiertas de mieses, y ya las pobres gentes de los campos cercanos, habiendo esperimentado sus beneficios, le ofrecen un tributo de amor que le es aun mas grato que el respeto que le tienen.

Querido Apolodoro, á la historia pertenece poner en su debido lugar á un ministro que siendo depositario de todo el favor, y no teniendo ninguna especie de aduladores asalariados, jamas ambicionó otra cosa que la gloria y la dicha de su nacion.

CARTA DE APOLODORO.

Bien sabeis, que en las cercanias de los estados de Filipo en la Trácia marítima, se estendió á lo largo del mar la Calsídica, donde en otro tiempo se establecieron muchas colonias griegas, siendo Olinto la principal de ellas. Esta es una ciudad fuerte, opulenta, populosa, y que situada en parte en una altura, llama desde lejos la atencion por la hermosura de sus edificios y la grandeza de su recinto. Sus habitantes han dado muchas veces pruebas manifiestas de su valor. Amenazados por Filipo que hace mucho tiempo que ha formado el designio de añadir la Calsídica á sus estados, han resuelto echarse en nuestros brazos, en-

viándonos al efecto sus diputados, que han implorado nuestro socorro. Conformándonos con el dictámen de Demóstenes, les hemos enviado algunas tropas bajo el mando de Cares. Este general despues de haber derrotado una tropa de mercenarios al servicio del rey de Macedónia, ha vuelto aqui á gozar de este triunfo, cual si fuese una gran victoria. Caridemes, á quien hemos enviado en reemplazo de Cares, ha entrado en la ciudad de Olinto, y en ella se ha señalado con su intemperancia y sus desórdenes.

Estoy persuadido de que nada es tan importante para nosotros como la conservacion de esta plaza, porque si Filipo se apodera de ella, ¿quien podrá impedirle que penetre en la Ática?

CARTA DE NICETAS.

Solo esperaba una imprudencia de Filipo. Temia y contemplaba á los olintios, cuando de repente se le ha visto acercarse á sus murallas á distancia de cuarenta estadios (mas de legua y cuarto.) Le han enviado diputados, pero él les ha respondido. «Preciso es que salgais de la ciudad ó yo de la Macedónia.»

Se dice que á su llegada han huido, ¿pero como podrá pasar aquellos muros fortificados por el arte y defendidos por un egército entero? No, jamás hubiese emprendido esta espedicion, sino estuviese cierto del buen éxito, ó sino hubiese creido ganarlo todo de una embestida. El resultado ha escedido á nuestras esperanzas: pronto sabreis, que el poder y la gloria de Filipo se han estrellado contra las murallas de Olinto.

SESTA CARTA DE APOLODORO.

Filipo mantenia correspondencia secreta en la Eubéa, adonde enviaba tropas secretamente. Ya era dueño de la mayor parte de las ciudades, y enseñoreándose de esta isla, lo hubiese sido en breve de la Grecia entera. A ruegos de Plutarco de Erétria, enviamos á Focion con un corto número de caballos y de infantes, contando con los amigos de la independencia y los estrangeros soldados por Plutarco, pero la corrupcion habia hecho tan grandes progresos, que toda la isla se sublevó contra nosotros. Focion se vió pues obligado á dar batalla, y derrotó completamente al enemigo. El orador Esquines que se ha distinguido en

la accion, nos ha traido la noticia de esta victoria.

Focion ha hecho salir de Erétria á este Plutarco que la tiranizaba, y de Eubéa á todos los déspotas que se habian vendido á Filipo; y despues de una campaña que es la admiracion de los inteligentes, ha venido á confundirse con los ciudadanos de Atenas.

SÉPTIMA CARTA DE APOLODORO.

Desde Julio de 348 hasta 8 del mismo mes del año 347, antes de J. C.

Olinto ya no existe. Sus riquezas, sus fuerzas, sus aliados, catorce mil hombres que les habíamos enviado en diferentes veces, nada ha podido salvarla. Filipo rechazado en todos los asaltos, valído de unos traidores, se ha metido por último en esta ciudad desgraciada. Casas, pórticos, templos, todo lo ha destruido el hierro ó el fuego, y en breve se preguntará, ¿donde fué Olinto? Filipo ha puesto en venta los habitantes, y dado muerte á dos hermanos suyos, que habian tomado asilo en aquella ciudad algunos años antes.

La Grecia está consternada, temiendo perder su libertad y su poder. ¿Como podrá defenderse contra un príncipe que dice

y prueba con frecuencia, que no hay muralla que no pueda saltar facilmente un asno cargado de oro. Las demas naciones han aplaudido los decretos fulminantes que hemos espedido contra los que han hecho traicion á los olintios; pero es preciso hacer justicia á los vencedores que indignados de esta perfidia, la han afeado á los culpados. Euticrates y Lastenes se han quejado de ello á Filipo, quien les ha contestado. «Los soldados macedónios son todavia tan rudos, que llaman cada cosa por su nombre.»

CARTA DE NICETAS.

No me esperaba á la verdad la desgracia de los olintios, y si han perecido, es por no haber sofocado en su origen el partido de Filipo. Mandaba su caballeria Apolonides hábil general y escelente ciudadano, y le desterraron de repente, porque los partidarios del rey de Macedónia habian logrado hacerle sospechoso. Euticrates que ocupó su lugar y Lastenes que le asociaron, estaban de inteligencia con Filipo, los olintios no lo advirtieron. El suplicio de estos dos traidores atemorizará en adelante á los cobardes que traten de imitarlos, pues han perecido miserablemente, habiendo sido

abandonados por Filipo á los ultrages de sus soldados, que por último los han despedazado.

La toma de Olinto, lejos de hacernos perder las esperanzas, las ha avivado aun mas todavia. Nuestros oradores han inflamado los ánimos; las demas naciones empiezan á moverse; toda la Grecia se pondrá en breve sobre las armas, y en tanto nosotros hemos acogido publicamente á los habitantes de Olinto que han podido salvarse de las llamas y de la esclavitud.

CARTA OCTAVA DE APOLODORO.

Á 25 de Mayo del año 347 antes de J. C.

No dudo que sereis partícipe de nuestro grave sentimiento. Una muerte imprevista acaba de arrebatarnos á Platon. Este fatal incidente ha ocurrido el 7 de este mes, dia de su nacimiento. No habia podido eximirse de asistir á un convite de boda. Yo estaba á su lado, y advertí que unicamente comió algunas aceitunas, segun su costumbre. Jamas habia estado tan placentero, ni nunca nos habia dado su salud mas gratas esperanzas. En el momento mismo en que yo le felicitaba por esto, se sintió malo, perdió el conocimiento y cayó

en mis brazos. Todo cuanto hicimos en su socorro fué inutil, y le trasladamos á su casa. Vimos encima de su mesa algunos renglones que habia escrito pocos momentos antes de salir, y las correcciones que hacia de cuando en cuando á su tratado de la república, lo cual regamos con lágrimas. El sentimiento del público y el llanto de sus amigos, le han acompañado hasta el sepulcro. Se le ha enterrado cerca de la Académia, á la edad de ochenta y un años cumplidos.

Su testamento contiene el estado de sus bienes, que se reducen á dos casas de campo, tres minas en dinero efectivo (1005 reales vellon,) cuatro esclavos, dos vasos de plata de peso de ciento sesenta y cinco dracmas el uno, y el otro de cuarenta y cinco, un anillo de oro, y los pendientes del mismo metal que llevaba en su infancia. Declara que no tiene deuda alguna; lega una de sus casas de campo al hijo de Adimanto su hermano, y dá libertad á Dianes, cuyo celo y cuyos servicios merecian este testimonio de reconocimiento. Ademas de esto, arregla y dispone todo lo respectivo á sus funerales y sepultura. Espeusipo su sobrino, es uno de los albaceas, y debe sucederle en la Académia.

La pérdida de este gran filósofo me ocasiona otra muy sensible. Aristóteles nos deja con motivo de algunas desazones, que os contaré cuando volvais, y se retira á la compañia del eunuco Hermidas, á quien el Rey de Persia ha confiado el gobierno de Artanéa ciudad de Misia. Siento en el alma la falta de sus luces, su conversacion y su amistad. Me ha prometido volver, pero ¡ay! ¡qué diferencia tan notable entre gozar y esperar!

Estoy disgustado de no haber apuntado y hecho una coleccion de sus dichos agudos. Me acuerdo de que en una conversacion sobre la amistad, esclamó repentinamente y con mucha gracia: «¡Oh amigos mios! ¡no hay amigos!» Habiéndole preguntado, que para que servia la filosofia, respondió al punto: «para hacer espontáneamente lo que obligaria hacer el temor de las leyes.» Pero vos que habeis vivido en su compañia, sabeis bien, que tiene acaso mas talento que conocimientos.

CARTA DE CALIMEDON.

Desde el 8 de Julio de 347, hasta 27 de Junio del año 346 antes de J. C.

Noticioso Filipo del contento que reina en nuestras tertulias ó juntas, acaba de re-

mitirnos un talento (20517 reales vellon,) y nos invita á que le comuniquemos el resultado de cada sesion nuestra. La sociedad de que soy individuo, se complacerá en satisfacer á sus deseos. Yo he propuesto que se le envie la pintura de algunos de nuestros ministros y generales, y en el acto mismo he suministrado apuntes curiosos para ello. Voy á ver si los recuerdo.

Demades ha sobresalido durante algun tiempo entre la chusma de nuestras galeras. Manejaba el remo con igual maña y fuerza que en el dia maneja la palabra, sacando de su primer estado el honor de habernos enriquecido con el proverbio que dice: *del remo á la tribuna.*

Es hombre de talento, y sobre todo muy chistoso y chancero, pero no consiste en esto solo su ingenio. Cuando se trata en la asamblea un asunto imprevisto, en que ni el mismo Demóstenes se atreve á hablar, él habla con tanta elocuencia que nadie titubea en tenerle por superior á todos nuestros oradores. Es de trato tan franco al mismo tiempo, que se venderia, aunque fuese por algunos años, á cualquiera que quisiera comprarle.

Filocrates es menos elocuente que Demades, pero tan voluptuoso como este y

tan desarreglado. En la mesa todo desaparece en su presencia, y es ademas uno de aquellos hombres, en cuya frente se cree leer, como sobre las puertas de una casa, estas palabras escritas con letras muy grandes: *se alquila, se vende.*

No es asi Demóstenes, pues manifiesta un celo ardiente por la patria, y quizás nos venderá cuando no pueda impedir que los demas nos vendan.

Sus grandes defectos naturales se oponian á sus vivos deseos de seguir la carrera de la elocuencia, pero á costa de esfuerzos estraordinarios, ha vencido una parte de aquellos inconvenientes, y cada dia añade un nuevo rayo á su gloria. Bien es verdad que le cuesta caro, porque es menester que medite mucho tiempo y que revuelva su entendimiento para forzarle á producir. Sus enemigos suponen que sus escritos huelen á humo de lámpara: las personas de gusto encuentran cierta cosa de poco noble en su accion, y le critican ciertas espresiones duras y metáforas estravagantes. Por mi parte le encuentro tan malo en el estilo jocoso, como ridículo en el esmero de su vestido. La dama mas melindrosa no gasta ropa tan fina, y este acicalamiento hace un contraste singular con su áspero carácter.

Es digno de risa su amor propio, aunque no ofende, porque al momento lo conoce cualquiera. Estando yo dias pasados en la calle, una aguadora que le vió, le enseñaba á otra muger señalando con el dedo, y diciendo: «Mira, mira, ese es Demostenes.» Yo hacia como que no lo veia, pero él me lo hizo advertir.

Esquines se acostumbró desde muy joven á hablar en público. Se agregó temprano á una compañia de cómicos para hacer en ella unicamente el tercer papel. A pesar de la hermosura de su voz, el público le declaró una guerra abierta. Dejó pues su profesion; fué escribano de un tribunal subalterno y despues ministro de estado. Desde entonces ha mostrado siempre una conducta arreglada y decente. Su elocuencia se distingue por la feliz eleccion de palabras, por la abundancia y claridad de sus ideas, y por una gran facilidad que debe mas bien á la naturaleza que al arte; y aunque no tiene tanto nervio como Demóstenes, tiene no obstante el suficiente en sus discursos. Debo añadir, que es hombre muy valiente, pues se ha distinguido en muchos combates, tanto que Focion ha dado testimonio del valor suyo.

Focion no ha sabido nunca que vivia en

esta ciudad ni en este siglo. Es pobre y no se humilla por esto; hace bien y no se alaba de ello: tiene talento sin ambicion, y sirve al estado sin interés. Al frente del egército se contenta con restablecer la disciplina y batir al enemigo, y en la tribuna ni le turban los gritos de la multitud, ni le envanecen los aplausos. Es el único general que nos queda, y casi nunca le empleamos; el mas íntegro y acaso el mas ilustrado de nuestros oradores, y el que menos escuchamos. Es cierto que no le quitaremos sus principios, pero juro por los dioses, que él tampoco nos quitará los nuestros, y en verdad no se dirá, que con este auxilio de virtudes añejas y sus rapsódias de antiguas costumbres, Focion será harto fuerte para corregir la nacion mas amable del universo.

Ved á Cares, que enseña con su ejemplo á nuestros jóvenes á profesar publicamente la corrupcion. Es el general mas pícaro y mas ignorante de cuantos tenemos, pero el mas acreditado, porque se ha puesto bajo la proteccion de Demóstenes y de algunos otros oradores, al mismo tiempo que dá fiestas al pueblo.

CARTA NOVENA DE APOLODORO.

Por todas partes resonaba aqui el estruendo de las armas, pero una palabra de Filipo las ha hecho caer de nuestras manos. Tomó á Olinto, y desde entonces solo respiramos guerra, mas luego dos de nuestros actores, Aristodemo y Neoptolemo, á quienes trata el príncipe bondadosamente, nos aseguraron á su vuelta, que persistia en sus primeras disposiciones, y con esto ya no respiramos mas que paz.

Acabamos de enviar á Macedónia diez diputados, todos personas distinguidas por sus talentos, los cuales deben arreglar con Filipo los principales artículos del tratado, y empeñarle á enviarnos plenipotenciarios para concluirle en esta ciudad. Para conseguir su beneplácito, es preciso que tengan el arte y la dicha de agradarle. El actor Aristodemo tiene contraidas obligaciones con algunas ciudades que debian dar espectáculos, y vamos á enviar á suplicarles de rodillas de parte del senado, que no le multen, porque la república le necesita en Macedónia. El autor de este decreto es aquel Demóstenes que en sus arengas trataba á Filipo con tanto desprecio.

CARTA DE CALIMEDON.

Nuestros embajadores han desempeñado su mision con tanta eficacia y prontitud, que ya estan de vuelta. Voy á contaros algunas anécdotas acerca de su viage.

Demóstenes, cuya vanidad tanto les molestaba, no cesaba de prometerles, que abriria delante del rey las fuentes inagotables de su elocuencia. «No temais á Filipo, les decia, yo le *coseré* la boca de tal modo, que se verá obligado á restituirnos Afípolis.»

Cuando estuvieron en presencia de Filipo Tesifonte y los demas, se esplicaron en pocas palabras; Esquines elocuente y largamente; Demóstenes....vais á verlo. Levantóse muerto de miedo. No era aquella la tribuna de Atenas, ni aquella multitud de obreros que componen nuestras asambleas, pues Filipo estaba rodeado de sus cortesanos, la mayor parte personas de talento. Todos habian oido hablar de las magníficas promesas de Demóstenes, y todos esperaban su efecto con una atencion que acabó de trastornarle. Empieza temblando á tartamudear un discurso obscuro, lo advierte el mismo, se turba, se corta y calla. En vano procuró el rey alentarle, pues ya no vol-

vió á levantarse, sino para caer mas pronto, y cuando hubieron gozado un rato de su silencio, el heraldo hizo que se retirasen nuestros diputados. A poco rato los mandaron entrar otra vez, y cuando estuvieron sentados, Filipo examinó por órden sus pretensiones, respondió á sus quejas, se detuvo, particularmente en el discurso de Esquines, y le dirigió muchas veces la palabra: en seguida, tomando un tono de dulzura y bondad, manifestó un deseo el mas síncero de ajustar la paz. En tanto Demóstenes se esforzaba con ademanes para llamar la atencion, pero no logró ni una palabra ni siquiera una mirada.

Despues del regreso de los diputados, se ha conducido bien en la asamblea del senado. Habiendo sido entregada á esta compañia la carta de Filipo, Demóstenes ha felicitado á la república por haber confiado sus intereses á unos diputados tan recomendables por su elocuencia, como por su probidad: ha propuesto que les concedan una corona de olivo, y que al dia siguiente se les convide á comer en el Pritanéo. El senado-consulto es en todo conforme á lo que ha pedido.

No cerraré esta carta hasta que se haya acabado la junta general.

Salgo de ella en este momento. Demóstenes ha hecho maravillas. Los diputados acababan de referir cada uno por su órden, diferentes circunstancias de la embajada. Esquines dijo alguna cosa de la elocuencia y la feliz memoria de Filipo. Tesifonte de su belleza, de su rostro, de su fecundo ingenio y de su humor festivo cuando tiene el vaso en la mano. Todos fueron aplaudidos. Subió Demóstenes á la tribuna con un continente mas grave que de costumbre, y empezó su discurso diciendo: «¿Como nos atrevemos á pasar el tiempo en nimiedades, cuando se trata de un asunto el mas importante? Yo por mi parte voy á daros cuenta de mi embajada. Léase el decreto del pueblo, en virtud del cual marchamos, y la carta que el rey nos ha remitido. Acabada su lectura, aqui teneis nuestras instrucciones, las cuales hemos cumplido.

«Ved aqui lo que ha respondido Filipo: solo falta deliberar. Voy á proponer un decreto. El heraldo de Filipo ha llegado y en pos de él vendrán sus embajadores. Pido que sea permitido tratar con ellos, y que los pritanos convoquen una junta que se celebrará en dos dias consecutivos, y en la cual se delibere sobre la paz y la alianza. Pido tambien, que se den elogios á los di-

putados si lo merecen, y que se les convide á comer mañana en el Pritanéo.» Este decreto se ha aprobado á pluralidad de votos, y el orador ha recobrado su ascendiente.

CARTA DÉCIMA DE APOLODORO.

Os envio una relacion circunstanciada de una parte de lo ocurrido en nuestras juntas hasta la conclusion de la paz.

Han llegado Antipater, Parmenion y Euriloco, los cuales vienen de parte del rey para celebrar el tratado. Antipater es despues de Filipo, el mas hábil político de la Grecia, tanto que el Príncipe suele decir: Podemos entregarnos á los placeres y al reposo, pues vela por nosotros Antipater.

Parmenion querido del soberano y mas todavia de los soldados, se ha dado ya á conocer con muchas proezas, y seria el primer general de la Grecia, si Filipo no existiese. Por los talentos de estos dos diputados se puede juzgar del mérito de Euriloco su asociado.

Hemos hecho con Filipo un tratado de paz que lo es tambien de alianza; le cedemos nuestros derechos sobre Amfípolis, pero creemos recibir en indemnizacion, ó la isla de Eubéa, de que él puede disponer, ó la ciudad de Oropa que nos han

quitado los tébanos. Tambien nos lisongeamos de que nos dejará gozar el Quersoneso de Tracia. Hemos comprendido en el tratado á todos nuestros aliados, y por este medio salvamos al rey de Tracia, á los habitantes de Hale y á los focenses.

Salimos garantes á Filipo de cuanto posee actualmente, y miraremos como enemigos á cuantos intenten despojarle de ello.

Aunque nada han prometido estos embajadores, nosotros nos hemos dado priesa á prestar juramento en sus manos, y nombrar diputados para ir á recibir el suyo.

Despues de algunas dilaciones, han partido al fin estos diputados, y en lugar de ir en derechura al campo de Filipo que se hallaba haciendo la guerra al rey de Tracia Cersoblepto, se han tomado veinte dias de tiempo para ir á Pela capital de la Macedónia, y han abrazado el partido de esperar alli tranquilamente, á que la espedicion de este príncipe se concluya. A su vuelta comprenderá sus nuevas adquisiciones entre las posesiones, de que le hemos salido garantes, bajo pretesto de que todavia no ha visto á los embajadores ni ratificado el tratado que podia detener el curso de sus espediciones.

Nuestros diputados estan de vuelta en

Atenas; darán cuenta de su mision al senado pasado mañana, y á la asamblea del pueblo en el dia siguiente.

No hay cosa mas criminal ni irritante que su conducta, si se da crédito á Demóstenes que era uno de ellos. Hay sospechas de que Esquines y Filocrates han cedido á los regalos y caricias de Filipo.

El dia de la audiencia les hizo hacer antesala este príncipe que aun estaba en cama, y los embajadores murmuraban de esto. «No lo estrañeis, les dijo Parmenion, pues Filipo duerme mientras velais, asi como velaba, cuando vosotros dormiais.» Dejóse ver al fin, y cada uno espuso el objeto de su mision. Estendióse Esquines sobre la determinacion que el príncipe habia tomado de terminar la guerra de los focenses, le suplicó que restituyese la libertad á las ciudades de Beócia, cuando estuviese en Delfos, y restableciese las que habian abolido los tébanos: que no entregase á estos indistintamente á los desgraciados habitantes de la Fócida, y que sometiese el juicio de los que habian profanado el templo de Apolo y saqueado el tesoro, á la decision de los pueblos amfictiónicos encargados en todos tiempos del conocimiento de esta clase de crímenes.

Filipo sin esplicarse abiertamente acerca de estas peticiones, despidió á los diputados de las otras ciudades de la Grecia, partió con los nuestros para la Tesália, y firmó el tratado en una posada de la ciudad de Feres jurando la observancia. Se negó á comprender en él á los focenses, por no violar el juramento que habia hecho á los tesalianos y tébanos, pero hizo promesas y dió una carta. Despidiéronse de él nuestros diputados, y las tropas del rey avanzaron ácia las Termópilas.

El senado se ha reunido esta mañana, Demóstenes ha tratado de probar, que sus colegas han obrado contra sus instrucciones, que estan de inteligencia con Filipo, y que no tenemos otro recurso, que el de volar al socorro de los focenses y ocupar el paso de las Termópilas. El senado ha espedido un decreto conforme á su dictámen, pero no ha concedido elogios á los diputados, ni les ha convidado á comer en el Pritanéo, severidad que jamas habia ejercido contra los embajadores.

FRAGMENTO DE UNA CARTA DE CALIMEDON.

Acabo de conocer á fondo á Demóstenes. Si quereis un genio vigoroso y sublime, ha-

cedle subir á la tribuna; si un hombre pesado, inhábil y de mal modo, trasladadle á la corte de Macedónia. Se ha dado priesa para hablar el primero, cuando nuestros diputados se han presentado á Filipo. Empezó prorrumpiendo en invectivas contra sus colegas; en seguida hizo una larga retaila de los servicios que habia hecho al príncipe; luego la lectura fastidiosa de los decretos que habia propuesto para acelerar la paz; su atencion en hospedar en su casa á los embajadores de Macedónia, en proporcionarles buenos almohadones en los espectáculos, en escogerles tres tiros de mulas cuando regresaron y en acompañarles el mismo á caballo: todo esto á despecho de los envidiosos; en lo que ha acreditado su única intencion de complacer al monarca. Sus colegas al oir esto se tapaban el rostro para ocultar su rubor, y él continuaba. «No he hablado de vuestra belleza, decia al rey, porque este es el mérito de una muger; ni de vuestra memoria, porque es el de un retórico, ni de vuestra habilidad para beber, porque esto es propiedad de una esponja.» En fin, tanto es lo que ha dicho, que nadie ha podido contener la risa.

CARTA UNDECIMA DE APOLODORO.

A 23 de Junio año 346, antes de J. C.

Decidióse la suerte de la Fócida y sus habitantes. La asamblea se ha reunido hoy en el Piréo para tratar de nuestros arsenales, y Dercilo uno de nuestros diputados, se ha presentado de repente. Habia sabido en Calcis en Eubéa, que los focenses se habian entregado á Filipo pocos dias antes, y que este va á entregarlos á los tébanos. No es fácil pintaros el dolor, la consternacion y el espanto que se han apoderado de todos los ánimos.

Los generales de acuerdo con el senado, han convocado una asamblea estraordinaria, la cual ha mandado trasladar sin pérdida de tiempo á la ciudad y al Piréo las mugeres, los niños y todos los efectos del campo que estan á distancia de menos de ciento veinte estadios (cerca de cuatro leguas y media,) y los que distan mas, á Eleusis, File, Afidme, Ramnonta y Sunio; que se reparen los muros de Atenas y otras plazas fuertes, y se ofrezcan sacrificios á Hércules, como acostumbramos en las calamidades públicas.

Apesar de todas nuestras precauciones,

no tenemos ahora otro recurso que la indulgencia ó la piedad de Filipo. ¡La piedad! O mánes de Temístocles y de Arístides!....

Aliándonos con él, ajustando de repente la paz, al mismo tiempo que invitábamos á los otros pueblos á tomar las armas, hemos perdido nuestras posesiones y nuestros aliados. ¿A quien pues nos dirigiremos ahora? Toda la Grecia septentrional está adicta al rey de Macedónia. En el Peloponeso; la Elida, la Argólida y la Arcádia llenas de partidarios suyos, no querrán, como tampoco los demas pueblos de estos paises, perdonarnos nuestra alianza con los lacedemónios. Estos últimos, á pesar del genio fogoso de Archîdamo su rey, prefieren la paz á la guerra. Por nuestra parte, cuando vuelvo la vista ácia el estado de la marina, del egército y de las rentas, no veo mas que las reliquias de una potencia que era en otro tiempo muy formidable.

CARTA DUODECIMA DE APOLODORO.

Desde 27 de Junio de 346, hasta 13 de Julio de 345, antes de J. C.

Aun se nos permite ser libres. Filipo no volverá sus armas contra nosotros, pues

los negocios de la Fócida le tienen ahora ocupado, y en breve le llamarán á Macedónia otros intereses.

Inmediatamente que llegó á Delfos, reunió los amfictiones para imponer un ejemplar castigo á los que se habian apoderado del templo y del tesoro sagrado. La forma era legal, pues los principales autores del sacrilegio quedan condenados á la execracion pública, y es permitido perseguirlos en todas partes. La nacion como cómplice de su crímen, pues tomó la defensa de ellos, pierde el voto doble que tenia en la asamblea amfictiónica, cuyo privilegio se devuelve para siempre á los reyes de Macedónia. A escepcion de tres villas, en donde unicamente serán demolidas las fortificaciones, todas las demas serán arrasadas y reducidas á aldeas de cincuenta casitas situadas á cierta distancia una de otra. Los habitantes de la Fócida, privados del derecho de ofrecer sacrificios en el templo y de participar de las ceremonias santas, cultivarán sus tierras y depositarán anualmente en el tesoro sagrado sesenta talentos (1,207.000 reales vellon,) hasta que hayan restituido el total de las sumas que cogieron: entregarán sus armas y caballos, y no podrán tener otros, hasta que se halle

el tesoro indemnizado. Filipo de concierto con los beócios y los tesalianos, presidirá en los juegos píticos, en lugar de los corintios acusados de haber favorecido á los focenses.

Filipo ha hecho ejecutar el decreto, segun unos con un rigor bárbaro, y segun otros con bastante moderacion; veinte y dos ciudades circuidas de muros eran el ornamento de la Fócida, y la mayor parte no ofrecen en el dia mas que un monton de cenizas y de escombros. En los campos no se vé mas que viejos, mugeres, niños y hombres enfermos que con debil y trémula mano apenas pueden arrancar de la tierra algunos alimentos groseros; sus hijos, sus esposos, sus padres, se han visto precisados á abandonarlos. Unos vendidos á pública subasta, gimen entre cadenas, y otros proscriptos y fugitivos, no encuentran asilo en la Grecia. Nosotros hemos acogido algunos de ellos, y ya nos atribuyen un crimen por esto los tesalianos.

Filipo ha sacado de su espedicion el fruto que esperaba cual es la libertad de pasar las Termópilas cuando quiera; el honor de haber terminado una guerra de religion; el derecho de presidir en los juegos públicos; y otro mas importante, que es

el de asiento y voto en la junta de los amfictiones.

El pueblo ya no teme á Filipo, desde que se ha retirado á sus estados. El modo con que ha dirigido y terminado la guerra de los focenses, su desinterés en el repartimiento de los despojos; y en fin, su comportamiento mejor examinado, nos deben tranquilizar tanto en lo presente, como atemorizarnos para lo venidero que acaso no está lejos. Este príncipe quiere conquistar á los griegos antes que á la Grecia; quiere ganar nuestra confianza, acostumbrarnos á las cadenas, obligarnos quizá á pedírselas, y por medios lentos y suaves hacerse insensiblemente nuestro árbitro, nuestro defensor y nuestro dueño.

CARTA DECIMATERCIA DE APOLODORO.

Desde 13 Julio de 345, hasta 4 de Julio del año 344, antes de J. C.

Timónides de Leucade ha llegado hace algunos dias. Bien sabeis que acompañó á Dion á Sicilia hace trece años, y que peleó siempre á su lado. La historia que está escribiendo, contendrá los pormenores de esta célebre espedicion.

Nada hay mas espantoso, que el estado en que ha dejado aquella isla, en otro tiempo tan floreciente. No parece sino que la fortuna ha elegido este teatro para mostrar en un corto número de años todas las vicisitudes de las cosas humanas. La mayor parte de las ciudades han roto los lazos que constituian su fuerza cuando estaban unidas á la capital, y se han entregado á gefes que las han esclavizado prometiéndoles la libertad. Estas revoluciones se han hecho con torrentes de sangre, con odios implacables y crímenes atroces.

Todas estas calamidades han convertido la Sicilia en un horroroso desierto: aldeas y lugares han desaparecido: los campos incultos, las ciudades medio destruidas y casi sin gentes, están pasmadas de horror en vista de aquellas ciudadelas, donde se encierran los tiranos rodeados de los ministros de la muerte. Ya lo veis, Anacarsis; no hay cosa mas funesta para una nacion ya sin costumbres, que la empresa de romper sus grillos. Los griegos de Sicilia eran tan corrompidos que no podian ya conservar su libertad, ni su vanidad tolerar la servidumbre. A fuerza de sufrir, han llegado á ser los hombres mas desventurados y los mas viles esclavos.

Acaba de salir de aqui Timónides, quien ha recibido cartas de Siracusa, en las cuales le dicen, que Dionisio ha vuelto á ocupar otra vez el trono, habiendo arrojado de él á Niséo su hermano por parte de padre, y al cual ha encerrado en un calabozo condenándole á perder la vida.

CARTA DECIMACUARTA DE APOLODORO.

Acabamos de recibir noticias de Sicilia, Dionisio se creia dichoso en el trono manchado no pocas veces con la sangre de su familia. Cuando salió de Italia para Sicilia, dejó á su muger sus hijas, y su hijo menor en la capital de los locrianos epicefirios. Asi que se ausentó, estos pueblos, contra los cuales habia ejercido la tiranía mas horrible, quitaron la vida á toda su familia con una muerte la mas lenta y dolorosa. Esta desgracia que acaba de esperimentarse, ha difundido el terror en todo el imperio. No hay que dudarlo: Dionisio va hacer olvidar las crueldades de su pádre con las suyas.

CARTA DECIMAQUINTA DE APOLODORO.

Desde 4 de Julio del año 344, hasta 23 de Julio del año 343 antes de J. C.

Seguid, si podeis, las rápidas operaciones de la última campaña de Filipo. Junta un ejército, cae sobre la Ilíria, se apodera de muchas ciudades, coge un botin inmenso, vuelve á Macedónia, penetra en la Tesália, á donde le llaman sus partidarios, libértala de todos los tiranuelos que la oprimian, la divide en cuatro grandes distritos, pone á su frente gefes que le son adictos, une asi con nuevos lazos los pueblos que la habitan; se hace confirmar los derechos que percibia en sus puestos y vuelve á sus estados tranquilamente.

En la actualidad toma con empeño la defensa de los mesenios y de los argivos, á quienes dá soldados y dinero, y ha enviado á decir á los lacedemónios, que si se atreven á atacarlos entrará en el Peloponeso. Demóstenes ha ido á Mesenia y á la Argólida, mas á pesar de sus esfuerzos, no ha podido lograr que estas dos naciones conozcan sus verdaderos intereses.

CARTA DECIMASEXTA DE APOLODORO.

Acaba de enseñarme Isócrates una carta que escribe á Filipo. Un viejo cortesano no seria mas diestro y sagaz para lisongear á un príncipe. Se disculpa de atreverse á darle consejos, pero se vé en la precision de hacerlo, porque lo exige el interés de la Grecia y de Atenas, tratándose del cuidado que deberia tomar en su conservacion el rey de Macedónia. «Todo el mundo os vitupera, le dice, el precipitaros al peligro con menos precaucion que un simple soldado. Es muy glorioso morir por su patria, por sus hijos y por aquellos que nos han dado el sér; pero no hay cosa tan reprensible como esponer una vida, de la cual depende la suerte de un imperio, y marchitar con funesta temeridad, la carrera esclarecida de tantas hazañas.»

Isócrates queria establecer entre Filipo y los atenienses una amistad síncera, y dirigir sus fuerzas contra el imperio de los persas. Mira la república como cosa propia; conviene en que hemos desacertado, pero los dioses mismos no son irreprensibles á nuestros ojos.

No paso adelante, y no me causa estrañeza, que un hombre de mas de noventa años de edad, sea todavía tan rastrero, cuando lo ha sido toda su vida. Me afflige, sí, que muchos atenienses piensen del mismo modo. De aqui debeis inferir lo mucho que han mudado nuestras ideas desde vuestra ausencia.

CAPÍTULO LX.

De la naturaleza de los gobiernos segun Aristóteles y otros filósofos.

A nuestra vuelta de Persia nos entregaron en Esmirna las últimas cartas que acabo de recibir. En esta ciudad supimos tambien, que Aristóteles se habia establecido en Mitilene capital de la isla de Lesbos, despues de haber estado tres años con Hermias gobernador de Atarnéa. Nos hallábamos tan cerca de él, y hacia tanto tiempo que no le habíamos visto, que determinamos ir á sorprenderle, y esta prueba de afecto le enagenó de gozo. Estaba disponiéndose para ir á Macedónia, porque al fin habia conseguido Filipo que se encargase de la educacion de su hijo Alejandro. «Sacrifico asi mi libertad, nos dijo, pero oid mi discul-

pa.» Entonces nos enseñó una carta del rey concebida en estos términos. «Tengo un hijo y doy gracias á los dioses, no tanto de habérmele dado, como de que haya nacido en vuestro tiempo. Espero que vuestros cuidados y vuestras luces le haran digno de mi y de este imperio.»

Pasábamos los dias enteros con este gran filósofo, y le hicimos una relacion circunstanciada de nuestro viage. Las reflexiones que tambien le hicimos acerca del despotismo del rey de Persia y de sus sátrapas, le empeñaron á hablarnos de las diferentes clases de gobierno, en lo cual se habia ocupado desde nuestra separacion. Comenzó haciendo una recopilacion de las leyes y las instituciones de todas las naciones griegas y bárbaras, y nos las hizo ver puestas en órden, y acompañadas con notas, en otros tantos tratados particulares en número de mas de ciento y cincuenta. Alli se encuentra la constitucion de Atenas, la de Lacedemónia, de los tesalianos, los arcádios, de Siracusa, de Marsella, y hasta de la reducida isla de Itaca.

Esta inmensa coleccion bastaria por sí sola para afianzar la gloria del autor, pero él no la miraba mas que como un andamio para levantar un monumento todavia mas

precioso. Estaban ya reunidos los hechos, pero presentaban diferencias y contradicciones muy chocantes, y para sacar de ellos resultados útiles al género humano, era preciso empezar por el espíritu de las leyes y seguirlas en sus efectos; examinar segun la esperiencia de muchos siglos las causas que conservan ó destruyen los estados, proponer remedios para los vicios que son inherentes, y contra los principios de alteracion que le son estraños; formar en fin para cada legislador un código luminoso, mediante el cual pueda escoger el gobierno el que mas convenga á la nacion, asi como á las circunstancias de los tiempos y de los lugares.

Esta grande obra estaba casi acabada cuando llegamos á Mitilene, y salió á luz algunos años despues. Aristóteles nos permitió leerla y hacer de ella el estracto siguiente.

PRIMERA PARTE.

Sobre las diferentes especies de gobierno.

Es necesario distinguir dos clases de gobiernos: unos en que se atiende en todo á la utilidad pública, y otros en que no se cuenta con ella para nada. En la primera

clase pondremos la monarquía templada, el gobierno aristocrático, y el republicano propiamente tal. La segunda clase comprende la oligarquía y la democrácia que no son mas que corrupciones de las dos segundas formas de gobierno, porque la aristocracia degenera en oligarquía, cuando el poder supremo solo reside ya en un corto número de personas unicamente distinguidas por sus riquezas; y el gobierno republicano en democrático, cuando los mas pobres tienen demasiada influencia en las deliberaciones públicas. Es oportuno observar que la mas absoluta autoridad se hace legítima, si los súbditos consienten en establecerla ó tolerarla.

En la historia de los pueblos descubrimos cinco especies de monarquías, pero la moderada, que es aquella en que el soberano ejerce en sus estados la misma autoridad que un padre de familia en su casa, es la única de que yo voy á tratar.

El soberano goza de la autoridad suprema y vela sobre todas las partes de la administracion pública, asi como sobre la tranquilidad del estado. Tal es la idea que nos formamos de una verdadera monarquía. Este gobierno, estando fundado unicamente en la confianza que inspira, se

destruye cuando el soberano que no es mas que el ejecutor de las leyes, se hace odioso por su despotismo ó despreciable por sus vicios.

Bajo un opresor, todas las fuerzas de la nacion se vuelven contra ella misma; el gobierno hace una guerra contínua á sus súbditos, los ataca en sus leyes, en sus bienes, en su honor, y no deja mas que el sentimiento profundo de su miseria.

Un rey se propone la gloria de su reino y el bienestar de su pueblo, pero un tirano no tiene otra mira que la de recoger todas las riquezas del estado y hacerlas servir á sus vergonzosos deleites, y como no reina sino por el temor que inspira, su seguridad debe ser el único objeto de su atencion.

Una nacion es infeliz cuando el príncipe, á ejemplo de los reyes de Siracusa, no permite el progreso de los conocimientos humanos que pueden ilustrar á los súbditos, cuando los rodea de espias que á cada instante los tienen inquietos y amedrentados, cuando introduce con arte y con maña la turbacion y la cizaña entre las familias, la discordia en las diferentes clases del estado, y la desconfianza entre los mas íntimos amigos, cuando el pueblo está ago-

viado con obras públicas, abrumado con exorbitantes contribuciones, y se le conduce á guerras suscitadas de intento, cuando el trono está cercado de viles aduladores y de tiranuelos, á quienes no contienen ni la vergüenza ni los remordimientos.

La libertad, dicen los fanáticos partidarios del poder popular, no puede encontrarse sino en la democrácja: ella es el principio de este gobierno, dá á cada ciudadano la voluntad de obedecer, el poder de mandar, le hace dueño de sí mismo, igual á los demas, y útil al estado de que es parte.

Esta forma de gobierno está espuesta á mas revoluciones que la aristocracia. Es moderada en aquellos parages, donde por sabios reglamentos la primera clase de ciudadanos no es víctima del rencor y de la envidia de las últimas clases; en todos los parages, en fin, donde en medio de los movimientos mas tumultuosos, las leyes tienen fuerza para hablar y hacerse oir; pero es tiranía por todas partes, donde los pobres influien como sucede comunmente en las deliberaciones públicas.

Casi todos nuestros gobiernos, cualquiera que sea su forma, llevan en sí mismos muchas semillas de destruccion. Como la

mayor parte de las repúblicas griegas están encerradas en el recinto de una ciudad ó de una comarca, una sucesion rápida de acontecimientos imprevistos puede en un instante trastornar ó destruir la constitucion. Asi es que hemos visto abolida la democrácia por la pérdida de una batalla en las ciudades de Tebas; en la de Heracléa, de Cumes y de Megara por la vuelta de los principales ciudadanos que el pueblo habia proscrito para enriquecer el tesoro público con sus despojos. En Siracusa se ha visto mudar la forma de gobierno por una intriga amorosa; en la ciudad de Erétria por un insulto hecho á un particular, y en Epidaura por una multa impuesta á otro. ¿Y cuantas sediciones se han visto que no tenian causas mas importantes, y comunicándose por grados, han venido á parar en guerras sangrientas?

Mientras que estas calamidades afligen á la mayor parte de la Grecia, tres naciones, los cretenses, los lacedemónios y los cartaginenses, gozan en paz muchos siglos hace, un gobierno que se diferencia de todos los demas, aunque tiene las ventajas de ellos.

Los cretenses concibieron en tiempos remotos, la idea de temperar el poder de los

grandes, con el del pueblo; los lacedemónios y los cartaginenses siguiendo sin duda su ejemplo, la de conciliar la dignidad real con la aristocrácia y la democrácia.

Segun lo que hemos dicho, es facil descubrir cual sea el objeto que debe proponerse el magistrado en cada forma de gobierno. En la monarquía lo honesto es lo bueno, porque el príncipe debe desear la gloria de su reino, y no adquirirla, sino por medios honrosos. En la tiranía es la seguridad del tirano, porque unicamente se mantiene por el terror que inspira. En la aristocrácia la virtud, pues los gefes solo pueden distinguirse por el amor á la patria. En la oligarquia las riquezas, atendiendo á que unicamente se escoge entre los ricos los administradores del estado. En la democrácia la libertad de cada ciudadano; pero este principio degenera casi en todas partes en licencia, y solo podria subsistir el gobierno, de que se dá una idea suscinta en la segunda parte que sigue.

SEGUNDA PARTE.

Cual sea la mejor Constitucion.

El mejor gobierno para un pueblo es aquel que mas se acomoda á su carácter, á su in-

teres, al clima que habita y á infinitas circunstancias particulares.

Estudiando el legislador los hombres sometidos á su mando, verá si han recibido de la naturaleza, ó si pueden recibir de sus instituciones, las luces necesarias para conocer el mérito de la virtud, y bastante fuerza y entusiasmo para preferirla á todo. Cuanto mas grande es el objeto que se propone, mas debe reflexionar, instruirse y dudar. Si, por ejemplo, el terreno que su colonia ha de ocupar, es susceptible de mucho cultivo, y hay obstáculos insuperables que no le permiten proponer otra constitucion; en tal caso, no debe titubear para establecer el gobierno popular.

Un pueblo agricultor es el mejor de todos, pues no abandonará las labores que exigen su presencia para ir á la plaza pública á disputar honores que no codicia, y entretenerse en disensiones que el ocio fomenta. Los magistrados mas respetados no se verán espuestos á los caprichos de jornaleros, trabajadores y mercenarios, tan atrevidos como insaciables.

Por otra parte; la oligarquia se establece naturalmente en los lugares, donde es necesario y posible tener una caballeria numerosa; porque constituyendo esta la

fuerza principal del estado, es preciso que un gran número de ciudadanos puedan mantener en ella un caballo y sufragar el gasto que exige su profesion: entonces el partido de los ricos domina al de los pobres.

El gobierno, cuya idea os doy, continuó Aristóteles, propenderia á la democrácia, pero tendria tambien oligarquia, porque seria un gobierno misto, combinado de tal modo que se titubease para calificarle, y sin embargo los partidarios de la democrácia y de la oligarquia, encontrarian en él las ventajas de la constitucion que prefieren, sin encontrar en ella los inconvenientes de la que reprueban.

Esta acertada conbinacion se conoceria particularmente en la distribucion de los tres poderes que constituyen un estado republicano. El primero que es el legislativo, residirá en la asamblea general de la nacion; el segundo que es el ejecutivo, pertenecerá á los magistrados, y el tercero que es el judicial, se confiará á los tribunales de justicia.

No se crea que Aristóteles haya condenado la monarquia, presentando como bueno un gobierno misto de oligarquia y democrácia; antes bien la ha elogiado, y la

mayor parte de los demas filósofos han reconocido la escelencia de este gobierno, que unos han considerado con respecto á la sociedad, y otros con relacion al sistema general de la naturaleza, de modo que la monarquía es preferible á todo gobierno.

La mejor constitucion, dicen los primeros, seria aquella en que depositada la autoridad en manos de un solo hombre, la ejerciese con arreglo á las leyes sabiamente establecidas; en que el soberano, siendo superior á sus súbditos, tanto por sus luces y sus virtudes, como por su poder, se persuadiese de que el mismo es como la ley que existe unicamente para la felicidad de los pueblos: en que el gobierno inspirase el respeto y el temor dentro y fuera del estado, no solamente por la uniformidad de principios, el secreto de las empresas y la celeridad en la ejecucion, sino tambien por la rectitud y la buena fe, pues entonces se haria mas confianza de la palabra del príncipe, que de los juramentos de los demas hombres.

Los segundos dicen: todo nos conduce en la naturaleza á la unidad. El universo está presidido por el ser supremo: las esferas celestes por otros tantos genios: los reinos de la tierra deben serlo por otros

tantos soberanos, establecidos sobre el trono para conservar en sus estados la armonía que reina en el universo. Mas para corresponder dignamente á tan alto destino, deben copiar en sí mismos las virtudes de aquel Dios, de que son las imágenes, y gobernar á sus súbditos con la terneza de un padre, los cuidados vigilantes de un pastor y la imparcial equidad de la ley.

Están mas acordes en cuanto á la necesidad de establecer buenas leyes sobre la obediencia, y en la mudanza que deben esperimentar algunas veces.

Como no es dado á un simple mortal el conservar el órden con solo su voluntad pasagera, es preciso que haya leyes en una monarquía, porque sin este freno llega á ser tiránica.

Pero ¿cual es el fundamento sólido de la quietud y el reposo de los pueblos? No lo son las leyes que arreglan su constitucion ó que aumentan su poder, sino las constituciones que forman ciudadanos y dan vigor á sus almas; tal es la decision unánime de los legisladores, de los filósofos, de todos los griegos y quizás de todas las naciones.

Las leyes impotentes por sí mismas, adquieren su fuerza únicamente de las cos-

tumbres, que son tan superiores á ellas, como lo es la virtud á la probidad. Por las costumbres se prefiere lo honesto á lo que no es mas que justo, y lo justo á lo útil. Contienen al ciudadano con el temor de la opinion, mientras que las leyes no le espantan, sino por el temor de las penas.

De aqui resulta para todo gobierno la indispensable necesidad de atender á la educacion de los niños, como un asunto el mas esencial, de criarlos en el espíritu y amor de las leyes, en la sencillez de los tiempos antiguos, en una palabra, en los principios que deben arreglar para siempre sus virtudes, sus opiniones, sus sentimientos y sus maneras. Todos los que han meditado sobre el arte de gobernar á los hombres, se han persuadido de que la suerte de los imperios depende de la institucion de la juventud. Segun sus reflexiones se puede establecer este principio luminoso. *Que la educacion, las leyes y las costumbres jamas deben estar en cortradiccion.*

CAPÍTULO LXI.

Dionisio rey de Siracusa, en Corinto.— Hazañas de Timoleon.

De vuelta á Atenas, despues de once años de ausencia, nos pareció, digámoslo así, llegar á esta ciudad por primera vez. La muerte nos habia privado de muchos amigos y conocidos: faltaban familias enteras, y otras se habian levantado en su lugar; asi es que nos recibian como estrangeros en las casas que antes visitábamos, de modo que por todas partes veíamos la misma escena, pero distintos actores.

Durante algun tiempo nos importunaron con preguntas relativas al Egipto y la Persia, y yo volví inmediatamente á mis antiguas investigaciones. Un dia que yo pasaba por la plaza pública, vi un gran número de noveleros que iban y venian, y se agolpaban en tumulto, sin saber como esplicar su sorpresa. «¿Qué ha sucedido? pregunté acercándome.—Dionisio está en Corinto, me respondieron.—¿Qué Dionisio?—Aquel rey de Siracusa tan poderoso y tan temido. Timoleon le ha arrojado del trono, y le ha hecho poner en una galera que acaba de

traerle á Corinto. Ha llegado sin escolta, sin amigos y sin parientes ; todo lo ha perdido escepto la memoria de lo que era.»

Esta noticia me movió el deseo de ir á Corinto , acompañando á un corintio llamado Eurίalo , con quien yo habia tenido relaciones amistosas , y él las habia tenido en otro tiempo con Dionisio.

Al llegar á esta ciudad , encontramos á la puerta de una taberna un hombre grueso , mal vestido , y á quien el tabernero al parecer por compasion le daba las escurriduras de algunas botellas de vino. Aguantaba y repulsaba riendo las groseras bufonadas de algunas mugeres de mala vida , y sus chistes divertian al populacho que al rededor de él se habia juntado.

Apeámonos del carruage , y seguimos á aquel hombre hasta un parage , donde se estaban ensayando unas mugeres que debian cantar en coro en la fiesta próxima.

El les hacia repasar su papel , dirigia su voz , y disputaba con ellas sobre el modo de ejecutar ciertos pasages. «¿Creereis, me dijo Eurίalo , que ese es el mismo rey de Siracusa? El no me conoce , porque ha perdido mucho la vista , á causa del esceso del vino. En el dia es maestro de escuela en Corinto.» Efectivamente le vimos mas

de una vez en una encrucijada esplicar á los niños los rudimentos de gramática.

El mismo motivo que á mi me habia llevado á Corinto, atraia allí diariamente muchos estrangeros. Algunos al aspecto de aquel desgraciado, manifestaban cierta compasion, pero los mas se recreaban al ver un espectáculo que las circunstancias hacian mas interesante; porque estando Filipo á punto de poner las cadenas á la Grecia, saciaban en el rey de Siracusa el odio que les inspiraba el rey de Macedónia. El ejemplo instructivo de un tirano, sumido de repente en la mas profunda humillacion, fué en breve el único consuelo de aquellos altivos republicanos. Algun tiempo despues, respondieron los lacedemónios á las amenazas de Filipo con estas palabras enérgicas. *Dionisio en Corinto.*

Tuvimos con este varias conversaciones, en las cuales confesaba francamente sus faltas. Eurialo quiso saber como pensaba de los homenages que le hacian en Siracusa, á lo cual respondió: «Mantenia muchos sofistas y poetas en mi palacio, y aunque yo no los estimaba, me daban cierta reputacion. Mis cortesanos advirtieron, que yo empezaba á perder la vista, y todos ellos, digámoslo así, se volvieron ciegos, no dis-

tinguian ya nada, y si se encontraban delante de mi, tropezaban unos con otros, y en nuestras comidas tenia yo que dirigir sus manos, que parecia que andaban desatinando por encima de la mesa.»

Dionisio teme que los corintios lleguen á temerle, y quiere salvarse de su odio por su desprecio. Asi es que se cubre de andrajos, pasa su vida de taberna en taberna, y en las calles con hombres de la plebe que han llegado á ser los compañeros de sus placeres. Bien sea por miseria ó ya por falta de espíritu, lo cierto es, que se agregó á una compañia de sacerdotes de Cibeles, con quienes recorria las ciudades y las calles, llevando un tímpano en la mano, cantando y danzando al rededor de la efigie de la diosa, y alargando la mano para recibir algunas limosnas.

Antes de representar estas escenas humillantes, tuvo permiso para ausentarse de Corinto y viajar por la Grecia. El rey de Macedónia le recibió con distincion, y en su primera conversacion le preguntó; ¿qué como habia perdido aquel imperio que su padre conservó tanto tiempo? — Porque yo heredé su potestad, y no su fortuna.» Habiéndole hecho igual pregunta un corintio, le habia respondido. «Cuando mi pa-

dre subió al trono, los siracusanos estaban cansados de democrácia, y cuando me han precisado á bajar de él, lo estaban de la tiranía.» Un dia estando sentado á la mesa del Rey de Macedónia, hablaban de la poesía de Dionisio el antiguo: «Pero ¿que horas destinaba vuestro padre, le preguntó Filipo, para componer tan gran número de obras?—El que vos y yo pasamos en beber», respondió Dionisio.

Los vicios de este príncipe le precipitaron por dos veces en el infortunio, y su destino le opuso cada vez uno de los hombres mas grandes que este siglo ha producido: primeramente Dion, y luego Timoleon. Voy á contar lo que he sabido de este en los últimos años de mi permanencia en Grecia.

Ya se ha visto en el capítulo nueve de esta obra, que Timoleon se ausentó de Corinto despues de muerto su hermano. Habia ya pasado cerca de veinte años en este destierro voluntario, cuando los siracusanos, no pudiendo ya resistir á sus opresores, imploraron el socorro de los corintios, de quienes son oriundos. Levantaron tropas estos últimos, y las enviaron á Sicilia bajo el mando de Timoleon. Este general con mil doscientos hombres, derrotó á cin-

co mil leontinos, y cincuenta dias despues de su llegada á Sicilia, Dionisio se rindió á discrecion, y le entregó la ciudadela de Siracusa con los tesoros y las tropas que en ella habia recogido.

Timoleon despues de haber libertado la Sicilia de los opresores y puesto en fuga á los cartaginenses, con seis mil hombres solamente, lejos de limitar su gloria á tan rápidos sucesos, hizo declarar por los heraldos en los juegos solemnes de la Grecia, que podian volver á su patria y gozar de libertad todos los sicilianos, á quienes la tiranía les obligó á abandonarla.

Al grito lisongero de libertad que resonó tambien por toda la Italia, volvieron á Siracusa sesenta mil hombres, unos para gozar del derecho de ciudadano, y otros para esparcirse por lo interior de la isla. Timoleon volvió á ver, con Céfalo y Dionisio, dos corintios que le acompañaron, las leyes antiguas que Diocles habia dado á los siracusanos.

Las relativas á los particulares fueron conservadas con interpretaciones que aclaran su sentido verdadero; fueron reformadas las pertenecientes á la constitucion, y reprimida la licencia del pueblo sin perjudicar á sus derechos; antes bien para ase-

gurarle mas el goce de ellos, les invitó Timoleon, á que destruyesen las ciudadelas que servian de guardia á los opresores.

Despues de haber hecho feliz á la Sicilia este grande hombre, se redujo á la clase de simple particular. Los habitantes de Siracusa le obligaron á que aceptase en su ciudad, una casa distinguida, y en las cercanias una quinta agradable, donde pasase los dias tranquilamente con su muger y sus hijos, á quienes mandó venir de Corinto.

Lejos de cifrarse en esto el reconocimiento de los siracusanos, mirándole como su segundo fundador, decretaron, que el dia de su nacimiento seria celebrado como un dia de fiesta, y pedirian un general á Corinto, siempre que tuviesen alguna guerra estrangera.

Al morir, solamente encontró alivio el dolor público en los honores que hicieron á su memoria. Pusieron el cadáver en la pira, y entonces un heraldo leyó en voz alta el siguiente decreto: «El pueblo de Siracusa reconocido á Timoleon por haber destruido á sus opresores, vencido á los bárbaros, reedificado muchas ciudades principales y dado leyes á los Sicilianos, ha resuelto dedicar á sus funerales doscien-

tas minas (67044 reales 16 maravedices,) y honrar todos los años su memoria con certámenes de música, carreras de caballos y juegos gimnásticos.»

CAPÍTULO LXII.

Continuacion de la biblioteca de un ateniense.—Física, historia natural, genios.

A mi vuelta de Persia, fuí otra vez á casa de Euclides, donde me faltaba que recorrer una parte de su biblioteca, y le encontré con Metón y Anaxarco. El primero era de Agrigento en Sicilia, y de la misma familia que Empédocles, y el segundo de Abdera de Trácia y de la escuela de Demócrito.

Euclides me enseñó algunos tratados sobre los animales, plantas y fósiles, y me dijo. «No soy muy rico en este género, porque la aficion á la historia natural y á lo que propiamente se llama física, no es conocida entre nosotros sino de pocos años á esta parte. Aristóteles se ha apoderado del depósito de los conocimientos de Egipto y de Oriente, de todos los pueblos que llamamos bárbaros, aumentado por los filósofos pitagóricos y por los nuestros. Aun

le aumentará él con sus tareas, y transmitiéndolo á la posteridad, elevará el monumento mas soberbio, no á la vanidad de una escuela particular, y si á la gloria de todas nuestras escuelas.

«Esto es la historia general y particular de la naturaleza. Primeramente tomará las grandes masas; el origen ó la duracion del mundo; las causas, los principios y la esencia de los seres; la naturaleza y la accion recíproca de los elementos, la composicion y descomposicion de los cuerpos; en todo esto entrará, y se examinarán las cuestiones sobre lo infinito, el movimiento, el vacío, el espacio y el tiempo. Describirá en todo ó en parte lo que sucede en los cielos, en lo interior, en la superficie de nuestro globo: en los cielos, los meteoros, las distancias y las revoluciones de los planetas, la naturaleza de los astros y de las esferas, á las cuales están fijos; en el seno de la tierra los fósiles, los minerales y las conmociones violentas que trastornan el globo; y sobre la superficie, los mares, los rios, las plantas y los animales.

«Como el hombre está sujeto á infinitas necesidades y obligaciones, se le considerará bajo todos aspectos. La anatomía del cuerpo humano, la naturaleza y las facul-

tades del alma, los objetos y los órganos: de las sensaciones, las reglas propias para dirigir las mas delicadas operaciones del entendimiento y los movimientos mas secretos del corazon; las leyes, los gobiernos, las ciencias, las artes; sobre todos estos objetos, la historia juntará sus luces á las de los siglos precedentes, conforme al método de muchos filósofos, y aplicando siempre la física á la moral, nos hará mas ilustrados para hacernos mas felices.

«Tal es el plan de Aristóteles, segun yo he podido comprender por sus conversaciones y sus cartas.

«Pudiera yo atribuir á Demócrito, dijo Anaxarco, el mismo proyecto que decís de Aristóteles. Veo aqui las obras sin número que él ha publicado sobre la naturaleza y las diferentes partes del universo, sobre los animales y las plantas; sobre nuestra alma, nuestros sentidos, deberes y virtudes; sobre la medicina, la anatomía, la agricultura, la lógica, la geometría, la astronomía y la geografía; y añado tambien sobre la música y la poesia, y no hablo de aquel estilo encantador que difunde las gracias en las materias mas abstractas. La opinion pública le ha puesto en primer lugar entre los físicos que han aplicado los

efectos á las causas. Admírase en sus escritos una multitud de ideas nuevas, á veces muy atrevidas y comunmente muy atinadas.»

«Empédocles, dijo Meton á su vez, ilustró á su patria con sus leyes y á la filosofia con sus escritos: su poema sobre la naturaleza y todas sus obras en verso, abundan de bellezas que el mismo Homero no hubiera desaprobado. Convengo no obstante, en que sus metáforas por felices que sean, perjudican á la precision de sus ideas, y solo sirven algunas veces para echar un velo brillante sobre las operaciones de la naturaleza. En cuanto á los dogmas, sigue á Pitágoras, no con la deferencia ciega de un soldado, sino con la noble audacia de un gefe de partido, y la independencia de un hombre que habia gustado mas de vivir como simple particular en una ciudad libre, que reinar sobre esclavos. Aunque se haya ocupado principalmente en estudiar los fenómenos de la naturaleza, no por esto deja de manifestar su opinion sobre las primeras causas.»

Luego que hablaron por turno, Euclides, Anaxarco y Meton, para esplicar los sistemas de Aristóteles, de Demócrito y de Empédocles sobre el origen y los pri-

meros principios de las cosas: «Convenid, me dijo Anaxarco riéndose, en que Demócrito tenia razon de decir que la verdad está arrinconada en un pozo de inmensa profundidad. Convenid tambien, le respondí, en que se quedaria atónita si viniese á la tierra y principalmente á la Grecia. En tal caso se volveria al instante á su encierro, replicó Euclides; pues nosotros la tendríamos por el error.»

Habiéndose despedido de Euclides Anaxarco y Metón, Euclides volvió otra vez á hablar de Aristóteles, y quiso comunicarme las principales observaciones, con que este filósofo trata de enriquecer la *historia de los animales.*

«Hay algunas de ellas, dijo, que él me ha comunicado, y que voy á referir para instruiros del modo con que ahora se estudia la naturaleza.

«1.° Mirando á los animales con relacion al clima, se ha notado que los salvages son mas feroces en Asia, mas fuertes en Europa, mas variados en sus formas en Africa; y que aquellos que viven en los montes, son mas perversos que los que habitan en las llanuras.

«El clima influye poderosamente en las costumbres, y asi es que el esceso del frio

...ECA UN... ...IOTECA... SEVILL...

y del calor los hace agrestes y crueles; los vientos, las aguas, los alimentos, bastan á veces para alterarlos. Las naciones del medio dia son tímidas y cobardes; las del norte valerosas y confiadas; pero las primeras son mas ilustradas, porque son quizas mas antiguas, acaso tambien porque son mas afeminadas. En efecto, las almas fuertes se ven rara vez movidas de inquieto deseo de instruirse.

«2.° Las aves son muy sensibles á los rigores de las estaciones, y asi es que al acercarse el invierno ó el verano, unas bajan á las llanuras ó se retiran á los montes, y otras dejan su morada y van lejos á respirar un aire mas templado.

«No de otro modo el rey de Persia para evitar el esceso de frio ó de calor, traslada sucesivamente su corte al norte y al mediodia de su imperio.

«Los equinoccios son el tiempo á propósito para marchar y volver las aves. Las mas débiles van delante; casi todas viajan juntas como en tribus; y tienen que hacer una larga travesia antes de llegar al término de su viage. Las grullas vienen de Escitia, y se van ácia las lagunas que hay en los confines del Egipto y donde nace el Nilo.

«La misma causa que obliga á ciertas aves á espatriarse todos los años, obra en el seno de las aguas. En Bizancio se vé en ciertas épocas determinadas muchas especies de peces, ya subir ácia el Ponto-Euxino, ya bajar al mar Egéo, los cuales van en cuerpo de nacion como las aves, y su camino, asi como nuestra vida, está indicado por las celadas que los esperan á su tránsito.

«3.° Se han hecho investigaciones sobre la duracion de la vida de los animales, y se cree que en muchas especies, las hembras viven mas que los machos; pero sin detenernos en esta diferencia, podemos decir que los perros llegan comunmente hasta catorce ó quince años, y algunas veces hasta veinte; los bueyes con corta diferencia á la misma edad; los caballos á diez y ocho ó veinte, algunas veces á treinta y aun á cincuenta; los asnos á mas de treinta; los camellos pasan de cincuenta, y algunos llegan á ciento; los elefantes segun unos, llegan á doscientos años, y segun otros, á trescientos. Antiguamente se decia que el ciervo vivia cuatro veces tanto como la corneja, y esta última nueve veces la edad del hombre. Lo que en el dia se sabe de cierto en cuanto al ciervo, es

que el tiempo del preñado y la rapidez con que crece, no permite atribuirles tan larga vida.

«La naturaleza hace algunas veces escepciones á las leyes generales. Los atenienses citarán el ejemplo de un mulo que murió de edad de ochenta años, al cual cuando se construyó el templo de Minerva, se le dió libertad, porque era viejísimo, pero él continuó yendo delante de los demas animándolos con su ejemplo, y procurando participar de sus fatigas. Por un decreto del pueblo se prohibió á los mercaderes espantarle cuando se acercase á los granos ó frutos que estuviesen de venta en el mercado.

«4.° Se ha observado que la naturaleza pasa de un género y de una especie á otra por graduaciones imperceptibles, y que los hombres, hasta los seres mas insensibles, todas las producciones parece que estan unidas con un lazo continuo.

«Tomemos los minerales que forman el primer anillo de la cadena, en los cuales no veo mas que una materia pasiva estéril, sin órgano, y por consecuencia sin necesidades y sin funciones. Al punto me parece distinguir en algunas plantas una especie de movimiento, sensaciones obscu-

ras, una chispa de vida, y en todas una reproduccion constante, pero exenta de cuidados materiales que la favorecen. Voy á las orillas del mar, y casi dudo si los mariscos que veo, pertenecen al género de los animales ó al de los vegetales. Vuelvo atras, y se multiplican á mi vista las señales de vida, al ver seres que se mueven, que respiran, y tienen apetitos y deberes. Si hay algunos de ellos que como las plantas, de que acabo de hablar, fueron abandonados al acaso desde su infancia, tambien hay otros, cuya educacion fué mas ó menos cuidada. Estos viven en sociedad con el fruto de sus amores; aquellos se han estrañado de su familia.

«Muchos ofrecen á mi vista el bosquejo de nuestras costumbres; entre ellos encuentro carácteres dóciles, como tambien indomables, al mismo tiempo que veo rasgos de dulzura, de audacia, de barbarie, de temor, de cobardia, y á veces hasta la imágen de la prudencia y de la razon. Nosotros tenemos la inteligencia, la sabiduría y las artes, y ellos tienen facultades que suplen á estas ventajas.

«Esta serie de analogias nos conduce en fin al estremo de la cadena, donde está el hombre colocado. Entre las cualidades que

le asignan el lugar supremo, observo dos esenciales. La primera, aquella inteligencia que durante su vida le eleva á la contemplacion de las cosas celestes, y la segunda es, su acertada organizacion, en particular aquel tacto, el primero, el mas necesario y mas esquisito de nuestoos sentidos, la fuente de la industria, y el instrumento mas propio para ayudar á las operaciones del entendimiento. A la mano, decia el filósofo Anaxágoras, debe el hombre una parte de su superioridad.

«¿Y por qué, dije yo, poneis al hombre en la estremidad de la cadena? ¿Acaso no será un vasto desierto el espacio inmenso que le separa de la divinidad? Los egipcios, los magos de Caldéa, los frigios, los trácios, le llenan de habitantes tan superiores á nosotros, como nosotros lo somos á los brutos.

«Solo hablaba yo, respondió Euclides, de los seres visibles. Es de presumir que haya una infinidad de otros seres superiores á nosotros, los cuales no podemos ver. Desde el sér mas tosco nos hemos remontado por grados inperceptibles hasta nuestra especie, y para llegar desde este término hasta la divinidad, es menester sin duda pasar por diversos órdenes de inteli-

gencias, tanto mas escelsas y mas puras, cuanto mas se acercan al trono del eterno.

«Esta opinion es tan antigua, como general entre las naciones, de las cuales la hemos adquirido. Nosotros poblamos la tierra y los cielos de genios, á los cuales ha confiado el Sér supremo la administracion del universo, y los distribuimos por donde quiera que la naturaleza parece animada, pero principalmente en aquellas regiones que se estienden al rededor y encima de nosotros, desde la tierra hasta la esfera de la luna. Ejerciendo alli su autoridad sin límites, dispensan la vida y la muerte, los bienes y los males, la luz y las tinieblas.

«Cada pueblo, cada particular, encuentra en estos agentes un amigo íntimo que le proteja, y un enemigo no menos ardiente en perseguirle. Están revestidos de un cuerpo aéreo, y su esencia está entre la naturaleza divina y la nuestra: son superiores á nosotros en inteligencia; algunos están sujetos á nuestras pasiones, y la mayor parte á mudanzas que les hacen pasar á una clase superior. Algunos están sujetos á nuestras dolencias y penas, y asi es que se ven cual nosotros atormentados por las penas y destinados á la muerte. Segun He-

síodo, las ninfas viven millones de años, y segun Píndaro, una hamadríada muere con el árbol que la ha encerrado en su seno.»

CAPÍTULO LXIII.

Continuacion de la biblioteca de un ateniense.—La historia.

Viéndome Euclides ir muy temprano al dia siguiente: «Me sacais de un cuidado, me dijo, pues temia que os hubieseis fastidiado de lo larga que fué nuestra última conferencia. Hoy trataremos de los historiadores, sin detenernos en opiniones ni preceptos.

«Muchos autores han escrito de historia, pero antes de Herodoto, todos se han limitado á trazar la de una ciudad ó de una nacion: todos han ignorado el arte de unir á una misma cadena los acontecimientos que interesan á los diversos pueblos de la tierra, y hacer un todo regular de tantas partes desunidas. Herodoto tuvo el mérito de concebir aquella grande idea y de ejecutarla. Abrió á los ojos de los griegos los anales del universo conocido, y les ofreció bajo un mismo punto de vista, todo lo que

habia pasado memorable en el transcurso de doscientos cuarenta años. Entonces se vió por la primera vez un conjunto de pinturas que puestas unas al lado de otras, se hacian mas y mas espantosas; y las naciones siempre inquietas, siempre en movimiento, aunque celosas de su reposo, desunidas por el interés y reunidas por la guerra, suspirando por la libertad y gimiendo por la tirania: por todas partes triunfando el crímen, la virtud perseguida, la tierra empapada de sangre, y el imperio de la destruccion establecido de un cabo al otro del mundo. Pero la mano que pintaba estos cuadros, supo de tal modo suavizar los horrores con los encantos del colorido y las imágenes alagueñas, juntó tanta gracia, armonia y variedad á la belleza de su plan, y escitó tan continuamente aquella dulce sensibilidad que se regocija del bien y se aflige del mal, que su obra fué mirada como una de las mas preciosas producciones del espiritu humano. Herodoto ha hecho por la historia general lo que hizo Homero por el poema Epico; los que vengan despues que él, podrán distinguirse por la belleza de las descripciones y por una crítica mas ilustrada; pero la direccion de la obra y el encadenamien-

to de los hechos, tratarán mas bien de igualarle que escederle.

«En cuanto á su vida bastará advertir, que nació en la ciudad de Halicarnaso en Cária, ácia el cuarto año de la Olimpíada setenta y tres, (ácia el año 484 antes de J. C.); que viajó por muchos paises de aquellos, cuya historia queria escribir; que su obra leida en la junta de los juegos olímpicos y en seguida en la de los atenienses, fué aplaudida por todas partes, y que viéndose en la precision de dejar su patria despedazada por las facciones, fué á acabar sus dias en una ciudad de la Grecia mayor.

«En el mismo siglo vivia Teucídides, que tenia trece años menos que Herodoto, y era de una de las principales familias de Atenas. Puesto al frente de un cuerpo de tropas, contuvo por algun tiempo las de Brasidas, general el mas hábil de Lacedemónia, pero habiendo este sorprendido la ciudad de Anfípolis, vengóse Atenas en Teucídides, de un revés que él no pudo precaver.

«Mientras su destierro que duró veinte años, reunió materiales para la guerra del Peloponeso, y no perdonó medio ni gasto alguno para conocer las causas que la motivaron y los intereses particulares que la

hicieron duradera. Esta historia que comprende los veinte y un años primeros de aquella fatal guerra, descubre su estremado amor á la verdad y su carácter inclinado á la reflexion.

«Su obra no es como la de Herodoto, un especie de poema, en que se ve las tradiciones de los pueblos sobre su origen, el analisis de sus usos y de sus costumbres, la descripcion de los paises que habitan, y los sucesos maravillosos que despiertan casi siempre la imaginacion, sino mas bien unos anales, ó si se quiere, las memorias de un militar, que siendo á un mismo tiempo hombre de estado y filósofo, ha mezclado en sus relaciones y en sus arengas, los principios de sabiduria que habia aprendido de Anaxágoras, y las lecciones de elocuencia que le dió el orador Antifon. Sus relaciones son por lo regular profundas, siempre justas, su estilo enérgico, conciso, y por lo mismo algunas veces obscuro, ofendiendo al oido por intervalos; pero llama incesantemente la atencion, y se diria que su misma dureza constituye su magestad. Si este autor estimable usa de espresiones anticuadas ó palabras nuevas, es á causa de que un ingenio tal como el suyo, rara vez se acomoda á la lengua que habla todo el mundo.

«Jenofonte, á quien habeis conocido, continuó con acierto la historia de Teucídides. A estos dos historiadores, lo mismo que á Herodoto, se les tendrá en lo venidero por los principales de los nuestros, aunque se diferencian en el estilo.

«Herodoto bosquejó la historia de los asirios y de los persas, pero un autor que conocia mejor que él estas dos célebres naciones, ha descubierto y manifestado sus errores. Este es Tesias de Nido que ha vivido en nuestro tiempo, fué médico en la corte de Artajerges, é hizo una larga mansion en la corte de Suza. Nos ha comunicado lo que ha encontrado en los archivos del imperio, lo que ha visto y cuanto le habian transmitido testigos oculares. Entre otras muchas obras, nos ha dejado una historia de las indias, en que trata de los animales y de las producciones naturales de aquellos climas lejanos; pero como no tuvo bastantes noticias exactas, se empieza ya á dudar de la verdad de sus relaciones.

«Aqui teneis las antigüedades de Sicilia, la vida de Dionisio el antiguo, y la de su hijo escrita por Filisto, que murió pocos años despues de haber visto desecha enteramente la armada que mandaba en nombre del mas jóven de estos príncipes. Fi-

listo tenia talentos que en algun modo le han hecho comparable con Teucídides, pero no tenia las virtudes de este historiador, antes bien se puede decir que era un esclavo que escribió por adular á los tiranos.

«Con esto doy fin á esta corta enumeracion. Acaso no hallareis un pueblo, una ciudad, un templo célebre que no tenga su historiador. Muchos escritores se ocupan hoy dia en este género, y entre otros os citaré á Eforo y Teopompo que ya se han distinguido.»

Entraron estos últimos en aquel momento, y Euclides que los esperaba, me dijo á parte, que nos leerian algunos fragmentos de las obras, en que entonces se ocupaban. Venian con ellos tres amigos, y Euclides habia convidado por su parte á algunos de los suyos.

«Me he propuesto, dijo Eforo, escribir cuanto ha pasado entre los griegos y los bárbaros, desde la vuelta de los heraclidas hasta nuestros dias, en el discurso de ochocientos cincuenta años; en esta obra dividida en treinta libros, precedido cada uno de un prólogo, se hallará el origen de los diferentes pueblos, la fundacion de las ciudades principales, sus colonias, sus leyes y costumbres, la naturaleza de sus

climas y los grandes hombres que han producido.» Dijo por último, que las naciones bárbaras eran mas antiguas que las de Grecia, y esta confesion me previno á favor suyo.

A pesar de sus defectos, su obra será mirada siempre como un tesoro, tanto mas precioso, cuanto cada nacion encontrará en ella con separacion y buen órden, todo lo que pueda interesarla. El estilo es puro, elegante, florido, aunque frecuentemente sujèto á ciertas armonias, y casi siempre falto de elevacion y energia.

Concluida esta lectura, todos volvieron la vista ácia Teopompo, que empezó hablándonos de si mismo con tanta vanidad, que al punto nos indispuso contra él; pero á propósito de su obra, que es una continuacion de Teucídides y la historia de la vida de Filipo de Macedónia, se empeñó en un camino tan luminoso, desenvolvió tan grandes conocimientos sobre los negocios de la Grecia y de otros pueblos, tanta inteligencia en la distribucion de los hechos, tanta sencillez, claridad, nobleza y armonia en su estilo, que nos vimos obligados á colmar de elogios á un hombre que merecia ser humillado.

No obstante, las fábulas y las relaciones

incrcibles entibiaron nuestra admiracion; y sus frecuentes digresiones, asi como las arengas que ponia en boca de los generales antes de la batalla, nos impacientaban haciéndonos perder facilmente el hilo de sus narraciones.

CAPÍTULO LXIV.

De los nombres propios que usan los griegos.

Platon ha compuesto un tratado, en que aventura muchas etimologias de los nombres de los héroes, los genios y los dioses; y en ello se toma ciertas licencias, de que no es susceptible esta especie de trabajo. Animado por su ejemplo, y menos osado que él, hago aqui algunas observaciones sobre los nombres propios que usan los griegos, hechas casualmente en las dos conversaciones que acabo de referir. En ellas ocurrieron varias veces digresiones, en que se habló de la filosofía y muerte de Sócrates, y entonces supe circunstanciadamente lo que diré en el capítulo inmediato.

Distínguense dos suertes de nombres; los propios y los compuestos. Entre los prime-

ros los hay que traen su origen de cierta semejanza entre el hombre y tal animal, por ejemplo, Licos, *el lobo;* Sauros, *el lagarto;* Alectrion, *el gallo*; y los hay tambien que parecen derivados del color del rostro, como Argos, *el blanco;* Melas, *el negro*; Pirro, *el bermejo.*

A veces ponen á un niño el nombre de una divinidad, dándole una ligera inflexion, y asi es que *Apolonio* viene de Apolo, *Demétrio* de Demeter, ó Ceres etc.

Los nombres compuestos son en mayor número que los simples. Si dos esposos creen haber alcanzado con sus oraciones el tener un hijo, en señal de reconocimiento, añaden con una leve mudanza al nombre de la divinidad protectora, la palabra *Doron*, que significa *dádiva;* y de aqui vienen los nombres de Teodoro, Diodoro, Olimpiodoro, Heliodoro etc.

Algunas familias pretenden descender de los dioses, y de aqui vienen los nombres de *Teógenes* ó *Teágenes*, hijo de los dioses; *Diógenes*, hijo de Júpiter; *Hermógenes*, hijo de Mercurio.

Es digno de notarse que la mayor parte de los nombres que menciona Homero, son títulos de distincion, los cuales fueron concedidos como premio á las calidades que

mas se apreciaban en los siglos heróicos, tales como el valor , la fuerza , la ligereza en la carrera , la prudencia y otras virtudes. De la palabra *polemos* que significa la guerra , se compuso *Tepolemo* , es decir, propio para sufrir las fatigas de la guerra; añadiendo á la palabra *maco* , combate, algunas preposiciones y diferentes partes de oracion que modifican el sentido de un modo siempre honroso , compusieron los nombres de *Amfimaco* , *Antimaco* , *Telemaco* etc. Haciendo lo mismo con la palabra *henorea* , que significa fuerza , intrepidez , compusieron la de *Agapenor*, el que estima el valor ; *Agenor* , el que le dirige , y otros muchos : de la palabra *damao* , yo domo , yo sujeto , se formó *Damastor* , *Amfidamas* , *Ifidamas* , *Polidamas* etc.

De aqui es, que muchos particulares tenian entonces dos nombres; el que sus padres les pusieron , y el que merecian por sus acciones ; pero con el segundo olvidaron en breve el primero. Estos títulos honoríficos se transmitian á los hijos para recordarles las acciones de sus padres y empeñarlos á imitarlas , y asi es que han llegado hasta nuestros dias ; y como han pasado á toda clase de ciudadanos , no im-

ponen obligacion alguna, antes bien algunas veces resulta un singular contraste con el estado ó el carácter de aquellos que le han recibido en su infancia.

CAPÍTULO LXV.

Sócrates.

Sócrates era hijo de un escultor llamado Sofronisco, y de Feraneta; su madre era partera. Fijó alternativamente su atencion en el estudio profundo de la naturaleza, las ciencias exactas y las bellas letras. Dejóse ver en un tiempo, en que dos clases de hombres se encargaban de recoger ó esparcir nuevas luces: unos eran los filósofos, cuya mayor parte pasaban su vida meditando sobre la formacion del universo y la esencia de los seres; y los otros los sofistas que á favor de algunas nociones superficiales y de una elocuencia pomposa, se entretenian en discurrir sobre todos los objetos de la moral y de la política, sin aclarar ninguno. Sócrates concurrió á oir á unos y otros, pero miró como inútiles las meditaciones de algunos filósofos, y como peligroso el método de los sofistas que sostenian todas las doctrinas sin adop-

tar ninguna. De aqui dedujo, que el único conocimiento necesario á los hombres, era el de sus deberes; la única ocupacion digna de los filósofos, la de instruirlos; y sometiendo al examen de la razon nuestras relaciones con los dioses y nuestros semejantes, se atuvo á aquella teologia sencilla, cuya voz habian escuchado las naciones tranquilamente, despues de una larga sucesion de siglos.

Este grande hombre no manifestó su modo de pensar con respecto á la naturaleza de la divinidad, pero se esplicó siempre con claridad sobre su existencia y su providencia. Reconoció un Dios único autor y conservador del universo, é inferiores á él unos dioses formados por su mano, revestidos de una parte de su autoridad y dignos de nuestra veneracion.

No se detuvo á indagar el orígen del mal, que reina en el órden moral, como en el físico, pero conoció los bienes y los males que constituyen la dicha y la desdicha del hombre, y fundó su moral sobre este conocimiento.

Penetrado de su doctrina, la cual enseña que la verdadera dicha del hombre consiste en la virtud, concibió el proyecto tan estraordinario, como interesante, de des-

truir, si era aun tiempo de ello, los errores y las preocupaciones que son la causa de la desgracia y la vergüenza de la humanidad. Vióse pues un simple particular, sin nacimiento, sin crédito, sin ninguna mira de interes ó de gloria, encargarse del penoso cuidado de instruir á los hombres y conducirlos á la virtud por medio de la verdad; nunca trató de mezclarse en los asuntos del gobierno, pues tenia que cumplir con otras obligaciones mas nobles, y asi es que decia; formando buenos ciudadanos, multiplico los servicios que debo á mi patria.

No teniendo intencion ni de anunciar sus proyectos de reforma, ni de precipitar su ejecucion, no compuso obra ninguna, ni hizo alarde de reunir á sus oyentes en horas determinadas. Pero en las plazas y en los paseos públicos, en las tertulias distinguidas y en medio del pueblo, aprovechaba cualquiera ocasion para instruir en sus verdaderos intereses al magistrado, al artesano, al labrador, en una palabra, á todos sus hermanos; pues bajo este aspecto miraba á todos los hombres.

Sus lecciones eran verdaderamente conversaciones familiares, en que daban materia para ellas las circunstancias. Unas ve-

ces leia con sus discípulos los escritos de los sabios que le habian precedido, repitiendo la lectura, porque sabia, que para perseverar en el amor del bien, suele ser preciso convencerse de nuevo de las verdades, de que uno está convencido: otras veces esplicaba la naturaleza de la justicia, de la ciencia y del verdadero bien. «Perezca, esclamaba entonces, la memoria del primero que se atrevió á hacer distincion entre lo justo y lo útil.»

Habiendo nacido con una ciega inclinacion al vicio, fué durante su vida el modelo de todas las virtudes. Le costó trabajo reprimir la violencia de su carácter, pero al fin le hizo invencible su paciencia. El mal genio de Jantipa su esposa, jamás turbó la quietud de su alma ni la serenidad que se notaba en su frente. Levantó un dia la mano contra su esclavo, y se contuvo diciendo: «si no fuera porque estoy encolerizado....» Habia prevenido á su amigos, que le advirtiesen, cuando notasen alguna alteracion en la voz ó en el semblante.

A pesar de su pobreza, no quizo paga alguna por las lecciones que daba, ni aceptó nunca las ofertas de sus discípulos. Algunas personas ricas de la Grecia le instaron para que se fuese á su casa, mas el se

escusó, y cuando Arquelao rey de Macedónia, le ofreció un acomodo en su corte, lo reusó tambien, bajo pretesto de que no se hallaba en disposicion de volverle beneficio por beneficio.

Esto no obstante, no era desaliñado en lo esterior, aunque siempre indicaba la mediania de su fortuna. Este aseo era conforme con las ideas de órden y decencia que dirigian sus acciones, y el cuidado que tenia en la conservacion de su salud, era tambien correspondiente al deseo que tenia de conservar su ánimo libre y tranquilo. En aquellas comidas en que el placer degenera á veces en licencia, sus amigos admiraban siempre su frugalidad, y en su conducta respetaban sus enemigos la pureza de sus costumbres.

Sirvió en varias campañas, y en todas dió ejemplo de valor y de obediencia. Asi es que en el sitio de Potidéa, se le vió sufrir el frio mas riguroso, y andar descalzo por el yelo cuando los soldados no se atrevian á salir de sus tiendas. En la batalla de Delio fué de los últimos que se retiraron al lado del general, marchando despacio y siempre peleando, hasta que habiendo visto al jóven Jenofonte rendido de cansancio y caido del caballo, le tomó á

cuestas y le puso en salvo. El general llamado Laches, confesó despues, que hubiera podido contar con la victoria si todo el mundo se hubiese portado como Sócrates.

Solia divertirse algunas veces hablando de la semejanza que tenian sus facciones con las del dios Sileno. Era de genio festivo y placentero, de carácter firme y consecuente; tenia gracia particular para hacer la verdad palpable é interesante: sus discursos carecian de adornos, pero no de elevacion, manifestándose siempre en ellos la propiedad en las palabras, asi como el enlace y la exactitud de las ideas. Decia que Aspásia le habia dado lecciones de retórica, dando á entender sin duda, que á su lado habia aprendido á esplicarse con mas gracia. Tuvo amistad con esta muger célebre, con Pericles, Eurípides y los hombres mas distinguidos de su siglo, pero sus discípulos fueron siempre sus verdaderos amigos; estos le adoraban, y yo mismo los he visto enternecerse al acordarse de él mucho tiempo despues de su muerte.

Mientras conferenciaba con ellos, les hablaba frecuentemente de un genio que le acompañaba desde su infancia, y cuyas inspiraciones jamás le inducian á emprender cosa alguna, antes bien le solian con-

tener cuando iba á ejecutar. Si le consultaban sobre algun proyecto que podia tener algun mal resultado, se hacia oir la voz secreta, y si habia de salir bien, guardaba silencio. Entonces tomaba sin duda sus presentimientos por inspiraciones divinas, y atribuia á una causa sobrenatural los efectos de su prudencia ó de la casualidad.

Jamás tuvieron los atenienses con este gran filósofo las consideraciones de que era digno. Aristófanes, Eupolis y Amipsias, le pusieron en ridículo, sacándole al teatro, tratando asi de burlarse de su pretendido genio y de sus largas meditaciones. Aristófanes le representó suspendido del suelo, asimilando sus pensamientos al aire sutil y ligero que respiraba; invocando las diosas tutelares de los sofistas y los nublados, cuya voz creia oir en medio de las nieblas y tinieblas que le rodeaban. Era preciso desconceptuarle con el pueblo, y para ello le acusa el poeta de enseñar á los jóvenes á despreciar á los dioses y engañar á los hombres.

Dicen que Sócrates no se desdeñó de asistir á la primera representacion, porque semejantes insultos no alteraban su constancia, ni mas ni menos que los otros acon-

tecimientos de su vida. «Yo debo corregirme, decia, si las reconvenciones de estos autores son fundadas, y sino lo son, despreciarlas.»

Veinte y cuatro años habian pasado ya desde la representacion de los nublados, pareciendo que habia pasado tambien para él, el tiempo de las persecuciones, cuando recibió la inesperada noticia, de que un jóven llamado Melito, acababa de denunciarle al segundo archônte como á un enemigo de los dioses y un corruptor de la juventud, pidiendo contra él la pena de muerte. Sirviéronse de Melito, como instrumento de su odio, otros dos acusadores mas poderosos llamados Amito y Licon.

El denunciador persiguiendo á Sócrates como á un impio, debia prometerse que le perderia, porque el pueblo admitia siempre con calor esta clase de acusaciones; por otra parte, persiguiéndole como á un corruptor de la juventud, á favor de una acusacion tan vaga, podia recordar por incidencia y sin riesgo alguno, las opiniones que el acusado habia manifestado contra el gobierno popular, establecido desde la espulsion de los treinta tiranos, entre los cuales se contaba Tesias uno de los discípulos de Sócrates. Mantúvose este quieto

durante los primeros trámites de la causa, pero sus discípulos atemorizados se apresuraron á conjurar la tempestad. El célebre Lisias hizo en su favor un discurso persuasivo y capaz de conmover á los jueces, pero Sócrates aunque reconoció en esto los talentos del orador, encontró el lenguage vigoroso de la inocencia. Un amigo suyo llamado Hermógenes, le rogó un dia que trabajase en su defensa, y Sócrates respondió: «Me he ocupado en ella desde que respiro....Examínese mi vida entera, y en ella se hallará mi apología. La posteridad pronunciará entre mis jueces y yo, y en tanto que haga recaer el oprobio sobre su memoria, cuidará de la mia, y me hará la justicia de creer, que lejos de pensar en corromper, unicamente me he dedicado á hacerlos mejores.»

Estas eran sus disposiciones cuando le citaron para comparecer ante el tribunal de los heliastas, al cual acaba de remitir el proceso el archônte rey, y que en esta ocasion se compuso de quinientos jueces. Melito y los demas acusadores habian concertado sus planes á satisfaccion, y en sus arengas, sostenidos de todo el prestigio de la elocuencía, habian reunido con mucho estudio todas las circunstancias á propósito

para prevenir á los jueces. Voy á referir algunos de sus alegatos.

Primer delito de Sócrates: Que no admite las divinidades de Atenas, aunque segun la ley de Dracon, todo ciudadano está obligado á honrarlas.

Segundo delito de Sócrates: Que pervierte la juventud de Atenas.

Muchos amigos de Sócrates tomaron su defensa: otros escribieron en su favor, y Melito hubiera quedado vencido, sino hubiesen acudido en su ausilio Amito y Licon.

Defendióse el acusado por obedecer á la ley, pero lo hizo con la firmeza de la inocencia y la dignidad de la virtud. La mayor parte de los jueces eran gentes ordinarias, sin luces ni principios: unos tuvieron su firmeza por un insulto, otros se ofendieron de los elogios que se dió á sí propio, y habiendo procedido á la sentencia, le declararon reo y convicto. Sus enemigos ganaron por la diferencia de algunos votos, y aun hubiesen tenido menos y hubiera recaido sobre ellos el castigo, si Sócrates hubiese hecho el mas leve esfuerzo para mover á sus jueces.

Segun la jurisprudencia de Atenas, era menester segunda sentencia para imponer la pena. Melito en su acusacion pedia la

de muerte, y Sócrates podia escoger entre una multa, el destierro ó el encierro perpetuo; pero tomando otra vez la palabra, dijo que se declararia delincuente, si se impusiese cualquier castigo, cuando en recompensa de los grandes servicios que habia hecho á la república, era acreedor á que le mantuviesen en el Pritanéo á espensas del público. Al oir esto ochenta de los jueces que habian votado á su favor, se pusieron de parte del acusador, y se pronunció la sentencia de muerte, espresando que terminase el veneno los dias del acusado.

Sócrates la oyó con la serenidad de un hombre que toda su vida habia estado aprendiendo á morir. Cuando salió del palacio para ir á la cárcel, no se advirtió alteracion alguna en su semblante ni en su andar, y viendo él que sus discípulos le acompañaban vertiendo llanto, «¿Y por que, les dijo, no habeis llorado hasta hoy? ¿Ignorabais que cuando la naturaleza me concedió la vida, me condenó á perderla?» Al mismo tiempo vió pasar á Amito, y dijo á sus amigos: «¡Mirad cuan envanecido y altivo está de su triunfo! Pero ignora que la victoria queda siempre por el hombre virtuoso.»

El dia siguiente de su sentencia, el Sacerdote de Apolo puso una corona en la popa de la galera que lleva todos los años á Délos las ofrendas de los atenienses, y desde que se hace la ceremonia hasta que ha vuelto la nave, la ley prohibe que se ejecute ninguna sentencia de muerte. Con este motivo pasó Sócrates treinta dias en la cárcel rodeado de sus discípulos, los cuales para aliviar su dolor iban todos los dias á recibir sus miradas y sus palabras que á cada instante creian oirlas por la vez postrera.

Un dia al despertarse, vió sentado junto á su cama á Criton, que era uno de los que él mas queria, y le dijo. «¿Porque habeis venido hoy mas temprano que otros dias?—Por una novedad fatal, no para vos, sino para mi y vuestros amigos: la novedad mas cruel y mas horrible que puede haber.—¿Ha vuelto la nave?—Ayer tarde la vieron en Sunio, hoy llegará sin duda, y mañana será el dia de vuestra muerte.—Sea en horabuena, pues tal es la voluntad de los dioses.»

Entonces Criton le participó, que unido con otros amigos habia tomado la resolucion de sacarle de la cárcel, que todo estaba dispuesto para la noche próxima, y

que le proporcionarian en Tesália un cómodo retiro para vivir tranquilo. «Ay mi querido Criton! le respondió: vuestro celo no está conforme con los principios que siempre me he propuesto seguir y que nunca abandonaré á pesar de los tormentos mas rigurosos. Habiendo declarado que preferiria la muerte al destierro; ¿crees tu que yo iria siendo infiel á mi palabra, asi como á mi deber, á mostrarme á las naciones lejanas, Sócrates proscrito, humillado, y vuelto en infractor de las leyes y enemigo de la autoridad por conservar algunos dias mas de vida entre pesares y deshonra? ¿Iria yo á perpetuar la memoria de mi debilidad y de mi crimen, y no atreverme á pronunciar las palabras de virtud y de justicia, sin avergonzarme de mi mismo y escitar contra mi las mas activas injurias? No, amigo mio: estaos quietos, y dejadme seguir el camino que me han señalado los dioses.»

A los dos dias de esta conversacion, pasaron á la cárcel los once magistrados encargados de la ejecucion de las sentencias de los criminales, le quitaron las cadenas y le notificaron que habia llegado la hora de su muerte. Entraron despues de esto muchos discipulos suyos, y hallaron á su

lado á Jantipa que tenia en brazos á su hijo menor, y á penas ella los vió, esclamó con voz interrumpida de sollozos. ¡Ay! ved ahi por última vez á vuestros amigos! Sócrates suplicó á Criton que la llevasen á su casa, y la sacaron de alli, dando gritos dolorosos y arañándose la cara.

Jamás se mostró á sus discípulos con tanta serenidad y espíritu. En su última conversacion les dijo: «Que á nadie le es permitido atentar contra su vida, porque estando en la tierra como colocados en un puesto, no debemos dejarle sin permiso de los dioses; que en cuanto á él, conformándose con su voluntad, suspiraba el momento que le pondria en posesion de la dicha que habia tratado de merecer por su conducta. Pasando de aqui al dogma de la inmortalidad del alma, la fundó en una multitud de pruebas que justificaban sus esperanzas.

Luego entró en un cuartito para bañarse, á donde le siguieron Criton y los demas amigos, se quedaron hablando de los discursos que acababan de oir, y del estado, á que iba á reducirles su muerte.

Presentáronle sus tres hijos, dos de los cuales eran de edad muy tierna, y habiendo hecho algunas prevenciones á las mu-

geres que los habian llevado, las despidió, y volvió á juntarse con sus amigos.

A breve rato entró el carcelero que le llevaba el veneno. «Estoy cierto, dijo á Sócrates, de que no me atribuis vuestro infortunio, pues harto conoceis á los autores. Quedad con dios, y procurad someteros á la necesidad.» Las lágrimas á penas le permitieron acabar, y se fúé á un rincon de la cárcel para derramarlas libremente. «A Dios, le respondió Sócrates; seguiré vuestro consejo» y volviéndose ácia sus amigos, les dijo: «¡Qué buen corazon tiene este hombre! Mientras he estado aquí ha venido algunas veces á darme conversacion.... Mirad como llora.... Criton, es preciso obedecerle; que traigan el veneno si está preparado, y sino que le preparen al momento.»

Criton le hizo presente, que el sol no se habia puesto todavia, y que otros habian tenido la libertad de prolongar su vida algunas horas mas. «Tendrian sus razones, contestó Sócrates, y yo tengo las mias para obrar de otro modo.»

Entonces Criton dió sus órdenes, y cuando todo estuvo pronto, un criado le trajo la copa fatal, y Sócrates le preguntó, que era lo que tenia que hacer. «Pasearos des-

pues de haber tomado la pócima, respondió el hombre, y echaros boca arriba cuando sintais que os flaquean las piernas.» Entonces sin inmutarse y con mano firme, tomó la copa, dirigió sus oraciones á los dioses, y la llegó á sus labios.

En aquel terrible momento quedaron suspensos y horrorizados los ánimos de todos, y derramaron lágrimas espontaneamente, aumentándose los sollozos al oir los lamentos del jóven Apolodoro, que despues de haber llorado todo el dia, andaba por la cárcel dando espantosos doloridos. «¿Que es lo que haceis amigos mios, les dijo Sócrates con la mayor serenidad? Mandé salir de aqui las mugeres para no ser testigo de semejantes debilidades: cobrad ánimo; siempre he oido decir, que la muerte debia ir acompañada de buenos agüeros.»

En tanto no dejaba de pasearse, pero luego que sintió pesadez en sus piernas, se echó en la cama y se tapó con el manto. El criado mostraba á los circunstantes los progresos sucesivos del veneno; heló sus pies y manos un frio mortal, y estaba cerca de insinuarse en el corazon, cuando Sócrates levantó el manto y dijo á Criton: «debemos un gallo á Esculapio; no olvideis el cumplimiento de este voto. — Que-

geres que los habian llevado, las despidió, y volvió á juntarse con sus amigos.

A breve rato entró el carcelero que le llevaba el veneno. «Estoy cierto, dijo á Sócrates, de que no me atribuis vuestro infortunio, pues harto conoceis á los autores. Quedad con dios, y procurad someteros á la necesidad.» Las lágrimas á penas le permitieron acabar, y se fúé á un rincon de la cárcel para derramarlas libremente. «A Dios, le respondió Sócrates; seguiré vuestro consejo» y volviéndose ácia sus amigos, les dijo: «¡Qué buen corazon tiene este hombre! Mientras he estado aquí ha venido algunas veces á darme conversacion.... Mirad como llora.... Criton, es preciso obedecerle; que traigan el veneno si está preparado, y sino que le preparen al momento.»

Criton le hizo presente, que el sol no se habia puesto todavia, y que otros habian tenido la libertad de prolongar su vida algunas horas mas. «Tendrian sus razones, contestó Sócrates, y yo tengo las mias para obrar de otro modo.»

Entonces Criton dió sus órdenes, y cuando todo estuvo pronto, un criado le trajo la copa fatal, y Sócrates le preguntó, que era lo que tenia que hacer. «Pasearos des-

pues de haber tomado la pócima, respondió el hombre, y echaros boca arriba cuando sintais que os flaquean las piernas.» Entonces sin inmutarse y con mano firme, tomó la copa, dirigió sus oraciones á los dioses, y la llegó á sus labios.

En aquel terrible momento quedaron suspensos y horrorizados los ánimos de todos, y derramaron lágrimas espontaneamente, aumentándose los sollozos al oir los lamentos del jóven Apolodoro, que despues de haber llorado todo el dia, andaba por la cárcel dando espantosos doloridos. «¿Que es lo que haceis amigos mios, les dijo Sócrates con la mayor serenidad? Mandé salir de aqui las mugeres para no ser testigo de semejantes debilidades: cobrad ánimo; siempre he oido decir, que la muerte debia ir acompañada de buenos agüeros.»

En tanto no dejaba de pasearse, pero luego que sintió pesadez en sus piernas, se echó en la cama y se tapó con el manto. El criado mostraba á los circunstantes los progresos sucesivos del veneno; heló sus pies y manos un frio mortal, y estaba cerca de insinuarse en el corazon, cuando Sócrates levantó el manto y dijo á Criton: «debemos un gallo á Esculapio; no olvideis el cumplimiento de este voto.—Que-

dareis satisfecho, respondió Criton, ¿pero no teneis otra cosa que advertirnos?—No, respondió.» Un instante despues hizo un leve movimiento; el criado le destapó, recibió su última mirada, y Criton le cerró los ojos.

Asi murió el hombre mas religioso, el mas virtuoso y feliz, el único quizás, que sin temor de que le desmintieran, pudo decir en alta voz: nunca cometí la menor injusticia, ni con mis obras ni con mis palabras.

CAPÍTULO LXVI.

Fiestas y misterios de Eleusis.

De todos los misterios establecidos en honor de las diferentes divinidades, no hay otros mas célebres, que los de Ceres, cuyas ceremonias arregló ella misma, segun dicen. Cuando recorria la tierra en busca de su hija Proserpina arrebatada por Pluton, llegó á la llanura de Eleusis, y satisfecha del buen recibimiento que la hicieron aquellos habitantes, les hizo dos beneficios singulares, cuales son, el arte de la agricultura y el conocimiento de la doctrina sagrada. Añaden, que los misterios meno-

res que sirven de preparacion para los mayores, fueron instituidos en favor de Hércules.

Se pretende, que le ha difundido el espiritu de union y de humanidad, por donde quiera que los atenienses han introducido este sistema religioso, que purifica el alma de su ignorancia y de sus manchas, que proporciona una asistencia particular de los dioses, los medios de llegar á la perfeccion de la virtud, las delicias de una vida santa, la esperanza de una muerte sosegada y de una felicidad sin límites. Los iniciados ocuparán un lugar distinguido en los campos elíseos, gozarán de una luz pura, y vivirán en el seno de la divinidad, mientras que los demas habitarán cuando mueran en unos lugares de horror y tinieblas.

Para evitar semejante alternativa, van los griegos de todas partes á Eleusis para lograr la prenda de la dicha que se les anuncia. Los atenienses son admitidos á las ceremonias de la iniciacion, desde la edad mas tierna, y aquellos que nunca han sido iniciados, las piden á la hora de la muerte.

Sin embargo, algunas personas ilustradas creen no tener necesidad de tal asociacion para ser virtuosas. Asi es que Sócra-

tes jamás quiso agregarse á ella, y este prescindimiento dió motivo á dudar de su religion.

Los grandes misterios se celebran todos los años, y la fiesta de los menores es tambien annual, y cae seis meses antes.

Salí yo con algunos de mis amigos á fin de hacer algunas indagaciones sobre esta institucion. La puerta por donde se sale de Atenas para ir á Eleusis, se llama la puerta sagrada, y el camino por donde se vá, la via sacra. El espacio que hay entre estas dos ciudades, es de cerca de cien estadios (mas de tres leguas y cuarto.) Habiendo pasado una colina muy alta y cubierta de adelfas, entramos en el territorio de Eleusis. A corta distancia del mar se prolonga en la llanura una colina, en cuya falda y á la estremidad oriental, han erigido el famoso templo de Ceres y Proserpina, y mas abajo la pequeña ciudad de Eleusis. En las cercanias y sobre la colina misma, hay muchos monumentos sagrados y hermosas casas de campo propias de ricos habitantes de Atenas.

El templo construido por disposicion de Pericles, es de mármol pentelico, mira ácia el Oriente, y es tan vasto como magnífico. Encargaron de la direccion de la

obra para perfeccionarla, á los mas célebres artistas.

Entre los ministros del templo hay cuatro principales. El primero es el hierofanta, cuyo nombre significa el que revela las cosas santas, y su principal funcion es iniciar en los misterios. Se presenta con una vestidura distinguida, la frente adornada con una diadema y los cabellos sueltos por los hombros. Su sacerdocio es perpetuo, y desde el momento en que entra en él, queda sujeto al celibato.

El segundo ministro está encargado de llevar la antorcha sagrada en las ceremonias, y purificar á los que se presentan á la iniciacion. Los otros dos son el heraldo sagrado y el asistente del altar. Todos cuatro son de las mas ilustres familias de Atenas, y tienen á sus órdenes otros ministros subalternos.

Preside las fiestas el segundo archônte, encargado especialmente de conservar en ellas el buen órden, y de impedir, que en nada se falte al culto. Estas fiestas duran muchos dias.

Para la iniciacion en los grandes misterios, estaba señalada la noche siguiente al sesto dia. Los novicios iban coronados de flores: los vimos entrar en el recinto sa-

grado, y á la mañana siguiente, uno de los recien iniciados que era amigo mio, me esplicó algunas ceremonias que habia presenciado. Encontramos, me dijo, los ministros del templo revestidos de sus ornamentos pontificales, y á penas habíamos tomado puesto, cuando gritó un heraldo: «fuera de aqui los profanos, los impios, y todos aquellos, cuya alma esté manchada de crímenes.» Hecha esta advertencia, se impondria pena de muerte á cualquiera que tuviese la temeridad de quedarse en la junta sin tener derecho. El segundo ministro hizo tender bajo nuestros pies las pieles de las víctimas ofrecidas en sacrificio, y nos purificó nuevamente. Leyeron en voz alta los ritos de la iniciacion, y cantaron himnos en honor de Ceres: oyóse al punto un ruido sordo, de modo que parecia que la tierra bramaba debajo de nuestros pies, y el rayo y los relámpagos no dejaban vislumbrar mas que fantasmas y espectros que andaban errantes en las tinieblas, haciendo resonar en los lugares santos unos alaridos que nos helaban de espanto, y unos gemidos que despedazaban nuestras almas. El dolor mortal, los cuidados devoradores, la pobreza, las enfermedades, la muerte se presentaban á nuestra vista bajo aspec-

tos odiosos y fúnebres. El hierofanta esplicaba estos diversos emblemas, y sus pinturas animadas aumentaban nuestra inquietud y nuestro susto.

En tanto á la claridad de una luz débil, nos íbamos acercando á aquella region de los infiernos, donde las almas se purifican hasta que llegan á la mansion de la bienaventuranza. En medio de muchas voces lastimeras, oimos las amargas quejas de aquellos que habian atentado contra su vida. «Esos reciben su justo castigo, dijo el hierofanta, porque han abandonado el puesto que los dioses les habian confiado en este mundo.»

A penas pronunció estas palabras, cuando se abrieron con estrépito unas puertas de bronce, y ofrecieron á nuestra vista los horrores del tártaro. Allí no se oia mas que ruido de cadenas y lamentos de los desdichados, y entre estos gritos lúgubres y penetrantes, salian de cuando en cuando estas terribles palabras. «Aprended en este ejemplo á respetar á los dioses, á ser justos y agradecidos.» Vimos tambien las furias armadas de látigos, encarnizarse cruelmente en los criminales.

Estas pinturas horrorosas animadas incesantemente por la voz sonora y mages-

tuosa del hierofanta, que parecia ejercer el ministerio de la venganza celeste, nos llenaban de espanto, y á penas daban tiempo para respirar, cuando nos hicieron pasar á unos bosquecillos deliciosos y á unas praderas amenas, mansion afortunada, imágen de los campos elíseos, donde brillaba una claridad pura, al mismo tiempo que se oian unas voces melodiosas que suspendian los sentidos. Introducidos luego en el lugar santo, fijamos la vista en la estátua de la diosa, resplandeciente de luz y ricamente adornada. Allí era, donde debian acabarse nuestras pruebas, y allí hemos visto y oido cosas que no es permitido revelar. Unicamente diré, que en la embriaguez de una alegria santa, hemos cantado himnos para felicitarnos de nuestra dicha.»

Preciso es confesar que la iniciacion, á pesar de todo lo que en ella se vé y se oye, no es casi mas que una vana ceremonia. Asi es que cuantos la han recibido, no son mas virtuosos que los demas, pues quebrantan todos los dias el juramento que hicieron de abstenerse de comer volateria, pesca, granadas, habas, y algunas otras especies de frutas y legumbres. Muchos de ellos han contraido esta obligacion sagrada por miras poco conformes á su objeto, pues

casi en nuestros dias se ha visto al gobierno permitir la compra del derecho de participar de los misterios para salir del apuro de las rentas públicas, y hace ya mucho tiempo, que se admiten á la iniciacion mugeres de mala vida. Dia vendrá, pues, en que la corrupcion desfigurará una asociacion la mas santa.

CAPÍTULO LXVII.

Historia del teatro de los griegos.

Año 343 antes de J. C. Por este tiempo dí yo fin á mis averiguaciones sobre el arte dramático.

En el seno de los placeres tumultuosos, y en los estravios de la embriaguez causados por las fiestas de Baco, se formó un arte el mas arreglado y sublime. Trasladémonos tres siglos mas atrás del nuestro, y veremos que entre los poetas que entonces florecian, los unos cantaban las acciones y las aventuras de los dioses y los héroes, y los otros perseguian con malignidad los vicios y las estravagancias de los hombres. Los primeros tomaban á Homero por modelo, los segundos se autorizaban y abusaban de su ejemplo.

Conocíase ya la necesidad y el poder del arte teatral. Susarion y Tespis, ambos naturales de un lugarcillo de la Ática, se dejaron ver cada cual al frente de una compañia cómica; el uno en las tablas y el otro en un carro. El primero persiguió los vicios y las estravagancias de su tiempo, y el segundo trató asuntos mas nobles tomados de la historia.

La escesiva aficion que se propagó repentinamente en la ciudad y en el campo, á las composiciones dramáticas de estos dos autores, justificó que era inutil la recelosa prevision de Solon. Los poetas que hasta entonces se habian ejercitado en los ditirambos y en la sátira licenciosa, conociendo las reglas acertadas con que empezaban á caracterizarse estos géneros, consagraron sus talentos á la comedia y la tragedia: muy en breve variaron los asuntos del segundo de estos poemas, empezando á tenerse por estraños al culto de Baco.

Frinico, discípulo de Tespis, dejó la tragedia en la infancia. Esquilo la recibió de sus manos envuelta en un tosco vestido, con el rostro cubierto de varios colores, ó con una máscara sin carácter, sin gracias, sin dignidad en sus movimientos, esplicándose algunas veces con decoro y elegancia,

y otras muchas con un estilo débil, rastrero y obsceno. Este padre de la tragedia se habia distinguido en las batallas de Maraton, de Salamina y de Platéa, y desde su mas tierna juventud se entregó á la lectura de aquellos poetas que inmediatos á los tiempos heróicos, concebian unas ideas tan grandes como sus hechos.

Introdujo un segundo actor en sus primeras tragedias, y mas adelante, á imitacion de Sófocles que acababa de entrar en la carrera del teatro, añadió un tercero y algunas veces el cuarto: por esta multiplicidad de personages, uno de los actores venia á ser el héroe de la pieza, y escitaba el principal interés. Sus planes son sumamente sencillos: descuidaba ó no conocia bastante el arte de salvar las inverosimilitudes, de enlazar y desenlazar una accion, de ligar intimamente sus partes, y de acelerarla ó suspenderla con conocimientos ú otros accidentes imprevistos. Unicamente interesa algunas veces por la relacion de los hechos y la viveza del diálogo, y en ocasiones por la fuerza del estilo ó por el terror del espectáculo. Parece que miraba como esencial la unidad de accion y de tiempo, y como menos necesaria la de lugar.

El carácter y las costumbres de los per-

sonages son convenientes, y rara vez se desmienten. Escogió continuamente sus modelos en los tiempos heróicos, y los sostiene en la elevacion en que Homero puso á los suyos. Se complace en pintar almas vigorosas, francas, superiores al temor, amantes de la patria, insaciables de gloria y de combates, mas grandes que son hoy dia; tales como quisiera formarlas para la defensa de la Grecia, porque escribia en tiempo de la guerra de los persas.

En tiempo de Esquilo no se conocia para el género heróico mas que el tono de la epopeya y el del ditirambo, los cuales se acomodaban tanto á la elevacion de sus ideas y de sus sentimientos, que los trasladó á la tragedia sin deliberarlos. Dominado por un entusiasmo, de que ya no es dueño, prodiga los epitetos, las metáforas, todas las espresiones figuradas de los sentimientos del alma, todo lo que dá peso, fuerza, magnificencia en el lenguage, todo lo que puede en fin animarle y darle espresion. Bajo su pincel vigoroso, las relaciones, las ideas, las máximas, todo se convierte en imágenes admirables por su belleza ó por su singularidad.

La elocuencia de Esquilo era tan fuerte, que no permitia sujetarla á los adornos de

la elegancia, de la armonia y de la correccion, y su vuelo muy alto y atrevido esponiéndose á estravios y caidas. Su estilo en general es noble y sublime, en algunas partes grande hasta el esceso, y pomposo hasta la hinchazon, algunas veces desconocido y chocante por comparaciones mezquinas, juegos pueriles de palabras, y otros vicios que son comunes á este autor y á los que tienen mas gusto y mas genio. A pesar de sus defectos, mereció un lugar muy distinguido entre los poetas mas célebres de la Grecia.

Acusado falsamente de haber revelado en una de sus piezas los misterios de Eleusis, le fué dificil escaparse del furor de un pueblo fanático. Habiendo abandonado su patria, pasó á Sicilia, donde el rey Hieron le colmó de beneficios y honores, y allí murió poco tiempo despues, de edad de cerca de setenta años. Los atenienses decretaron honores á su memoria, y mas de una vez se han visto los autores que se dedicaban al teatro, ir á hacer libaciones en su sepulcro, y declamar sus obras al rededor de este fúnebre monumento.

Los progresos del arte fueron rápidos en estremo. Sófocles contemporáneo de Esquilo, disputó la gloria á este grande trá-

gico. Nació Sófocles de una familia noble de Atenas en el año cuarto de la Olimpíada setenta, (ácia el año 497 antes de J. C.,) y catorce años antes del nacimiento de Eurípides. Despues de la batalla de Salamina, puesto al frente de un coro de jóvenes que al rededor de un trofeo entonaban cánticos de victoria, llamó la atencion del concurso por la bizarria y belleza de su persona, y el voto de todos por la melodia de su lira; en diferentes ocasiones le confiaron empleos importantes, ya civiles, ya militares. A la edad de ochenta años, fué acusado por un hijo ingrato, de que no se hallaba ya en estado de dirigir los negocios de su casa, y se contentó con leér en la audiencia *El Edipo en Colona*, cuya obra acababa de hacer; los jueces indignados por la acusacion, le conservaron sus derechos, y todos los circunstantes le condujeron en triunfo á su casa. Murió á la edad de noventa y un años, despues de haber gozado de una gloria, cuyo brillo se aumenta de dia en dia. A la muerte de Eurípides, ocurrida poco despues de la suya, se dejó ver vestido de luto, acompañó en su dolor á los atenienses, y en una pieza que daba, no permitió que los actores se pusiesen coronas.

Aplicóse al principio á la posesia lírica, pero su ingenio le puso muy pronto en un camino mas glorioso, y su primer ensayo le fijó en él para siempre. Siendo de edad de veinte y ocho años, concurria con Esquilo que estaba en posesion del teatro, y despues de la representacion de sus comedias y tragedias, se reunió en favor suyo la pluralidad de los votos, de modo que su concurrente sentido por esta preferencia, se retiró despues de algun tiempo á Sicilia.

El jóven Eurípides fué testigo de este triunfo de Sófocles; á la edad de diez y ocho años se le vió entrar en la carrera, y durante muchos años recorrerla á la par de su rival, siendo semejantes á dos soberbios competidores que con igual fogosidad aspiran á la victoria.

Diversas causas le empeñaron al fin de sus dias á retirarse á la corte de Arquelao rey de Macedónia, que reunia en su corte á todos los que se distinguian en las letras y en las artes. Murió pocos años despues, de edad de unos setenta y seis años, y los atenienses enviaron diputados á Macedónia para pedir su cuerpo y trasladarle á Atenas, pero Arquelao no escuchó sus súplicas, y tuvo por un honor el conservar los restos de un grande hombre, y le erigió

un sepulcro magnífico cerca de su capital. Al mismo tiempo le erigieron tambien los atenienses un cenotafio en el camino que vá desde la ciudad al Piréo. En Salamina, su patria nativa, me llevaron inmediatamente que llegué, á una gruta, donde se pretende que compuso la mayor parte de sus piezas dramáticas; tambien en el lugar de Colona, me enseñaron los habitantes mas de una vez la casa en que Sófocles pasó una parte de su vida.

Casi á un mismo tiempo perdió Atenas estos dos célebres poetas, y apénas habian cerrado los ojos, cuando Aristófanes compuso una pieza que fué representada con aplauso, y en la cual señaló el primer papel á Esquilo, el segundo á Sófocles, y el tercero á Eurípides. Esta decision era entonces conforme á la opinion de la mayoria de los atenienses. Cualquiera que sea su mérito particular, y á pesar de las diferencias que mediaban entre ellos, se verán siempre al frente de los que han ilustrado la escena.

Aunque la comedia tenga el mismo orígen que la tragedia, su historia menos conocida indica revoluciones cuyos pormenores ignoramos, y descubrimientos cuyos autores nos oculta. Habiendo nacido

en las aldeas del Ática ácia la Olimpíada cincuenta, (580 años antes de J. C.,) acomodada á las costumbres groseras de las gentes del campo, no se atrevia á acercarse á la capital, hasta despues de una larga infancia que cundió de repente en Sicilia. En lugar de un amontonamiento de escenas sin órden ni enlace, el filósofo Epicarmes estableció una accion, ligó todas las partes, la trató en una justa estension, y la condujo hasta el fin sin estravios: sus composiciones sujetas á las mismas leyes que la tragedia, fueron luego conocidas en Grecia, sirvieron allí de modelo, y la comedia participó en breve con su rival del voto público y el homenage debido á los talentos. Los atenienses en particular la acogieron con el entusiasmo que pudiera escitar la noticia de una victoria. Muchos de ellos se ejercitaron en este género, y sus nombres adornan la lista numerosa de aquellos que desde Epicarmes hasta nuestros dias, se han distinguido en él. Tales fueron entre los mas antiguos, Magnes, Craticino, Crates, Ferecrates, Eupolis y Aristófanes que murió unos treinta años de mi llegada á Grecia, y todos vivieron en el siglo de Pericles. La lectura de sus piezas prueba claramente, que no tuvieron mas

objeto que el de agradar á la multitud; que todos los medios les parecieron indiferentes, y que á su vez emplearon la parodia, la alegria y la sátira, sostenidas por imágenes las mas obscenas y por espresiones las mas groseras.

Algunos tratando un objeto en su generalidad, se abstuvieron de toda injuria personal, pero otros fueron tan pérfidos, que confundieron los defectos con los vicios y el mérito con el ridículo. Espias en la sociedad y delatores en el teatro, entregaron las reputaciones á la malignidad de la multitud, y á su envidia los que tenian bienes, mal ó bien adquiridos. No habia ciudadano por elevado ni despreciado que fuera, que estuviese á salvo de los tiros de ellos; á veces le señalaban, valiéndose de ciertas alusiones de fácil aplicacion, y en muchas ocasiones por sus nombres y las facciones del rostro figuradas en la máscara del actor. Los autores de estas sátiras recurrian á la impostura para saciar su encono, y á las injurias indecentes para complacer al populacho. Con el veneno en la mano recorrian todas las clases de ciudadanos y lo interior de las casas, para sacar á luz todos los horrores que el tiempo no habia descubierto. Otras veces se desenca-

denaban contra los filósofos, los poetas trágicos y sus propios rivales. Eurípides se vió toda su vida perseguido por Aristófanes, y unos mismos espectadores celebraron las piezas del primero, y la crítica que hacia el segundo.

La parte mas sana de la nacion murmuraba, y algunas veces con éxito, de los atentados de la comedia, hasta que al fin salió un decreto prohibiendo su representacion; despues otro que prohibia tambien el nombrar personas, y en el tercero el insultar á las autoridades; pero estos decretos se olvidaban ó revocaban luego.

Ácia el fin de la guerra del Peloponeso, habiéndose apoderado del gobierno un corto número de ciudadanos, se trató al momento de reprimir la licencia de los poetas, permitiendo á la persona agraviada, que los demandase en juicio. El terror que inspiraron estos hombres poderosos, produjo en la comedia una revolucion repentina. Ya no se oyeron sátiras directas contra los particulares, ni invectivas contra los gefes del estado, ni tuvieron retratos en las máscaras. El mismo Aristófanes se sometió á la reforma en sus últimas piezas, y los que le siguieron despues, tales como Eubulo,

Antífanes y otros muchos, respetaron las reglas de la decencia.

Este es el estado en que se hallaba la comedia durante mi residencia en Grecia. Algunos continuaban tratando y glosando los asuntos históricos y fabulosos, pero los mas preferian los fingidos; y el mismo espíritu de analisis y de observacion que conducia á recoger en la sociedad aquellos rasgos esparcidos, cuya reunion caracteriza la grandeza de alma ó la pusilanimidad, empeñaba á los poetas á pintar en lo general las singularidades que molestan en la sociedad ó las acciones que la deshonran.

La comedia había llegado á ser un arte arreglado, pues los filósofos habian podido definirla, diciendo que imita no todos los vicios, sino unicamente aquellos que son susceptibles de ponerse en ridículo, y añadian que, á ejemplo de la tragedia, puede exagerar los carácteres para hacerlos mas interesantes.

Despues de haber seguido los progresos de la tragedia y de la comedia, me falta hablar de un drama que reune á la gravedad de la primera, la alegria de la segunda. La sátira tuvo tambien su orígen en las fiestas de Baco, donde los coros de sátiros y de silenos hacian alternar con di-

chos jocosos los himnos que cantaban en honor de este dios.

Esto dió la primera idea de la sátira, poema en que se tratan los asuntos mas serios de un modo patético y serio al mismo tiempo. Se distingue de la tragedia en la especie de personages que admite, en la catástrofe que nunca es funesta, por el estilo, los chistes y las bufonadas que constituyen el principal mérito: se distingue de la comedia por la naturaleza del asunto, por el tono de dignidad que reina en algunas de sus escenas, y el cuidado que se tiene de no meterse en personalidades: y se distingue de una y otra por los ritmos que le son propios, por la sencillez de la fábula, por los límites prescriptos á la duracion de la accion, y porque la sátira es una pieza corta que se dá despues de la representacion de la tragedia para descanso de los espectadores.

La escena presenta á la vista bosques, montes, grutas y perspectivas varias. Los personages del coro disfrazados del modo estravagante que se atribuye á los sátiros, unas veces ejecutan danzas vivas y saltadoras, otras hacen diálogos ó cantan con los dioses ó los héroes, y de la diversidad de ideas, sentimientos y espresiones, resulta un contraste raro y singular.

CAPÍTULO LXVIII.

Representaciones de las piezas en el teatro de Atenas.

Al principio era el teatro de madera, pero habiéndose hundido cuando estaban representando una pieza de un autor antiguo, despues le construyeron de piedra, y subsiste todavia al ángulo sudoeste de la ciudadela. Voy á describir el plan del edificio.

Mientras se representa no se permite á nadie permanecer en el patio, á causa de que la esperiencia ha demostrado, que sino estuviese enteramente desocupado, se oiria la voz mucho menos.

El proscenio se divide en dos partes: la una mas alta, donde recitan los autores, y la otra mas baja, donde está por lo regular el coro. Esta última está levantada diez á doce pies encima del patio, y desde él se puede subir, de forma que el coro colocado en este lugar, puede volverse facilmente ácia los actores ó ácia los asistentes.

El teatro está descubierto, y de aqui resulta que cualquiera lluvia repentina obliga á los espectadores á refugiarse bajo los pór-

ticos y en los edificios públicos de las inmediaciones.

En el vasto circuito del teatro se celebran con frecuencia los certámenes, ya de poesia, ya de música ó de danza, con los cuales se solemnizan las grandes fiestas. Este edificio está consagrado á la gloria, y sin embargo se han visto alli en un mismo dia, una pieza de Eurípides y una funcion de títeres.

Distínguense dos clases de actores; unos que están especialmente encargados de seguir el hilo de la accion, y otros que componen el coro. Para esplicar sus funciones recíprocas, daré aqui una idea de la division de las piezas.

Ademas de las partes que constituyen la esencia de un drama, y que son la fábula, las costumbres, la diccion, las ideas, la música y el aparato, es preciso considerar tambien las que la dividen en su estension, tales como el prólogo, el episodio, el exordio y el coro.

El prólogo comienza con la pieza y acaba con el intermedio primero ó entre acto. El episodio en general llega, desde el primero hasta el último intermedio. El exordio comprende cuanto se dice despues del último intermedio. En la primera de estas

partes se hace la esposicion, y comienza algunas veces la intriga: la accion se desenvuelve en la segunda y se desenlaza en la tercera. Estas tres partes no guardan entre sí proporcion alguna, y asi es que en el *Edipo de Colona* de Sófocles que contiene mil ochocientos sesenta y dos versos, el prólogo solo comprende setecientos.

Nunca está desierto el teatro: el coro se presenta á veces en la primera escena, y si tarda mas en salir, se le debe introducir naturalmente: si se va solo, es por algunos instantes y con causa legítima, segun lo requiere el asunto, está compuesto de hombres ó de mugeres, de viejos ó de jóvenes, de ciudadanos ó de esclavos, de sacerdotes ó de soldados etc. siempre en número de veinte y cinco en la tragedia, y veinte y cuatro en la comedia, y siempre de estado inferior al de los personages principales de la pieza. Como el coro por lo comun representa el pueblo ó á lo menos hace parte de él, está prohibido á los estrangeros, aun á los establecidos en Atenas, el hacer papel en él, por la misma razon que les está prohibido asistir en la asamblea general de la nacion.

Durante la pieza, tan pronto ejerce el coro la accion de actor, como forma el in-

termedio. Bajo el primer aspecto se introduce en la accion, canta ó declama con los personages, y su corifeo le sirve de intérprete; en ciertas ocasiones se divide en dos grupos dirigidos por dos gefes que refieren algunas circunstancias de la accion, ó que se comunican sus temores ó sus esperanzas. Esta especie de escenas que casi siempre son cantadas, concluyen á veces reuniéndose las dos partes del coro. Bajo el segundo aspecto, se reduce á lamentarse de las desgracias de la humanidad, ó á implorar el ausilio de los dioses en favor del personage que le interesa.

En cada tragedia se necesitan tres actores para los tres primeros papeles que saca por suerte el principal archônte, y en consecuencia les asigna la pieza en que deben representar. El autor solamente tiene el privilegio de escogerlos, cuando ha ganado la corona en una de las fiestas anteriores.

Algunas representan unos mismos autores en la tragedia y la comedia, pero rara vez se vé que sobresalgan en ambos géneros. Es inútil advertir que alguno ha sobresalido siempre en los primeros papeles, que algunos nunca han pasado de los terceros, y que hay papeles que requieren una fuerza estraordinaria, como el de Ayax furioso.

Dan crecidos sueldos á los actores que se han adquirido gran celebridad, tanto que yo he visto á Polo ganar un talento en dos dias (mas de 20 mil reales vellon.) Su salario se arregla por el número de piezas que representan, y asi que sobresalen en el teatro de Atenas, los buscan y solicitan de las principales ciudades de Grecia. Si faltan á las contratas que hacen, están obligados á pagar cierta suma estipulada en el contrato, y por otra parte la república les impone una multa, cuando se ausentan durante las solemnidades.

Se canta en los intermedios, y se declama en las escenas siempre que el coro calla. En el canto dirige la flauta á la voz, y en la declamacion la dirige una lira que la impide que decaiga.

Con respecto al canto, se observaban antiguamente con rigor las leyes de él, pero en el dia se infringen inpunemente las respectivas á los acentos y la cantidad. Para asegurar la ejecucion de las demas, el maestro del coro en defecto del poeta, ejercita y ensaya por mucho tiempo á los actores antes de representar las piezas; mide el compás con el pie ó con la mano, ó de otra manera, que dé movimiento á los coristas siempre atentos á sus ademanes. No

se limita á dirigir la voz de los que están á sus órdenes, pues debe tambien darles lecciones de dos especies de danzas propias del teatro. La una es la danza propiamente tal, que los coristas ejecutan solamente en ciertas piezas y en ciertas ocasiones, por ejemplo, cuando alguna plausible noticia les obliga á entregarse á los arrebatos de la alegria. La otra que se ha introducido muy tarde en la tragedia, es aquella que arreglando los movimientos y las diversas inflexiones del cuerpo, ha llegado á pintar con mas exactitud que la primera, las acciones, las costumbres y los sentimientos. De todas las imitaciones esta es acaso la mas enérgica, porque la palabra no debilita su elocuencia rápida, todo lo espresa, dejando vislumbrarlo todo, y no es menos propia para satisfacer el entendimiento, que para mover el corazon.

No siendo esta clase de danza una sucesion de movimientos y de pausas espresivas, como la armonia, es visto que ha debido verificarse en las diferentes especies de drama. La de la tragedia debe representar almas que sufran sus pasiones, su dicha y su infortunio, con la decencia y firmeza que convienen á la elevacion de su carácter.

Es menester, que la actitud de los actores semeje á los modelos que toman los escultores para dar hermosas posiciones á sus estátuas: que las evoluciones de los coros se ejecuten con el órden y la disciplina de las marchas militares; y en fin que todas las señales esteriores concurran con tanta exactitud á la unidad del interés, que resulte de ello un concierto tan agradable á la vista como al oido.

La danza de la comedia es libre, familiar, muchas veces poco noble, y las mas deshonrada con licencias tan groseras, que el mismo Aristófanes tiene por un mérito el haberlas desterrado de algunas piezas suyas.

En el drama que se llama sátira, esta danza es viva y tumultuosa; pero sin espresion ni relacion en las palabras.

Los actores tienen trages y atributos adecuados á sus papeles. Los reyes ciñen su frente con una diadema, se apoyan en un cetro coronado de un águila, y visten ropas talares en que brilla á la vez el oro, la púrpura y toda clase de colores. Los héroes se presentan comunmente cubiertos con una piel de leon ó de tigre, con espada ceñida, armados de lanza, carcax y maza: los que se hallan en infortunio con vestidura negra, obscura ó cenicienta y algunas

veces desgarrada : la edad y el sexo, el estado y la situacion actual de un personage, se dan á entender casi siempre por la forma y el color de su vestidura. Pero aun se indican mejor por una especie de casco que les cubre enteramente la cabeza, y que substituyendo una fisonomia diversa de la del actor, causa ilusiones sucesivas mientras dura la pieza. Hablo de aquellas máscaras que se diversifican de muchos modos, ya en la tragedia, ya en la comedia y la sátira. Unas están guarnecidas de cabellos de diferentes colores, los otros de una barba mas ó menos larga, mas ó menos espesa, y otras reunen cuanto es posible los atractivos de la juventud y de la belleza. Las hay que tienen una boca enorme forrada interiormente de láminas de cobre ó de cualquiera otro cuerpo sonoro, á fin de que la voz adquiera asi bastante fuerza y tono para que se oiga en el vasto recinto, donde están sentados los espectadores : hay algunos en fin, sobre las cuales se eleva un tupé que acaba en punta y que recuerda el antiguo peinado de los atenienses. Se sabe que cuando se hicieron los primeros ensayos del arte dramático, habia la costumbre de juntar y atarse los cabellos por encima de la cabeza.

Hubo un tiempo en que la comedia ofrecia á los espectadores el retrato de aquellos, á quienes atacaba abiertamente; pero hoy dia mas decente, solo se ciñe á presentar semejanzas generales y relativas á los vicios y ridiculeces que persigue, aunque bastan para que se conozca al instante al amo, al criado, al parasito, al viejo indulgente ó severo, al jóven arreglado ó desordenado en sus costumbres, la soltera adornada con sus atractivos, y la matrona distinguida por su comportamiento y sus canas.

Es verdad que no se vén la graduacion de las pasiones sucederse en el rostro del actor, pero mayor número de los espectadores está tan distante de la escena, que de modo alguno podrian oir un lenguage tan elocuente. Aun hay otros inconvenientes mayores; la máscara quita á la voz parte de aquellas inflexiones que le dan tantos encantos en la conversacion, sus tránsitos son algunas veces repentinos, sus entonamientos duros, y digámoslo así, escabriosos. La risa se altera, y si no se maneja con arte, su gracia y su defecto se desvanecen á un tiempo. En fin ¿quien podrá sufrir el aspecto de aquella boca disforme, siempre inmovil y abierta, aun cuando el autor calla. Sin embargo, como él permite

mudar de máscara en cada escena, y pueden imprimirse en ellas los sistemas de los principales afectos del alma, pueden conservar y justificar el error de los sentidos, y añadir á la imitacion un nuevo grado de verosimilitud.

Bajo este mismo principio, se dá muchas veces á los actores en la tragedia una estatura de cuatro codos (seis pies, siete pulgadas) conforme á la de Hércules y de los primeros héroes. A este fin usan de coturnos, especie de calzado, á veces de cuatro ó cinco pulgadas de alto, alargan sus brazos con guantes, y agrandan artificialmente el pecho, los costados y todas las demas partes del cuerpo á proporcion; y cuando con arreglo é las leyes de la tragedia que requiere una declamacion fuerte y á veces vehemente, la persona ó figura disfrazada con magnífico ropage, despide una voz sonora que se vé á lo lejos, hay pocos espectadores que no se conmuevan al vér aquella magestad imponente, y que se hallen dispuestos á esperimentar las sensaciones que se trata de hacerles.

Antes que empieze la representacion, se purifica el lugar de la junta, y cuando se ha acabado, suben los magistrados al teatro y hacen libaciones en un altar consa-

grado á Baco. Estas ceremonias parece que imprimen un carácter religioso á los placeres que anuncian y que terminan.

Las decoraciones con que hermosean la escena, causan tambien ilusion á la multitud. Segun la naturaleza del asunto, el teatro representa un campo ameno, una soledad espantosa, una playa cercada de precipicios y hondas grutas, tiendas armadas cerca de una ciudad sitiada ó cerca de un puerto cubierto de naves. Por lo comun la accion es en el vestíbulo de un palacio ó de un templo; en frente hay una plaza, y al lado se vén algunas casas formando dos calles principales, la una ácia el oriente y la otra al occidente.

La representacion requiere un gran número de máquinas; con unas ejecutan y fingen vuelos y raptos bajados de los dioses, y apariciones de sombras; con otras causan efectos naturales, tales como el humo, la llama, el trueno, cuyo ruido se imita dejando caer guijarros desde muy alto en un vaso de bronce. Hay tambien otras máquinas que dando vueltas sobre ruedas, presentan lo interior de una casa ó de una tienda de campaña. De este modo se presenta Ayax en medio de los animales que ha inmolado á su furor.

Hay empresarios encargados de una parte del gasto que ocasiona la representacion de las piezas, y reciben de los espectadores una corta retribucion para indemnizarse. Algunas veces dan la funcion *gratis*, y otras distribuyen billetes, que equivalen á la paga ordinaria, hoy dia de dos óbolos.

CAPÍTULO LXIX.

Conversaciones sobre la naturaleza y objeto de la tragedia.

Habia yo conocido en casa de Apolodoro á uno de sus sobrinos llamado Zópiro, mozo de talento, y ardiente del deseo de dedicar su ingenio al teatro; vino á verme un dia, y encontró en mi casa á Niceforo, poeta que despues de algunos ensayos en el género cómico, se creia en disposicion de preferir el arte de Aristófanes al de Esquilo.

Zópiro me habló de su pasion con nuevo ardor. «No es estraño, me decia, que no se hayan recopilado aun las leyes de la tragedia, pues aunque tenemos grandes modelos, no por esto dejan de tener grandes defectos.

«En otro tiempo el ingenio tomaba vuelo

sin detenerse en nada, pero hoy se trata de sujetarle á leyes, sin que nadie nos instruya de ellas.» Estando en esto, vimos entrar á Teodecto autor de muchas tragedias escelentes, Polo uno de los mas hábiles actores de la Grecia, y otros amigos nuestros, que juntaban un gusto delicado á unos conocimientos profundos. Tomando inmediatamente á Zópiro de la mano, le dije á Teodecto. «Permitidme que os confie á este hombre, pues quiere entrar en el templo de la gloria, y le dirijo á los que saben el camino.» Teodecto manifestó, que se tomaba interés, y prometió sus consejos para en caso necesario. «Estamos de priesa, añadí yo, y es el caso que ahora mismo necesitamos un código de preceptos.— ¿Y donde los hallamos? respondió. Teniendo talentos y modelos, se entrega uno á veces á la práctica de un arte, pero como la teoria debe considerarse en su esencia y elevarse hasta la belleza ideal, es preciso que la filosofia ilumine el gusto y dirija la esperiencia. Bien quisiera responder á lo que esperais de mi, pero bajo condicion de que siempre me he de escusar con la autoridad de Aristóteles, que vos mismo me ilumineis con vuestras luces, y que unicamente se ventilarán los puntos mas

esenciales.» A pesar de esta última condicion, nos vimos precisados á reunirnos muchos dias seguidos. Voy á manifestar el resultado de nuestras conferencias, del modo mas breve y mas claro que me sea posible.

En la primera á peticion de Zópiro, señaló Teodecto por asunto de la tragedia el interés que escita el terror y la compasion. «Para producir este efecto, añadió, os presento una accion grave, entera y de cierta estension. Dejando á la comedia los vicios y las estravagancias de los particulares, la tragedia no pinta mas que grandes infortunios, que va á tomarlos en la clase de los reyes y los héroes. Nuestros primeros autores se ejercitaban comunmente sobre los personages célebres de los tiempos heróicos, y nosotros hemos conservado este uso, porque los republicanos contemplan siempre con una risa maligna rodar los tronos por el suelo, y la caida de un soberano que arrastra la de un imperio. Las desgracias de los particulares no podrán prestar lo maravilloso que requiere la tragedia.

«La accion debe ser entera y perfecta, es decir, que debe tener un principio, un medio y un fin. Esta regla se conocerá por un ejemplo; en la Ilíada la accion empieza

por la disputa de Agamenon y de Aquiles, se perpetua por los males sin cuento que causa la retirada del segundo, y concluye cuando cede á las lágrimas de Príamo. En efecto, cuando acaba esta escena afectuosa, nada tiene el lector que desear.

«No penseis como algunos autores, que la unidad de la accion no es otra cosa que la unidad del héroe, ni vayais como ellos á abrazar en un poema todos los pormenores de la vida de Teséo ó de Hércules, porque es debilitar ó destruir el interés, el prolongarle con esceso ó esparcirle en un gran número de puntos. Admirad la sabiduria de Homero, que unicamente ha escogido para la Ilíada un episodio de la guerra de Troya.

«Seria de desear, que la accion no durase mas que la representacion de la pieza, pero tratad á lo menos de reducirla al espacio de tiempo que transcurre, desde que sale el sol hasta que se pone. Insisto sobre la accion, porque es, digámoslo así, el alma de la tragedia, y el interés teatral depende particularmente de la fábula ó de la constitucion del argumento.

«Los hechos confirman este principio, interrumpió Polo. Yo he visto que han tenido aceptacion algunas piezas, cuyo mé-

rito se reducia á una fábula bien dispuesta y seguida habilmente, y he visto tambien otras costumbres, ideas y estilo, que parecia aseguraban el mejor éxito, y sin embargo fueron despreciadas, porque estaban mal dispuestas, que es el defecto en que incurren todos los principiantes.

«Empezad pues, replicó Teodecto, bosquejando vuestro argumento, y luego le enriquecereis con los adornos de que es susceptible. Al disponerle, acordaos de la diferencia que media entre el historiador y el poeta. El uno cuenta las cosas como han sucedido, y el otro como han podido ó debido acontecer. Si la historia no os ofrece mas que un hecho desnudo de circunstancias, os será lícito hermosearle con la ficcion, y juntar á la accion principal acciones particulares que la harán mas interesante; pero no os olvideis de conservar la verosimilitud al esponer los hechos y las circunstancias.»

Al decir esto se hizo general la conversacion, versando sobre los diferentes géneros de verosimilitud; se atendió á que hay una para el pueblo, y otra para las personas ilustradas; y se convino en atenerse á las que requiere un espectáculo en que domina la multitud.

Despues de algunas otras observaciones sobre la verosimilitud, nos separamos.

Al dia siguiente cuando todos llegaron, dijo Zópiro á Teodecto. «Ayer nos hicisteis ver, que la ilusion teatral debe estar fundada en la unidad de accion y en la verosimilitud. ¿Qué otra cosa pues se necesita?»

«Lograr el fin de la tragedia, respondió Teodecto, el cual se reduce á escitar el terror ó la compasion, y esto se consigue: 1.° Por el espectáculo, cuando se nos presenta Edipo con una máscara ensangrentada, Telefo andrajoso y las Euménides con atributos horrorosos; 2.° por la accion, cuando el objeto y la manera de ligar los incidentes bastan para conmover fuertemente á los espectadores. En el segundo de estos medios brilla particularmente el genio del poeta. No se crea que es necesario escitar en el espectador sensaciones penosísimas y muy dolorosas. Todavia hay memoria de Amasis, aquel rey de Egipto que habiendo llegado al colmo de la desgracia, no pudo verter una lágrima, viendo á su hijo caminar al suplicio, y prorumpió en llanto, cuando vió á uno de sus amigos alargar la mano á los pasageros. Este último cuadro enterneció su corazon, en lugar que el primero le habia endure-

cido. Alejad de mi esos escesos de terror, esos golpes fulminantes que ahogan la compasion; evitad ensangrentar la escena, y no permitais que venga Medéa al teatro á degollar á sus hijos, Edipo á sacarse los ojos, y Ayax á traspasarse con la espada. Esta es una de las reglas principales de la tragedia.

«Observad, continuó Teodecto, observad como una accion que pasa entre dos personas enemigas ó indiferentes, no hace mas que una impresion pasagera, siendo asi que uno esperimenta fuertes sensaciones, cuando se vé que alguno va á perecer á manos de un hermano, de un hijo ó de aquellos mismos que le dierón el sér. Haced pues, si es posible, que vuestro héroe lidie con la naturaleza, pero no escojais un malvado, que pase de la desdicha á la felicidad, ó de esta á la desdicha, pues no escitará ni terror ni compasion. No escojais tampoco un hombre que dotado de una virtud sublime, caiga en la desgracia sin merecerla.

«Direis quizás que os hablo un lenguage nuevo, y á esto os añado, que es el de los filósofos, que en estos últimos tiempos han reflexionado acerca de la especie de placer que debe procurar la tragedia.

«¿Cual es pues la pintura que la tragedia debe presentar en la escena? La de un hombre de bien que pueda en cierto modo culparse de su desgracia. ¿Acaso no habeis observado que las desgracias de los particulares, y hasta las revoluciones de los imperios no dependen muchas veces, sino de la primera falta lejana ó proxima, cuyas consecuencias son tanto mas terribles, cuanto eran menos previstas? Aplicad esta observancia, y hallareis en Tiestes la venganza llevada al estremo. En Edipo y en Agamenon falsas ideas sobre el honor y la ambicion; en Ayax un orgullo tan desmedido que se desdeña del ausilio del cielo; en Hipólito la injuria hecha á una divinidad celosa; en Jocasta el olvido de sus mas sagrados deberes; en Príamo y en Hécuba demasiada condescendencia con el raptor de Helena; y en Antígona los sentimientos de la naturaleza preferidos á las leyes establecidas.

«Segun eso, dijo Polo, desaprobais aquellas piezas en que el hombre se hizo infeliz y culpable á pesar suyo. Sin embargo siempre han sido aplaudidas, y siempre se verterá llanto por la suerte deplorable de Fedro, de Orestes y de Electra.»

Esta observacion dió á todos motivo de

una disputa acalorada. Unos sostenian que adoptar el principio de Teodecto, era condenar el antiguo teatro, cuyo único movil es el de los decretos ciegos del destino: otros observaban, que en la mayor parte de las tragedias de Sófocles y de Eurípides, tales decretos, aunque mencionados de cuando en cuando en el discurso, no influian ni en las desgracias del primer personage, ni en la marcha de la accion.

Con este motivo se habló de aquel hado irresistible, tanto para los dioses, como para los hombres. Este dogma, decia uno, parece mas peligroso de lo que es efectivamente; y asi es que, si observais á sus partidarios, vereis que discurren como si nada pudiesen, y obran como si lo pudiesen todo. Otros despues de haber demostrado, que unicamente sirve para disculpar los crímenes y desalentar á la virtud, preguntaron como habia podido establecerse.

«Hubo un tiempo, respondió uno, en que no pudiéndose contener á los opresores de los débiles con el freno del remordimiento, se imaginó refrenarlos con el temor de la religion, y entonces se miró como una impiedad, no solamente el ser negligente en cuanto al culto de los dioses

ó despreciar su poder, sino tambien el despojar sus templos, robar los rebaños consagrados á ellos é insultar á sus ministros.

«Semejantes crímenes se debian castigar, á no ser que el culpable reparase el insulto y fuese al pie de los altares á sujetarse á las ceremonias destinadas para justificarle.

«Los sacerdotes no le perdian de vista, y si la fortuna le era propicia colmándole de beneficios, decian que los dioses le hacian aquellos favores para hacerle caer en el lazo; mas si esperimentaba alguna de aquellas adversidades anexas á la condicion humana, esclamaban diciendo, que la ira celeste debia descargar sobre su cabeza, y que cuando se substraia al castigo durante su vida, entonces decian, que el rayo estaba suspenso; pero que sus hijos y sus nietos sufririan el peso y la pena de su iniquidad. Acostumbráronse, pues, á ver la venganza de los dioses, persiguiendo al culpable hasta su última generacion; venganza mirada como justicia con respecto al que la mereció, y como nada en cuanto á los que habian recibido tan funesta herencia. Con esta solucion creyeron aplicar aquel encadenamiento de maldades y de

desastres que destruyeron á las familias mas antiguas de la Grecia.

« ¡ Felices no obstante las naciones cuando la venganza celeste solo se estiende á la posteridad del culpable ! ¡ O cuantas veces se ha visto descargar sobre un reino entero ! Cuantas tambien los enemigos de un pueblo lo han llegado á ser de sus dioses, aunque jamas los habian ofendido.

« A esta idea injuriosa para la divinidad, substituyeron otra que no lo era menos. Algunos sabios atemorizados por las vicisitudes que trastornaron las cosas humanas, supusieron un poder, que se burla de nuestros proyectos , y nos aguarda en el momento de la felicidad para inmolarnos á su cruel envidia.

« De estos monstruosos sistemas , añadió Teodecto , resulta que un hombre puede ser impelido al crímen ó á la desgracia, por solo el impulso de una divinidad , á quien su familia , su nacion ó su prosperidad, es odiosa. Sin embargo , como la dureza de esta doctrina se conocia mas en una tragedia que en otros escritos , nuestros primeros autores la anunciaron muchas veces con ciertos correctivos , y de este modo se acercaron á la regla que acabo de establecer.

«El dogma de la fatalidad ó el hado, no domina en parte alguna con tanto imperio como en las tragedias de Orestes y de Electra; pero por mas que se procure referir el oráculo que les manda vengar á su padre; por mas que se trate de llenarlos de terror antes del crímen, y de remordimientos despues de haberlo cometido; tranquilizarles en fin con la aparicion de una divinidad que los disculpa y les promete una suerte mas feliz, estos asuntos no dejan de ser contrarios al objeto de la tragedia. Los aplauden, no obstante, porque no hay cosa mas propia para conmover, que el peligro de Orestes, las desgracias de Electra y el reconocimiento de los dos hermanos; y porque de otra parte todo se hermosea en la pluma de Esquilo, de Sófocles y de Eurípides. Hoy que la sana filosofía nos prohibe, que atribuyamos á la divinidad, siquiera el menor movimiento de envidia ó de injusticia, dudo que semejantes fábulas tratadas por la primera vez con la misma superioridad, lleguen á reunir el voto general. A lo menos sostengo, que se veria con disgusto amancillarse con un crímen el principal personage.

«Cada asunto ofrece variedades sin número, continuó Teodecto, despues de ha-

berle interrumpido muchas veces acerca de lo que acababa de decir: variedad en las fábulas que son simples, implexas ó intrincadas; variedad en los incidentes que incitan el terror ó la compasion; variedad en los reconocimientos que son uno de los principales recursos de lo patético, particularmente cuando hacen una revolucion repentina en el estado de las personas. Los hay de muchas especies, unos sin arte que comunmente han llegado á ser el recurso de los poetas medianos, y están fundados en signos accidentales ó naturales; por ejemplo, brazaletes, collares, cicatrices ó señales impresas en el cuerpo: otros descubren invencion, y los mas bellos nacen de la accion.

«Variedad en los carácteres. El de los personages que por lo comun se presentan en la escena, es decidido entre nosotros, pero no lo es sino en su generalidad. Aquíles es impetuoso y violento, Ulises prudente y disimulado, Medéa implacable y cruel. Pero todas estas cualidades se pueden graduar de tal manera, que de un solo carácter resulten muchos que solamente sean parecidos en lo principal: tales son el de Electra y el de Filoctetes en Esquilo, Sófocles y Eurípides. Es permitido exagerar los

defectos de Aquiles, pero es mejor debilitarlos con el esplendor de sus virtudes, como ha hecho Homero. Siguiendo este modelo, Agaton dió un Aquiles que no se habia visto aun en el teatro.

«Variedad en las catástrofes. Las unas acaban en la felicidad, y las otras en la desventura: las hay en que por una doble mudanza, los buenos y los malos esperimentan un cambio de fortuna. El primer modo conviene unicamente á la comedia.

«¿Y que decis, preguntó Zópiro, de las apariciones de los dioses? ¡O cuan favorables al espectáculo! —¡Cuan cómodas al poeta! añadió Nicéforo. —No las tolero, respondió Teodecto, sino cuando es necesario sacar de lo pasado á lo venidero las luces que no se pueden adquirir por otras vias: no mediando este motivo, el prodigio honra mas al maquinista, que al autor.

«Conformémonos con las leyes de la razon y las reglas de la verosimilitud, y sea vuestra fábula constituida de modo, que se presente, se enrede y desenlace por si misma; que no venga un agente celestial á instruirnos en un frio prólogo, de lo que ha sucedido antes y de lo que debe suceder despues; que la intriga ó enredo forme obstáculos que han precedido á la accion,

y por los que la accion produzca, se enrede mas y mas, desde las primeras escenas hasta el momento en que empieze la catástrofe; que los episodios no sean largos ni muchos; que los incidentes nazcan rapidamente unos de otros y traigan acontecimientos imprevistos; en una palabra, que las diferentes partes de la accion se hallen entre sí tan travadas, que quitando ó mudando una siquiera, el todo se destruya ó mude. No imiteis á aquellos autores que ignoran el arte de acabar ingeniosamente una intriga felizmente bien urdida, y que despues de haberse metido imprudentemente en medio de los escollos, no imaginan otro recurso para salir de ellos, que implorar el ausilio del cielo.

«Acabo de indicaros los diversos modos de tratar la fábula, á lo cual podeis juntar las diferencias sin número que os ofrecerán las ideas y sobre todo la música. Así pues no podreis quejaros ya de la esterilidad de nuestros asuntos, y no olvideis que lo mismo es presentarlos bajo una nueva forma que inventarlos.»

En la tercera sesion se trató de las costumbres, de las ideas, de los sentimientos y del estilo que convienen á la tragedia.

«En las obras de imitacion, dijo Teo-

decto, y sobre todo en la epopeya y en el drama, lo que se llama costumbres, es la exacta conformidad de las acciones, de los sentimientos, de las ideas y los discursos del personage con su carácter. Es necesario pues, que desde las primeras escenas, se conozca por lo que se hace y lo que se dice, cuales son sus inclinaciones actuales y cuales tambien sus proyectos ulteriores.

«Las costumbres caracterizan al que obra, y por lo mismo deben ser buenas. Lejos de recargar los defectos, debeis disminuirlos.

«La poesia, asi como la pintura, favorece al retrato sin faltar á la semejanza. No mancheis el carácter de un personage, aunque sea subalterno, sino cuando os veais en la precision de hacerlo.

«Es menester tambien que las costumbres sean convenientes, parecidas é iguales, propias de la edad y de la dignidad del personage, que no se opongan á la idea que nos dan de un héroe las tradicciones antiguas, y que no se contradigan en el discurso de la pieza.

«Si quereis darle realce y brillo, haced que tengan un contraste entre sí. Notad como en Eurípides se hace interesante el carácter de Polinice por el de Etéocles su

hermano, y en Sófocles el carácter de Electra por el de Crisotemis su hermana.

«Nosotros debemos, como los oradores, escitar en nuestros jueces la compasion del terror, y la indignacion; probar como ellos una verdad, refutar una objeccion y aumentar ó disminuir un objeto. En los tratados de la retórica encontrareis los preceptos, asi como los ejemplos en las tragedias que son el ornamento del teatro. Aqui es donde brillan la belleza de los pensamientos y la elevacion de los sentimientos; aqui donde triunfan el lenguage de la verdad y la elocuencia de los desgraciados. Ved á Mérope, Hécuba, Electra, Antígona, Ayax, Filoctetes, rodeados ya de los horrores de la muerte, ya de los de la vergüenza y la desesperacion; escuchad aquellos acentos de dolor, aquellas esclamaciones que despedazan el corazon, aquellas espresiones apasionadas, que desde el uno al otro estremo del teatro, hacen resonar los gritos de la naturaleza en todos los corazones, y fuerzan á los ojos á llenarse de lágrimas. ¿De donde vienen pues estos efectos admirables? Proceden, de que nuestros autores poseen en sumo grado el arte de poner sus personages en situaciones las mas tiernas, entregándose enteramente al

sentimiento único y profundo que exigen las circunstancias.

«No dejeis de estudiar continuamente nuestros grandes modelos : penetraos de sus bellezas , pero aprended sobre todo á juzgarlas , sin que una servil admiracion os empeñe á respetar sus errores. Las sentencias claras , precisas y naturales , son muy del gusto de los atenienses , pero es menester escogerlas con tino , porque miran con horror las máximas subversivas de la moral.

«Aunque el estilo de la tragedia no sea ya tan pomposo, como lo era en otro tiempo , es necesario no obstante que sea adecuado á la dignidad de los pensamientos. Emplead las gracias de la elocucion para encubrir las inverosimilitudes que os vereis en la precision de admitir ; pero si teneis ideas que esplicar ó carácteres que juntar, guardaos de oscurecerlos con vanos adornos. Evitad las espresiones bajas , y no olvideis , que á cada especie de drama le convine un tono particular y unos colores distintos.»

Cuanto Teodecto acababa de decirme sobre el estilo conveniente á la tragedia, dió motivo á varias observaciones de Nicéforo , y mas todavia acerca de las espresio-

nes familiares, y algunas veces de un cómico bajo usadas por grandes poetas, tales como Esquilo, Sófocles y Eurípides. Polo confesó, que mas de una vez habia creido representar la comedia bajo la máscara de la tragedia.

«Hablais, dijo Teodecto, de los retruécanos, los chistes insulsos y las imágenes indecentes, que se encuentran en algunas piezas de estos autores. Estos mismos defectos divierten la multitud, y es una servidumbre, de que no han podido librarse nuestros mejores autores, aunque se lamentaban de ella; por tanto es facil escusar á los otros. Acercándose á los siglos heróicos, se han visto obligados á pintar costumbres diferentes de las nuestras, y queriendo acercarse á la naturaleza, debian pasar de lo sencillo á lo familiar, cuyos límites no están bastante demarcados. Nosotros con menos ingenio, corremos aun mayores riesgos, porque el arte se ha hecho mas dificil. Por una parte el público saciado de las bellezas que por tanto tiempo le presentan á la vista, exige locamente que un autor reuna los talentos de todos cuantos le han precedido; de otra los autores se quejan á cada instante, de que sus papeles no tienen bastante lucimiento, y

de este modo nos vemos en la precision, ya de ampliar ó violentar el argumento, ya de destruir su trabazon, y aun muchas veces su negligencia ó poca habilidad bastan para desacreditar una pieza. Polo me perdonará esta censura, pues aventurarla en su presencia es elogiarle.»

En la cuarta conferencia se ventilaron algunos puntos que hasta entonces se habian reservado. Acaloróse la conversacion, particularmente cuando se trató de la antigua comedia, y se dividieron las opiniones acerca de Aristófanes. Manifestándose Nicéforo el admirador de este poeta, no puede prescindir de esclamar. «¡Oh qué reformador es ese Aristófanes, siendo el que tenia mas ingenio y talentos, el que conoció mejor las gracias, y que mas se entregó á una feroz alegria!»

Dicen que solo componia sus obras cuando estaba embriagado, pero mas bien se diria, que era cuando estaba poseido del odio y de la venganza. Cuando sus enemigos estan exentos de infamia, los ataca en la cuna, echándoles en cara su pobreza y sus defectos personales. ¡O cuantas veces motejó á Eurípides, porque era hijo de una verdulera! Habia nacido para complacer á los hombres de bien, y la mayor par-

te de sus piezas dramáticas, parece que estaban dedicadas á gentes perversas y viciosas. Los hombres mas sabios é ilustrados de la nacion, estaban tan distantes de mirar la comedia antigua, como la escuela de las costumbres, que Sócrates no asistia á la representacion de las piezas, y la ley prohibia á los areopagitas el componerlas.

Al llegar aquí, dijo Teodecto. «¡Terminóse la causa!» y levantóse inmediatamente, pero habiéndole detenido, continuó la conferencia. «Yo conozco, dijo Zópiro á Nicéforo con tono muy animado, conozco á vuestros célebres escritores. Acabo de repasar todas las piezas de Aristófanes, menos las de las aves, cuyo asunto me irritó desde las primeras escenas; y sostengo que no merece la reputacion que tiene. Desentendiéndome de aquella sal acre y picante, y de aquellas negras vilezas con que ha llenado sus escritos. ¡Oh cuantos pensamientos absurdos, cuantos juegos de palabras insípidas, y cuanta desigualdad de estilo!

«Y yo añado, dijo Teodecto, interrumpiéndole, ¡que elegancia, que pureza en la diccion, que finura en los chistes, que variedad y espresion en el diálogo, y que poesia en los coros! Soy jóven, y es me-

nester que no os manifesteis descontentadizo á fin de parecer ilustrado: tened presente que el fijar la atencion en los estravios del ingenio, suele ser indicio de un corazon viciado ó de pocos conocimientos. De que un grande hombre no lo admire todo, no se debe inferir que sea un grande hombre el que nada admira. Estos autores, cuyas fuerzas calculais antes de haber dado pruebas de las vuestras, están plagados de faltas y de bellezas; pero estas irregularidades son propias de la naturaleza, que á pesar de las imperfecciones que en ella descubre nuestra ignorancia, no parece menos grande á los hombres reflexivos.

«Aristófanes conoció aquella especie de chiste, que entonces era del gusto de los atenienses, y que debe serlo en todos los siglos. Sus escritos encierran de tal modo la semilla de la buena comedia, y los modelos del verdadero cómico, que solo se podrá aventajarle, penetrándose de sus bellezas.»

CAPÍTULO LXX.

Estracto de un viage á las costas de Asia y algunas de las islas inmediatas.

Tenia Filotas en la isla de Samos varias posesiones que exigian su presencia, y yo mismo le propuse, que fuese allá antes de lo que habia determinado: que pasásemos á Chio, luego al continente, y que recorriésemos las principales colonias griegas establecidas en Eólida, en Jónia y en Dórida: que fuésemos en seguida á las islas de Rodas y de Creta, y por último, que á nuestro regreso pasásemos por las que estan situadas ácia las costas del Asia, desde donde iriamos á Samos.

Me ceñiré á estractar de mi diario los artículos que me han parecido convenientes al plan general de esta obra.

Apolodoro nos confió su hijo Lisis, que habiendo acabado sus estudios y ejercicios, empezaba á entrar en el mundo, y muchos amigos nuestros quisieron tambien acompañarnos.

La isla de Chio, adonde llegamos, es una de las mayores y mas célebres del mar Egéo. En ella se forman valles deliciosos,

muchas cordilleras de montes coronados de frondosos árboles, y las colinas estan en diversos parages, plantadas de viñas que dan escelente vino.

Un dia que estabamos comiendo en casa de uno de los principales habitantes de la isla, se suscitó la famosa cuestion de la patria de Homero, cuyo nombre célebre pretenden apropiarse muchos pueblos. Despreciáronse las pretensiones de las otras ciudades, y se defendieron con calor las de Chio; entre otras pruebas, nos dieron la de que subsistian todavia en la isla los descendientes de Homero bajo el nombre de homérides. En el mismo instante vimos presentarse dos de ellos ricamente vestidos, y ceñida la frente con una corona de oro. No hicieron elogio alguno del poeta, pues tenian otro incienso mas que ofrecerle. Despues de invocar á Júpiter, cantaron alternativamente muchos fragmentos de la Iliada, y manifestaron tanta inteligencia en la ejecucion, que descubrimos nuevas bellezas en los rasgos que mas nos habian interesado.

De Chio pasamos á Cuma en Eólida, y de alli fuimos á ver aquellas ciudades florecientes que imitan el imperio de los persas á la parte del mar Egéo. Lo que

voy á decir, exige algunas nociones preliminares.

Desde los tiempos mas remotos, se hallaron los griegos divididos en tres grandes poblaciones: los dorios, los eólios y los jónios, y se distinguen por el carácter mas ó menos parecidos. La lengua griega nos presenta tres dialectos principales, el dório, el eólio y el jónio, los cuales admiten subdivisiones sin número. El primero que se habla en Lacedemónia, en Argólida, en Rodas, en Creta, en Sicilia etc., forma en estas y en otras partes, idiomas particulares. Lo mismo sucede con el jónio, pero el eólio suele confundirse con el dório.

Cerca de dos siglos despues de la guerra de Troya, se estableció en las costas del Asia una colonia de jónios, á consecuencia de haber arrojado de allí á los antiguos habitantes. Poco tiempo antes los eólios se apoderaron del pais que está al norte de la jónia, y el que está al medio dia cayó en seguida en las manos de los dórios. Estas tres provincias forman en la costa del mar una especie de cinta, que en línea recta puede tener mil setecientos estadios de longitud (mas de cincuenta y seis leguas,) y cerca de cuatrocientos sesenta en su mayor anchura, comprenden en este cálculo las

islas de Rodas, Cos, Samos, Chio y Lesbos, aunque hacen parte de las tres colonias.

El pais que ocuparon en el continente, es famoso por su hermosura y su riqueza, y aunque el suelo de la jónia no es tan fértil como el de la Eólida, se goza en él de un cielo mas sereno y de una temperatura mas benigna.

Los eólios poseen en el continente once ciudades, cuyos habitantes se reunen en ciertas ocasiones en la ciudad de Cuma. La confederacion de los jónios se ha formado entre doce ciudades principales, cuyos diputados se reunen todos los años, junto á un templo de Neptuno situado en un bosque sagrado encima del monte Micale á corta distancia de Efeso. Los estados de los dórios se juntan en el promontorio Triopio, y las ciudades de Gnido, la isla de Cos y tres ciudades de Rodas, son las únicas que tienen derecho de enviar allí diputados.

Recorrimos las tres provincias ocupadas por estos pueblos. La ciudad de Cuma es una de las mayores y mas antiguas de la Eólida. Nos habian pintado sus habitantes como hombres casi estúpidos, pero en breve vimos que no debian esta reputacion sino á sus virtudes. Pasamos algunos dias en

la Fócea, cuyas murallas son de grandes piedras perfectamente unidas, y entramos en aquellas vastas y ricas campiñas que el Hermo fertiliza con sus aguas, estendiéndose desde las costas del mar, hasta mas allá de Sardes. El camino que seguíamos, estaba casi todo cubierto de frondosos árboles, y nos llevó por la sombra, á la embocadura del Hermo, desde donde tendimos la vista por aquella soberbia rada formada por una península, donde están las ciudades de Eritréa y de Téos. En el fondo de la bahia se encuentran algunas aldeas, restos infelices de la antigua ciudad de Esmirna destruida en otro tiempo por los lidios, pero aun conservan el mismo nombre.

En seguida dirigimos nuestro camino ácia el medio dia. Ademas de las ciudades que hay tierra adentro, vimos en la costa y en las inmediaciones, á Lebedos, Colofon, Efeso, Prieno, Mio, Mileto, Jaso, Mindo, Halicarnaso y Gnido.

Los habitantes de Efeso nos enseñaron con sentimiento las ruinas del templo de Diana, tan célebre por su antiguedad como por su grandeza; catorce años antes habia sido quemado, no por el fuego del cielo ni el furor del enemigo, y sí por el capricho de un particular llamado Erostra-

to, quien en medio de los tormentos, confesó que no habia tenido otro fin que el de eternizar su nombre. La dieta general de los pueblos de Jónia espidió un decreto condenando al olvido el nombre fatal de Erostrato, pero la misma prohibicion debe perpetuar su memoria, y el historiador Teopompo me dijo un dia, que al contar el hecho nombraria al reo.

No quedan de este soberbio edificio mas que las cuatro paredes, y unas columnas que se levantan en medio de los escombros.

La llama consumió el techo y los adornos que decoraban la nave; han empezado á restablecerle, para lo cual han contribuido todos los ciudadanos, haciendo sacrificio de sus joyas las mugeres.

Las partes deterioradas por la llama se restablecerán, y las consumidas se volverán á hacer con mas magnificencia ó á lo menos con mas gusto. La belleza interior estaba realzada por el brillo del oro y las obras de algunos artistas célebres, y lo será mucho mas con los tributos de la pintura y la escultura perfeccionadas en estos últimos tiempos. No se hará variacion en la figura de la estátua tomada antiguamente de los Egipcios, y que se encuentra en

los templos de muchas ciudades griegas. La cabeza de esta diosa está coronada de una torre, sostienen sus manos dos triángulos de hierro, y el cuerpo remata en una pilastra, en la cual se vén esculpidas varias figuras de animales y de otros símbolos.

Vednos ya en Mileto, admirando sus muros y sus templos, sus fiestas, sus fábricas y sus puertos; esta reunion confusa de naves, de marineros y trabajadores agitados por un movimiento rápido. Esta ciudad es la mansion de la opulencia, de las luces y los placeres: es la Atenas de Jónia. Los monumentos de las artes adornan lo interior de la ciudad, y brillan en las cercanias las riquezas de la naturaleza. ¡Oh cuantas veces hemos dirigido la vista ácia el Meandro, que despues de haber recibido muchos rios, y bañado los muros de muchas ciudades, se dilata dando revueltas por aquella llanura que se honra con su nombre, y se adorna orgullosa con sus beneficios! ¡Oh cuantas vecos sentados sobre el césped que guarnece sus floridas riberas, rodeados por todas partes de cuadros encantadores, no pudiendo saciarnos ni de aquel aire, ni de aquella luz, cuya suavidad iguala á su pureza, sentiamos in-

troducirse en nuestras almas una languidez prodigiosa, y echarlas, digámoslo así, en la embriaguez de la dicha.

Cerca de Mileto nos llevaron á la fuente de Biblis, donde esta princesa infortunada espiró de amor y pena, y allí nos enseñaron el monte Latmo, donde Diana acariciaba al jóven Endimion. Los amantes desgraciados van á Samos á dirigir sus votos á los manes de Leoncio y de Radina.

Se ofrece el espectáculo mas interesante al viagero atento que sube ácia el norte desde el puerto de Halicarnaso en Dórida, para ir á la península de Eritréa.

En este camino que tiene en línea recta mas de novecientos estadios (29 leguas y tres cuartos,) se presentan á la vista muchas ciudades esparcidas por las costas del continente y de las islas inmediatas. Jamas ha producido la naturaleza en tan corto espacio, tan gran número de talentos distinguidos y de ingenios sublimes. Herodoto nació en Halicarnaso, Hipócrates en Cos, Tales en Mileto, Pitágoras en Samos, Farrasio en Efeso, Jenofanes en Colofon, Anacreonte en Teos, Anaxágoras en Clazomenes y Homero en todas partes.

Desde Jónia, propiamente tal, pasamos á la Dórida. Gnido situada cerca del pro-

montorio Triopio, dió á luz al historiador Tesias, y al astrónomo Eudosio que ha vivido en nuestros dias. Al pasar nos enseñaron la casa en que este último hacia sus observaciones, y un momento despues, nos vimos en presencia de la célebre Venus de Praxiteles; la cual está colocada en medio de un templete, que recibe la luz por dos puertas opuestas, á fin de que esté alumbrado suavemente por todas partes. ¿Pero como pudiera yo pintar mi sorpresa al primer golpe de vista y las ilusiones consecuentes? Dábamos nuestros sentimientos al mármol, y le oíamos suspirar. Dos discípulos de Praxiteles recien venidos de Atenas para estudiar esta obra maestra, nos hacian notar sus bellezas, cuyos efectos esperimentábamos sin penetrar la causa.

Los gnidios se vanaglorian de poseer un tesoro que favorece á un mismo tiempo á los intereses de su comercio y los de su gloria. Entre los pueblos supersticiosos y apasionados á las artes, basta un oráculo ó un monumento célebre para atraer á los estrangeros; asi es que se les vé amenudo pasar los mares, y venir á Gnido á contemplar la obra mas hermosa que ha salido de las manos de Praxiteles.

Al salir del templo recorrimos el bosque

sagrado, donde todos los objetos son relativos al culto de Venus. Alli parece que reviven y que gozan de una eterna juventud, la madre de Adonis bajo la figura del mirto, la sensible Dafne bajo la del laurel, el hermoso Cipariso bajo la del cipres. Por todas partes se vé la flexible yedra agarrada á las ramas de los árboles, y en algunas la fecunda parra encuentra en ellos un apoyo favorable. Debajo de los emparrados protegidos por la sombra de soberbios plátanos, vimos muchos grupos de gnidios, que despues de un sacrificio, hacian una comida campestre, cantando sus amores, y echando amenudo en sus copas el vino delicioso que produce aquella venturosa comarca.

De Gnido fuimos á Milasa una de las principales ciudades de la Caria, de la cual es parte Dórida. Posee un rico territorio y muchos templos, algunos antiquísimos, y todos de un hermoso mármol sacado de una cantera inmediata.

CAPÍTULO LXXI.

Las islas de Rodas, de Creta y de Cos.— Hipócrates.

Nos embarcamos en Cauno y fuimos á la isla de Rodas llamada antiguamente Ofiusa, que quiere decir la isla de las serpientes. En tiempo de Homero estaba dividida esta isla entre las ciudades de Jaliros, Camiros y Lindos, que aun subsisten, aunque despojadas de su antiguo esplendor. Casi en nuestros dias, habiendo resuelto la mayor parte de sus habitantes establecerse en un mismo parage para reunir sus fuerzas, echaron los cimientos de la ciudad de Rodas, segun los planes de un arquitecto ateniense, y trasladaron alli las estátuas que adornaban sus primeras moradas, algunas de las cuales eran verdaderos colosos. (1)

Construyeron la nueva ciudad en forma de anfiteatro sobre un terreno que baja hasta la orilla del mar. Sus fuertes, sus arsenales, sus murallas que son muy altas,

(1) No hago aqui mencion de aquel famoso coloso que tenia segun Plinio, setenta codos de altura, pues no se construyó hasta cerca de 64 años despues de la época del viage de Anacarsis á Rodas.

sus casas hechas de piedra y ladrillo, sus templos, sus calles, sus teatros, todo ostenta alli la grandeza y la hermosura, todo dá indicios del gusto de una nacion que ama las artes, y cuya opulencia las posee en estado de ejecutar grandes cosas.

Antes de la época de las olimpíadas, se aplicaron los rodios á la marina. Su isla sirve de asilo y descanso á las naves que van de Egipto á Grecia y viceversa, á causa de su escelente posicion. Sucesivamente se establecieron en la mayor parte de los lugares, donde les atraía el comercio, porque sus leyes concernientes á la marina, jamás dejarán de mantener su isla en un estado floreciente, y podrán servir de modelos á todas las naciones comerciantes, y asi es que se presentan con seguridad en todos los mares y costas. No hay cosa alguna comparable con la velocidad de sus naves, la disciplina que en ella se observa, y la habilidad de sus capitanes y pilotos. Esta parte de la administracion está confiada al celo y vigilancia de una magistratura severa, que castigaria de muerte á cualquiera que se atreviese á penetrar en ciertos parages de los arsenales.

Las leyes de los rodios inspiran á estos un amor ardiente á la libertad, y sus so-

berbios monumentos imprimen en sus almas ideas y sentimientos de grandeza. Conservan la esperanza en los mas grandes reveses, y la antigua sencillez de sus padres en el seno de la opulencia. Sus costumbres han recibido algunas veces fuertes invasiones, pero estan adheridos de tal modo á ciertas formas de órden, que semejantes ataques solo tienen entre ellos una influencia pasagera. Se presentan en público vestidos con modestia y con grave continente; jamás se les vé correr por las calles, ni agolparse unos con otros; asisten á los espectáculos silenciosamente, y en aquellos banquetes en que reina la confianza de la amistad y de la alegria, se respetan á sí mismos.

Entre los literatos que ha producido la isla de Rodas, citaremos á Cleóbulo, uno de los siete sabios de Grecia, Timocreon y Anaxandrides, uno y otro célebres por sus comedias. Timocreon era á un mismo tiempo atleta y poeta, muy voraz y muy satírico. En sus composiciones dramáticas y en sus canciones, se encarnizaba sin piedad contra Temístocles y Simónides, quien le hizo el epitafio cuando murió, concebido en estos términos. «He pasado mi vida en comer y beber, y hablar mal de todo el mundo.»

Llamado Anaxandrides á la corte del rey de Macedónia, aumentó con una de sus comedias el esplendor de las fiestas que allí se celebraban. Su vanidad le daba un genio insufrible. Habia compuesto sesenta y cinco comedias, y ganó el premio diez veces; pero mas humillado de sus caidas, que altanero de sus victorias, en vez de corregir las piezas que no habian tenido aceptacion, las enviaba á los especieros.

La isla de Rodas es mucho menos que la de Creta; (1) nuestra travesia de una á otra fué muy feliz, y desembarcamos en el puerto de Gnoso, distante veinte y cinco estadios (cerca de tres cuartos de legua) de la ciudad del mismo nombre.

Gnoso era capital de la isla en tiempo de Minos. Los habitantes quisieran conservarla la misma prerogativa, y fundan su pretension en un título el mas respetable para ellos, cual es el sepulcro de Júpiter, que es aquella famosa caverna, donde dicen que fué sepultado, y está abierta al pie del monte Ida, á corta distancia de la ciudad. Nos instaron para que fuésemos á verla, y el gnosio, en cuya casa estábamos alojados, se empeñó en acompañarnos.

(1) Hoy Candia.

El camino por donde se va á la caverna de Júpiter es muy ameno : á la entrada de esta caverna , que puede tener unos doscientos pies de longitud y veinte de anchura , hay colgadas muchas ofrendas , y en lo interior vimos una silla que se llama el trono de Júpiter, y en las paredes esta inscripcion en carácteres antiguos : *Aqui está el sepulcro de Zan.*

Como se estaba en la creencia de que el dios se manifestaba en el subterráneo sagrado á los que iban á consultarle , hubo hombres de talento que se aprovecharon de este error para ilustrar ó seducir á los pueblos ; y en efecto , se pretende que Minos , Epiménides y Pitágoras , queriendo dar á sus leyes ó á sus dogmas una sancion divina , bajaron á la caverna y estuvieron encerrados en ella mas ó menos tiempo.

De allí fuimos á la ciudad de Gortina, una de las principales del pais , la cual está situada á la entrada de un valle fertilísimo. Nos llevaron á la cumbre de una colina por un camino muy áspero , hasta la boca de una caverna, cuyo esterior presenta á cada paso rodeos sin número. Nuestros guias que sabian todos los escondrijos y revueltas de este obscuro retiro , iban prevenidos con una tea. Seguimos por una

TECA UNIV

especie de callejon muy ancho, alto de siete á ocho pies en algunos parages, y en otros de dos ó tres solamente. Despues de haber andado ó trepado, por espacio de unos mil doscientos pasos, fuimos á parar á dos salas casi circulares, cada una de veinte y cuatro pies de diámetro, sin otra salida que aquella, por donde habíamos entrado, y ambas abiertas en la peña, del mismo modo que una parte del camino que acababamos de pasar.

Pretendian nuestros conductores, que esta caverna era precisamente aquel famoso laberinto, donde Teséo mató al minotauro que Minos encerró en él, y aun añadian, que el laberinto solo sirvió de cárcel al principio.

En medio de la isla se eleva el monte Ida, á cuya cumbre llegamos atravesando bosques de encinas, de arces y de cedros, y caminando por la orilla de los precipicios. Esta enorme masa ocupa un espacio de seiscientos estadios de circunferencia, (noventa y cuatro leguas,) y ofrecia sucesivamente á nuestra vista soberbias selvas, valles y praderas deliciosas, animales silvestres y mansos, y copiosas fuentes que van á larga distancia de allí á fertilizar los campos.

La isla de Creta era muy poblada en tiempo de Homero, pues se contaban en ella noventa ó cien ciudades. Se pretende que las mas antiguas fueron construidas en las faldas de los montes, y que los habitantes bajaron á las llanuras cuando los inviernos se hicieron mas largos y rigurosos. El pais es por todas partes montuoso y desigual, por cuya causa se usa allí mas bien la carrera de á pie, que la de á caballo, y es tanto el ejercicio que hacen del arco y la honda los cretenses desde la infancia, que han llegado á ser los mejores arqueros y los honderos mas diestros de la Grecia.

Nos hablaron de muchos cretenses que han sobresalido en la poesia y en las artes. Epiménides que se jactaba de haber aplacado la ira celeste por medio de ciertas ceremonias religiosas, se hizo así mas célebre que Milon, el cual fué puesto unicamente entre el número de los sabios.

En muchos parages de la Grecia se conservan con respeto, ciertos monumentos que dicen ser de la mas remota antiguedad; tales son en Queronéa el cetro de Agamenon; en otra parte la clava de Hércules y la lanza de Aquiles; pero yo estaba mas ansioso de descubrir los restos de su

antigua sabiduria en las máximas y los usos de un pueblo que tuvo por legisladores á Radamanto y Minos, y de quienes Licurgo habia tomado algunas de sus leyes. Los cretenses no mezclan jamas en sus juramentos los nombres de los Dioses. Para preservarlos de los riesgos de la elocuencia, se habia prohibido la entrada en la isla á los profesores de la oratoria; y aunque en el dia son mas indulgentes acerca de esto, hablan todavia con la misma precision que los espartanos, y cuidan mas de los pensamientos que de las palabras.

Yo fuí testigo ocular de una querella entre dos gnosios, y el uno dijo al otro en un acceso de su ira: «¡Ojalá vivas en mala compañia!» y se fué al momento.

Estaban para hacerse á la vela del puerto de Gnoso para el de Samos, un barco mercante y una galera de tres órdenes de remos, y nosotros preferimos el primero, porque debia tocar en las islas, donde debíamos desembarcar. Formamos una compañia de viageros que no podíamos cansarnos de estar juntos. Unas veces lamiendo la costa, nos admirábamos de la semejanza ó de la variedad de los aspectos, y otras menos distraidos por los objetos esteriores, tratábamos con calor varias cuestiones que

verdaderamente nos interesaban muy poco. En ocasiones ocupamos nuestros ratos ociosos en asuntos de filosofía, de literatura y de historia. Un recio viento nos echó al puerto de Cos, saltamos en tierra, y se puso la nave en seco.

Esta isla es pequeña, pero muy amena. Habiendo destruido un temblor de tierra una parte de la ciudad antigua, y viéndose en seguida los habitantes despedazados por las disensiones civiles, la mayor parte de ellos fueron algunos años hace, á establecerse al pie de un promontorio á cuarenta estadios (mas de legua y cuarto) del continente del Asia. No hay cosa mas bella que las perspectivas que ofrece esta posicion, ni nada mas magnífico, que el puerto, las murallas y lo interior de la nueva ciudad. El célebre templo de Esculapio situado en el arrabal, está cubierto de ofrendas, tributo del reconocimiento de los enfermos, y de inscripciones que indican tanto los males de que estaban afligidos, como los remedios con que se curaron.

Aun llamaba nuestra atencion otro objeto mas noble. En esta misma isla nació Hipócrates en el año primero de la Olimpiada ochenta, (año 460 antes de J. C.,) era de la familia de los Asclepíades, que

desde muchos siglos conserva la doctrina de Esculapio, al cual atribuye su origen, y ha formado tres escuelas, establecidas la una en Rodas, la segunda en Gnido y la tercera en Cos. Hipócrates aprendió de su padre Heraclides los elementos de las ciencias, y convencido en breve de que para conocer la esencia de cada cuerpo en particular, era preciso conocer los principios constitutivos del universo, se aplicó de tal modo á la física general, que ocupa un lugar honorífico entre aquellos que mas se han distinguido en ella.

Enriquecido con los conocimientos de los filósofos y de los Asclepíades, concibió una de aquellas grandes é importantes ideas que sirven de época á la historia del ingenio, y fué ilustrar la esperiencia con el raciocinio, y rectificar la teoria con la práctica. Sin embargo, en esta teoria no admitió sino los principios relativos á los fenómenos que presenta el cuerpo humano, considerado en las relaciones de enfermedad y de salud.

Elevado el arte á la dignidad de la ciencia mediante este método, marchó con paso mas seguro por el camino que se acababa de abrir, é Hipócrates terminó pacificamente una revolucion que ha mudado

el semblante de la medicina. No me estenderé sobre los felices ensayos de sus nuevos remedios, ni sobre los prodigios que hicieron en todos los lugares honrados con su presencia, particularmente en Tesália, donde despues de una larga mansion, murió poco antes de mi llegada á la Grecia; pero sí diré, que ni el cebo de la ganancia ni el deseo de celebridad, jamas le condujeron á climas lejanos. Segun todo lo que de él me han contado, no he descubierto en su alma, sino un sentimiento que es el del amor al bien, y un solo hecho en el discurso de su larga vida, cual es el del alivio de los enfermos.

Ha dejado muchas obras; unas que se reducen á los diarios de las enfermedades que habia observado, y otras que contienen los resultados de su esperiencia y la de los siglos anteriores; otras en fin que tratan de los deberes del médico, y de muchas partes de la medicina y de la física. Todas deben meditarse atentamente, porque el autor se contenta muchas veces con sembrar las semillas de su doctrina, y su estilo es siempre conciso; pero dice muchas cosas en pocas palabras; jamas se aparta de su objeto, y mientras lo consigue, deja en la carrera huellas luminosas,

mas ó menos notables, segun se halla el lector mas ó menos instruido. Este era el método de los antiguos filósofos, mas deseosos de indicar ideas nuevas, que de ceñirse á las comunes.

Poco satisfecho de haber consagrado su vida al alivio de los enfermos, y consignado en sus escritos los principios de una ciencia, de que fué el creador, dejó para la instruccion del médico varias reglas, que deben meditarlas á menudo los que traten de seguir su profesion, y de las cuales voy á dar un extracto.

La vida es tan corta y nuestra ciencia exige un estudio tan largo y detenido, que es preciso empezar el aprendizage desde la infancia. Si quereis formar un discípulo, aseguraos lentamente de su vocacion. Si ha recibido de la naturaleza un discernimiento fino, un juicio sano, un carácter dulce y firme al mismo tiempo, aficion al trabajo é inclinacion á lo bueno, concebid fundadas esperanzas. Si padece cuando padecen los demas, y su alma compasiva se complace en enternecerse de los males de la humanidad, deducid de aqui, que tomará pasion á una ciencia que enseña á socorrer á la humanidad misma.

Cuando por un corto salario adopteis un

discípulo, debe haber jurado antes una pureza inalterable en sus costumbres, y el desempeño de sus obligaciones. Un médico no cumplirá jamás con sus deberes, sin las virtudes propias de su estado. ¿Y cuales son estas? Casi no esceptúo ninguna, porque lo honroso de su ministerio se funda en que exige casi todas las buenas prendas del corazon y del alma. En efecto, sino hubiese confianza en su discrecion y prudencia, ¿que padre de familia le llamará sin el temor de introducir en su casa un espía, un intrigante ó un corruptor de su muger y de sus hijas? ¿Como se ha de contar con su humanidad, si se acerca á los enfermos con una alegria irritante ó con un genio adusto, ceñudo, y unos modales groseros con imprudencia? ¿si ocupado siempre de engalanarse, siempre perfumado y magnificamente vestido, se le vé andar de casa en casa para recitar discursos en elogio de su ciencia? ¿Quien podrá contar con sus intenciones, si le domina un loco orgullo, ó aquella envidia baja que nunca fué el patrimonio del hombre superior; y si sacrificando en fin á su interes todas las consideraciones, se dedica solamente al servicio de los ricos?

¿Cual es el médico que honra su estado?

Aquel que ha merecido la estimacion pública por sus profundos conocimientos, una larga esperiencia, una exacta probidad y una conducta irreprensible; aquel, á cuyos ojos todos los desgraciados son iguales, como lo son todos los hombres á la vista de la divinidad; el que acude afanoso á su voz, sin escepcion de personas, que los habla con dulzura, les escucha con atencion, tolera sus impertinencias, y les inspira aquella confianza que basta algunas veces para darles la vida; aquel que penetrado de sus males, estudia con obstinacion la causa y los progresos, no se turba jamás por los accidentes imprevistos, mira como un deber el llamar en caso necesario algunos de sus compañeros para que le iluminen con sus consejos; aquel, en fin, que despues de haber luchado con todos sus esfuerzos contra la enfermedad, se tiene por dichoso y es modesto en el buen exito, y que puede felicitarse, á lo menos en los reveses, de haber suspendido los dolores y dado consuelos.

Tal es el médico filósofo que Hipócrates comparaba á un dios, sin echar de ver, que se pintaba á sí mismo. Algunas gentes que por la escelencia de su mérito, eran capaces de conocer la superioridad del su-

yo, me han asegurado que los médicos le mirarán siempre como el primero y mas hábil de sus legisladores, y que su doctrina adoptada por todas las naciones, obrará todavia millares de curaciones despues de millares de años. Si la prediccion se cumple, los mas vastos imperios no podrán disputar á la isleta de Cos la gloria de haber dado el hombre mas útil á la humanidad; y á los ojos de los sabios, los nombres de los mas grandes conquistadores se humillarán delante del de Hipócrates.

Despues de haber visto algunas islas inmediatas á Cos, salimos para Samos.

CAPÍTULO LXXII.

Descripcion de Samos.—Policrates.

Cuando se entra en la rada de Samos, se vé á la derecha el promontorio de Neptuno, en cuya cumbre hay un templo consagrado á este dios; y á la izquierda estan el templo de Juno, y muchos edificios hermosos esparcidos por entre los árboles que hacen sombra á las orillas del Imbraso, y enfrente de la ciudad situada en parte á lo largo de la ribera en la falda de un monte que se eleva por el lado del norte. Esta isla

tiene seiscientos nueve estadios (cerca de 20 leguas.)

La ciudad sobresale entre todas las que poseen los griegos y los bárbaros en el continente inmediato. Se apresuraron á enseñarnos las singularidades. La mas admirable de todas es el templo de Juno, construido, segun dicen, ácia el tiempo de la guerra de Troya, y reedificado en estos últimos siglos por el arquitecto Reco. Es de órden dórico, y aunque hay otros mas elegantes, no he visto ninguno tan vasto como este. Está situado á corta distancia del mar, á las márgenes del Imbraso, en el mismo sitio que la diosa honró con sus primeras miradas. Se cree en efecto, que nació bajo uno de aquellos arbustos llamados *agnus castus*, que son muy comunes en aquella ribera. Este edificio tan respetable, ha gozado siempre el derecho de asilo.

La estátua de Juno nos ofreció los primeros ensayos de la escultura. El sacerdote que nos acompañaba, nos dijo, que anteriormente un simple leño recibia en aquellos santos lugares el homenage de los saucios; que entonces representaban en todas partes á los dioses con troncos de árboles ó con piedras, ya cuadradas, ya de figura cónica; que estos monumentos toscos sub-

sisten todavia, y los veneran en muchos templos antiguos y modernos, servidos por ministros tan ignorantes, como los escitas bárbaros que adoran una cimitarra.

Preguntamos al sacerdote, que significaban dos pavos reales de bronce puestos al pie de la estátua, y nos respondió, que estas aves gustan mucho de la isla de Samos, que las han consagrado á Juno, que las representan en la moneda corriente, y que de esta isla han pasado á la Grecia. Tambien le preguntamos, para que servia un cajon en que estaba plantado un arbusto. «Es, nos respondió, el mismo *agnus castus*, que sirvió de cuna á la diosa; tiene todo su verdor, añadió, y no obstante es mas viejo que todos esos árboles sagrados que hace tantos siglos se conservan en diferentes templos.» Habiéndole preguntado ademas, que porque estaba la diosa con vestido de boda, nos dijo. «Porque se casó en Samos con Júpiter. La prueba de ello es clara, añadió, pues tenemos una fiesta en que celebramos el aniversario de su himeneo.»

Vimos despues aquella confusion de estátuas que rodean el templo, y entre ellas contemplamos tres colosales, obra del célebre Miron, puestas en una misma base,

y representando á Júpiter, Minerva y Hércules. Vimos tambien las de Apolo de Telecles y de Teodoro, dos artistas que habiendo adquirido los principios del arte en Egipto, aprendieron de sus maestros á asociarse para ejecutar una misma obra; el primero vivia en Samos y el segundo en Efeso. Despues de haberse convenido en las proporciones que debia tener la figura, el uno se encargó de la parte superior y el otro de la inferior, y reunidas despues, vinieron tan bien, que cualquiera las tendria por obra de una misma mano. Preciso es convenir, no obstante, en que Apolo es mas recomendable por la exactitud de las proporciones, que por las bellezas de los pormenores; pero entonces no habia hecho todavia grandes progresos la escultura.

La historia de los samios suministra rasgos interesantes para la de las letras, de las artes y del comercio. Entre los hombres célebres que ha dado esta isla, citaré á Creófilo que dicen mereció el reconocimiento de Homero, dándole acogida en su miseria, y el de la posteridad conservándonos sus escritos; y á Pitágoras, cuyo nombre bastaria para ilustrar el siglo mas hermoso y el mayor imperio. A continuacion de este; aunque en grado inferior,

pondremos á dos contemporáneos suyos, que son Reco y Teodoro, escultores hábiles en su tiempo, y que despues de haber perfeccionado, segun se dice, la regla, el nivel y otros instrumentos útiles, descubrieron el secreto de forjar las estátuas de hierro, y nuevos medios para fundir las de cobre.

La tierra de Samos, no solamente tiene propiedades de que hace uso la medicina, sino que se convierte tambien bajo la mano de muchos artífices, en vasos muy estimados en todas partes.

Samos nunca ha dejado de aumentar y ejercitar su marina. Asi es que salieron muchas veces de sus puertos, y durante algun tiempo, sostuvieron la libertad contra los esfuerzos de los persas y de las potencias de la Grecia, deseosas siempre de reunir á su dominio la marina de los samios; pero tambien se vió mas de una vez suscitarse disensiones civiles en su seno, y despues de largas contiendas, terminar con el establecimiento de la tirania, que es lo que sucedió en tiempo de Policrates.

Hacen uso para mantener el pueblo en la obediencia, ya de las fiestas y los espectáculos, ya de la violencia y la crueldad; distraerle del sentimiento de sus males,

conduciéndole á célebres conquistas, y del de sus fuerzas, sujetándole á trabajos penosos; apoderarse de las rentas del estado y algunas veces de las de los particulares; rodearse de satélites y de un cuerpo de tropas estrangeras; encerrarse en caso necesario en una fuerte ciudadela; saber engañar á los hombres y burlarse de los juramentos mas sagrados; tales fueron los principios que dirigieron á Polícrates despues de su elevacion, de modo que pudiera intitularse la historia de su reinado: *Arte de gobernar, para el uso de los tiranos.*

Atento siempre á consolidar su poder, no lo estuvo menos á proteger las letras. Reunió cerca de su persona á los que las cultivaban, y en su biblioteca las mejores producciones del entendimiento humano. Entonces se vió un contraste estraordinario entre la filosofía y la poesia. Mientras Pitágoras, incapaz de sufrir el aspecto de un déspota bárbaro, huia lejos de su patria oprimida; Anacreon traia á Samos las gracias y los placeres. Se grangeó facilmente la amistad de Polícrates, y celebróle con su lira, con el mismo ardor que si hubiese cantado el mas virtuoso de los príncipes. Polícrates feliz en todas sus empresas, parecia que nada le quedaba ya que desear.

Sus pueblos se acostumbraban al yugo, se creian felices por sus victorias contra los rebeldes, y las tropas de Lacedemónia y de Corinto: y dichosos por su fausto y los soberbios edificios que erigió á sus espensas, olvidaban la muerte que su príncipe dió á su hermano, el vicio de su usurpacion, sus crueldades y sus perjurios. El mismo no se acordaba ya de los sabios consejos de Amasis rey de Egipto, con quien le habian unido tiempo hacia los vínculos de hospitalidad. «Vuestras prosperidades me espantan, escribia en una ocasion á Polícrates. Deseo á las personas que estimo, una mezcla de bienes y de males; porque una divinidad celosa no sufre que un mortal goce de una felicidad inalterable. Tratad de buscaros algunos trabajos y rebeses para oponerlos á los favores obstinados de la fortuna.»

Polícrates sobresaltado por estas reflexiones, determinó consolidar su dicha, haciendo un sacrificio que le costase algunos momentos de pesar. Llevaba en el dedo una esmeralda engastada en oro, en la cual Teodoro, de quien ya he hablado, grabó no se que asunto, obra tanto mas preciosa, cuanto el arte de gravar en piedra se hallaba todavia en la infancia entre

los Griegos. Embarcóse pues en una galera, se alejó de la costa y echó al mar el anillo; pero de allí á pocos dias, se le entregó uno de sus oficiales que le habia encontrado en el vientre de un pez que compró. Al punto dió noticia de este suceso al rey Amasis, quien desde este momento corto, tuvo comunicacion con Polícrates.

Verificáronse al cabo los temores de aquel rey, pues mientras Polícrates meditaba la conquista de la Jónia y de las islas del mar Egéo, el sátrapa de una provincia inmediata á sus estados y sometida al rey de Persia, logró llevarle á su gobierno, y despues de haberle dado muerte entre horribles tormentos, mandó que atasen su cuerpo á una cruz levantada en el monte Micale en frente de Samos.

Despues de su muerte, esperimentaron los isleños toda clase de tirania; la de uno solo, la de los ricos, la del pueblo, la de los persas y de las potencias de la Grecia. Las guerras de Lacedemónia y de Atenas hicieron prevalecer entre ellos la oligarquia y la democrácia. Los atenienses haciéndose en fin dueños de la isla, la dividieron algunos años hace en dos mil porciones distribuidas por suerte entre otros tantos colo-

nos encargados de cultivarlas. Neocles era uno de ellos, y se estableció en la isla con Cherestrata su muger. Aunque era mediano su haber, nos obligaron á aceptar hospedage en su casa, y sus obsequios y los de aquellos habitantes prolongaron nuestra estancia en Samos.

Unas veces pasábamos el brazo de mar que separa la isla de la costa del Asia, y nos divertíamos en cazar por el monte Micole, y otras disfrutábamos del placer de la pesca al pie de este monte, ácia aquel parage, donde los griegos ganaron sobre la escuadra y el ejército de Jerjes, aquella famosa victoria que consolidó el reposo de la Grecia.

A la vuelta de un corto viage que hicimos para gozar de estas diversiones, encontramos á Neocles ocupado en los preparativos de una fiesta, y á Cherestrata recien parida. Acababa de poner nombre á su hijo, y le habia dado el de Epicuro. (1) En tales ocasiones, los griegos tienen costumbre de convidar á comer á sus amigos: el convite fué numeroso y muy lucido; yo estaba á la cabecera de la mesa, entre un

(1) Este es el célebre Epicuro que nació en el año tercero de la Olimpíada ciento nueve, (341 años antes de J. C.) En aquel año nació tambien el poeta Menandro.

ateniense muy hablador y un samio que no decia palabra.

Al principio fué muy estrepitosa la conversacion entre los convidados, y en nuestro lado, vaga y sin objeto, pero luego se hizo mas sostenida y seria. El samio tenia aspecto sereno y continente grave, y estaba vestido de una ropa tan blanca como aseada. Yo le ofrecí sucesivamente, vino, pescado, vaca y un plato de habas, pero nada admitió; no bebia mas que agua ni comia mas que yerbas. «Es un rígido pitagórico,» me dijo al oido el ateniense, y de repente levantando la voz: «hacemos mal en comer estos peces, dijo; porque al principio habitábamos como ellos en el seno de los mares. Sí, nuestros primeros padres han sido peces; y no se puede dudar esto, pues lo dijo el filósofo Anaximandro. El dogma de la metempsícosis me dá escrúpulos sobre el uso de las viandas; comiendo esa vaca me espongo á ser antropófago. En cuanto á las habas, es la sustancia que mas participa de la materia animada, cuyas partículas son nuestras almas. Tomad flores de esta planta cuando empiezan á negrear, ponedlas en un vaso, metedllo debajo de tierra, quitad la cubierta á los noventa dias, y hallareis al fondo

del vaso la cabeza de un niño. Pitágoras hizo este esperimento.»

Todos empezaron á dar carcajadas á costa de mi compañero de mesa, pero él guardaba silencio. «Mucho os apuran, le dije.— Bien lo conozco, respondió, pero no contestaré nada: mal haria en tener razon en este momento.... refutar seriamente lo ridículo es aun mayor ridiculez. Pero no corro ningun riesgo con vosotros. Neocles me ha enterado de los motivos que habeis tenido para emprender tan largos viages, sé que sois amantes de la verdad, y yo no tendré reparo en decírosla.» Acepté su ofrecimiento, y despues de comer, tuvimos la conversacion siguiente.

CAPÍTULO LXXIII.

Conferencia sobre la doctrina de Pitágoras.

Samio. Sin duda no creeis que Pitágoras haya dicho los absurdos que se le atribuyen.

Anacarsis. Estaba sorprendido, en efecto, de que ese hombre estraordinario que ha enriquecido á su nacion con las luces de otros pueblos, que ha hecho en geometria descubrimientos que solo son propios del

ingenio, y fundado en fin esta escuela que ha producido tan grandes hombres; estaba yo sorprendido, repito, de que hubiese enseñado dogmas incomprensibles y prescrito observancias impracticables.

Samio. Pitágoras nada ó casi nada ha escrito, pues las obras que se le atribuyen, todas ó casi todas son de sus discípulos. Estos son los que le han cargado sus reglas con nuevas prácticas. Ya habeis oido decir, y aun lo direis mas en adelante, que Pitágoras fundaba un mérito infinito en la abstinencia de las habas. Es cierto, no obstante, que hacia mucho uso de esta legumbre en sus comidas, segun lo que oí siendo jóven, á Jenofilo y á muchos ancianos casi contemporáneos suyos.

Anacarsis. ¿Porque, pues, os las ha prohibido despues?

Samio. Porque causan flatulencias y otros efectos nocivos á la salud.

Anacarsis. Luego, esta prohibicion no es un reglamento civil, sino un simple consejo. Sin embargo, yo he oido hablar de ella como de una ley concerniente á la religion.

Samio. Entre nosotros, asi como en todas las sociedades religiosas, las leyes civiles son leyes sagradas, y el carácter de

santidad que se les imprime, favorece su ejecucion.

Anacarsis. Segun eso, aquellas abluciones, aquellas privaciones, aquellos ayunos que los sacerdotes egipcios observan tan escrupulosamente, y que tanto se recomiendan en los misterios de la Grecia, no eran en su orígen mas que leyes de medicina y lecciones de sobriedad.

Samio. Asi lo pienso. Pitágoras se introdujo en la escuela de los sacerdotes de Egipto, y estudió la medicina, que se dirige á precaber los males, mas bien que á curarlos; la transmitió á sus discípulos, y fué considerado con justo motivo como uno de los médicos mas hábiles de la Grecia.

Anacarsis. Sin duda creeria que el uso del vino, de la carne y del pescado es dañoso al cuerpo humano, cuando os lo ha prohibido severamente.

Samio. Es un error. Solo condenaba el esceso del vino. A veces servian á sus discípulos una porcion de los animales ofrecidos en sacrificio, escepto el buey y el carnero: el mismo no tenia repugnancia en comer de ello, aunque comunmente se contentaba con un poco de miel y algunas legumbres. Prohibia ciertos peces por razones que no hay necesidad de referirlas:

por otra parte preferia el régimen vegetal á todos los demas, y la prohibicion absoluta de carnes se reducia unicamente con respecto á aquellos discípulos suyos que aspiraban á la mayor perfeccion.

Anacarsis. Pero ¿como puede conciliarse el permiso que concede á los otros, con su sistema sobre la transmigracion de las almas? Porque en fin, como ha dicho, antes este ateniense, os esponeis á comeros vuestro padre ó vuestra madre.

Samio. Os digo que Pitágoras y sus discipulos no creian en la metempsícosis.

Anacarsis. ¿Como es eso?

Samio. Timéo de Locres, uno de los mas antiguos y mas célebres de ellos, lo confesó ingenuamente.

Anacarsis. Y porque se tomaba Pitágoras ese interés tan vivo por la conservacion de los animales y particularmente de aquellos que son útiles al hombre, sino porque les suponia un alma semejante á la nuestra.

Samio. Este interes se fundaba en la justicia. Porque en verdad; ¿que derecho tenemos para atrevernos á quitar la vida á unos seres que han recibido como nosotros este dón del cielo? Los primeros hombres siendo mas dóciles á la voz de la naturaleza, unicamente ofrecian á los dioses

frutos, miel y tortas, de que ellos mismos se alimentaban, sin atreverse á derramar la sangre de los animales, y particularmente de aquellos que son útiles al hombre. Pitágoras conoció facilmente que no se podia desarraigar de repente el abuso autorizado ya por una larga serie de siglos; se abstuvo de los sacrificios sangrientos, y siguieron su ejemplo sus discípulos de primera clase. Los demas, obligados á conservar relaciones con los hombres, tuvieron la libertad de sacrificar un corto número de animales, y de probar su carne, mas bien que comerla.

Anacarsis. Ya veo que conozco mal vuestro instituto, y por lo mismo me atrevo á suplicaros que me deis una idea exacta de él.

Samio. Bien sabeis, que Pitágoras fijó su residencia en Italia cuando volvió de sus viages: por sus exortaciones, las naciones griegas en este fértil pais pusieron las armas á sus pies y sus intereses en sus manos; haciéndose arbitro de ellas, les enseñó á vivir en paz entre sí y con los demas; hombres y mugeres se sometieron con igual ardor á los mas duros sacrificios, y de todas las partes de Grecia, de Italia y de la Sicilia, se vió acudir un número infinito

de discípulos: dejóse ver en la corte de los opresores sin adularlos, y obligóles á bajar sin sentimiento de un trono mal adquirido: en fin, al aspecto de tantas mudanzas los pueblos esclamaron que se habia aparecido en la tierra un dios para librarla de los males que la afligen.

Anacarsis. Pero él ó sus discípulos, ¿no se han valido de la mentira, suponiendo prodigios, para conservar esa ilusion?

Samio. En nada veo que Pitágoras se haya arrogado el derecho de mandar á la naturaleza. No es los elogios exagerados que le dan, lo que asegura su gloria, ni las acusaciones odiosas lo que pueden mancillarla. El fundamento de su gran fama es aquel proyecto de una congregacion, que siempre subsistente y siempre depositaria de las ciencias y de las costumbres, fuese el órgano de la verdad y de la virtud, cuando los hombres se hallasen en estado de oir la una y practicar la otra.

Un gran número de discípulos abrazaron este instituto, y él los reunió en un edificio inmenso, donde vivian en comunidad, distribuidos en diferentes clases. Unos pasaban su vida contemplando las cosas celestes, los otros cultivaban las ciencias, y en particular la astronomia y la geometría:

otros en fin, llamados ecónomos ó políticos, estaban encargados de mantener la casa y los asuntos propios de ella.

No admitia Pitágoras novicios con facilidad, antes bien examinaba el carácter del pretendiente, sus costumbres, su conducta, su modo de andar, sus palabras y su silencio; la impresion que en él hacian los objetos, y el comportamiento que habia tenido con sus padres y sus amigos. Si era admitido, desde aquel momento depositaba todos sus bienes en manos de los ecónomos.

Varios hombres virtuosos, la mayor parte establecidos en parages lejanos, se filiaban en la órden, é interesándose en sus progresos, se penetraban de su espíritu y observaban la regla.

Los discípulos que vivian en comúnidad, se levantaban muy temprano. Al despertarse hacian dos exámenes; uno de lo que habian dicho ú hecho en la víspera y otro de lo que habian de hacer en aquel dia: el primero para ejercitar la memoria y el segundo para arreglar su conducta. Despues de ponerse una ropa blanca muy aseada, tomaban la lira, y entonaban cánticos sagrados hasta el momento, en que mostrándose el sol en el orizonte, se postraban an-

te él, é iba cada uno en particular á pasearse á unos bosquecillos amenos ó á gratas soledades. El aspecto y el silencio de aquellos hermosos lugares, les inspiraban la tranquilidad de alma, y la disponian á las sabias conferencias que les aguardaban á su vuelta.

Casi siempre las tenian en un templo, y versaban sobre las ciencias exactas ó la moral: esplicaban los elementos sabios profesores, y conducian á los discípulos á la mas alta teoría. Les proponian á menudo por objeto de meditacion un principio fecundo, una máxima luminosa. Pitágoras que lo veia todo de una mirada, como él lo esplicaba todo con una sola palabra, les dijo un dia. «¿Que es el universo? el órden. ¿Que es la amistad? la igualdad.» A los ejercicios del entendimiento sucedian los del cuerpo, tales como la carrera y la lucha, y estas contiendas pacíficas se tenian, ó en bosques ó en jardines.

En la comida se les servia pan y miel. Los que aspiraban á la perfeccion, no tomaban mas que pan y agua. Al salir de comer se reunian de dos en dos ó de tres en tres, volvian al paseo, y tratando entre ellos de las lecciones que les habian dado por la mañana de tales conferencias, alc-

jaban severamente las murmuraciones y las injurias, las bufonadas y toda palabra superflua.

Cuando volvian á la casa, entraban en el baño, y al salir de él, se distribuian en diferentes salas, donde habian puestas algunas mesas, cada una de diez cubiertos. Les servian pan y vino, legumbres crudas ó cocidas, á veces trozos de animales inmolados y rara vez pescado. La cena que debia acabarse antes de ponerse el sol, empezaba por la ofrenda del incienso y diversos perfumes que ofrecian á los dioses, á lo cual seguian nuevas libaciones, y una lectura que estaba obligado á hacer el mas jóven y tenia derecho de elegir el mas antiguo. Este último antes de despedirlos, les acordaba los preceptos mas importantes, diciéndoles: «no ceseis de honrar á los dioses, los genios y los héroes, de respetar á vuestros padres y bienhechores, y de volar al socorro de las leyes violadas.» Para inspirarles mas y mas espíritu de dulzura y equidad, «guardaos, añadia, de arrancar el árbol ó la planta que dá al hombre utilidad, y matar el animal que no le hace daño.»

Retirados á su estancia, se citaban ante su propio tribunal, y repasaban menuda-

mente sus faltas de comision ú omision: hecho este exámen, cuya constante práctica bastaria por sí sola para corregir nuestras faltas, tomaban otra vez sus liras y cantaban himnos en honor de los dioses. Su muerte era tranquila. Encerraban sus cuerpos, como se hace todavia, en unos ataúdes guarnecidos de hojas de mirto, olivo y álamo, y hacian sus funerales con ciertas ceremonias que nos está prohibido revelarlas.

Debian animarlos toda su vida dos sentimientos, ó mas bien diré un sentimiento único, cual es, la union íntima con los dioses, y la mas perfecta union con los hombres. Nadie ha conocido ni sentido la amistad tan bien como Pitágoras. Él fué el primero que dijo estas hermosas palabras, las mas hermosas y consoladoras de todas. *Mi amigo es otro yo.* En efecto, cuando yo estoy con mi amigo, no estoy solo, y no estamos dos.

Los hijos de esta gran familia esparcidos por muchos climas sin haberse visto jamas, se reconocian en ciertos signos, y desde el primer dia que se veian, se trataban como si hubiesen estado siempre juntos. Reuníanse todos sus intereses de tal modo, que muchos de ellos han pasado los mares, y ar-

riesgado sus bienes para recobrarlos de uno de sus hermanos que habia quedado pobre é indigente.

Voy á daros un ejemplo tierno de su mútua confianza. Uno de los nuestos que viajaba á pie, se estravió en un desierto, llegó rendido de cansancio á una posada, y cayó en ella enfermo. Iba á espirar, y estando en la imposibilidad de sufragar los gastos que habia causado, trazó con mano trémula en una tablita algunos signos simbólicos, y mandó que los pusiesen junto al camino. Mucho despues de su muerte, la casualidad llevó por allí á otro discípulo de Pitágoras, y habiendo visto y entendido aquellos carácteres enigmáticos que se ofrecieron á su vista, se entera del infortunio del viagero, se detiene, paga con interes los gastos del posadero, y continua su camino.

Anacarsis. ¿Y podia lisongearse Pitágoras, de que el edificio que erigia á las leyes y las virtudes, seria respetado siempre, y que no le destruiria el menor sacudimiento?

Samio. A lo menos era cosa admirable verle poner los cimientos de él, y los primeros pasos le dieron esperanzas de que podria levantarle hasta cierta altura. Os he hablado de la revolucion que causó en Ita-

lia en las costumbres desde un principio, y se hubiera difundido insensiblemente, si unos hombres poderosos, pero llenos de crímenes, no hubiesen tenido la loca ambicion de aspirar á los primeros empleos: fueron escluidos de ellos, y esta negativa ocasionó su ruina. La calumnia se levantó al punto que se vió sostenida: nosotros nos hicimos odiosos á la multitud, prohibiendo que se diesen las magistraturas por suerte á los ricos, y disponiendo que se concediesen al mérito; nuestras palabras fueron transformadas en máximas sediciosas, y nuestras juntas en consejos de conspiradores. Pitágoras desterrado de Crotona, no halló asilo en aquellos mismos pueblos que le debian su felicidad. Su muerte no estinguió la persecucion; muchos discípulos suyos reunidos en una casa, fueron entregados á las llamas, y murieron casi todos. Habiéndose salvado los demás, los habitantes de Crotona que reconocieron su inocencia, los volvieron á llamar algun tiempo despues; mas habiendo sobrevenido una guerra, se distinguieron en una batalla, y terminaron una vida inocente, con una muerte gloriosa.

Reducidos hoy dia á un corto número, separados los unos de los otros, no esci-

tando ni envidia ni compasion, practicamos en secreto los preceptos de nuestro fundador; por el poder que tienen todavia, podeis juzgar del que tuvieron al fundarse el instituto. Nosotros formamos á Epaminondas, y Focion se ha formado con los ejemplos nuestros.

No necesito recordaros que esta congregacion ha producido una multitud de legisladores, de geómetras, astrónomos, naturalistas y hombres célebres en todos géneros; que ella ha ilustrado á la Grecia, y que los filósofos modernos han bebido en nuestros autores la mayor parte de los descubrimientos que brillan en sus obras.

Al dia siguiente de esta conversacion, salimos para Atenas, y algunos meses despues, fuimos á las fiestas de Delos.

CAPÍTULO LXXIV.

Delos y las Cicladas.

La estacion encantadora de la primavera traía unas fiestas aun mas encantadoras, cuales son las que se celebran en Delos, de cuatro en cuatro años, en honor del nacimiento de Diana y de Apolo. El culto de estas divinidades subsistió en la isla por

una larga serie de siglos; pero como empezaba á debilitarse, los atenienses instituyeron durante la guerra del Peloponeso, unos juegos que atraian cien pueblos diversos. La juventud de Atenas estaba ansiosa de distinguirse: toda la ciudad estaba en movimiento, y en ella se preparaba tambien la diputacion solemne, que va á ofrecer todos los años al templo de Delos un tributo de reconocimiento por la victoria que Teséo ganó contra el Minotauro. La conduce la misma nave que trasportó este héroe á Creta, y el sacerdote de Delos tiene ya coronada la popa con sus manos sagradas. Yo bajé al Piréo con Filotas y Lisis, y nos embarcamos en una de las naves ligeras que se hacian á la vela para Delos.

Al dia siguiente entramos en el canal que separa esta isla de la de Renéo. Vimos inmediatamente el templo de Apolo, y le saludamos enagenados de alegria. La ciudad de Delos se presentaba casi entera á nuestra vista, y con esta recorrimos ansiosos aquellos soberbios edificios, aquellos pórticos elegantes, aquellos bosques de columnas que la adornan.

Luego que arribamos, corrimos al templo que solo dista unos cien pasos. Hace mil años que le construyeron, y es de már-

mol de Paros. Vimos en lo interior la estátua de Apolo, mas célebre por su antiguedad que por el buen gusto. El dios tiene el arco en la mano, y para manifestar que la música le debe su orígen y sus placeres, sostiene con la izquierda las tres gracias representadas, la primera con una lira, la segunda con flautas y la tercera con un caramillo. Junto á la estátua está aquel altar que se tiene por una de las maravillas del mundo. No se admira en él ni el oro ni el márfil; unos cuernos de animales doblados con esfuerzo, entrelazados con arte y sin ninguna argamasa, forman un todo tan sólido como regular. Un ciudadano de Delos nos hizo observar todos los pormenores de lo interior del templo; y nosotros admirábamos la sabiduría de sus discursos, la amable espresion de sus miradas, y el tierno interes que se tomaba porque nos enterásemos de todo; ¡pero cual fué nuestra sorpresa cuando por las noticias mútuas que nos dábamos, conocimos que era Filocles! Era uno de los principales habitantes de Delos por sus riquezas y dignidades, padre de Ismenia, cuya belleza era objeto de la conversacion de todas las mugeres de Grecia, y el que estaba prevenido por cartas de Atenas para obse-

quiarnos y ejercer con nosotros todos los deberes de la hospitalidad. Despues de habernos abrazado repetidas veces, «apresuraos, nos dijo, venid á saludar á mis dioses caseros; venid á ver á Ismenia y á ser testigos de su himeneo.»

«Salimos del templo, y el impaciente celo de Filocles apénas nos permitió dar una ojeada por aquella confusion de estátuas y altares de que está rodeado. Brillaba la opulencia en casa de este hombre escelente, pero habia arreglado un uso con tal discrecion, que parecia estar todo conforme con la necesidad y todo ageno del capricho. Principiamos haciendo libaciones en honor de los dioses que presiden á la hospitalidad. Luego nos hizo varias preguntas acerca de nuestros viages; despues de algunos instantes de una conversacion deliciosa, salimos con nuestro huesped para ver los preparativos de las fiestas que debian principiar el dia siguiente, y nos dirigimos á diferentes parages de la isla que solo tiene de siete á ocho mil pasos de circuito, y su anchura la tercera parte de su longitud. El monte Cinto que va de norte á medio dia, termina en un llano que se estiende ácia occidente hasta la orilla del mar, y en este llano está situada la ciudad.

Se halla severamente desterrado de esta isla todo cuanto puede ofrecer la imagen de la guerra, de modo que no se permite, ni aun el animal mas fiel al hombre, porque destruiria los animales mas débiles y mas tímidos. En fin, la paz ha escogido á Delos para su morada, y la casa de Filocles por su palacio.

«Algunos dias despues, partimos muy de mañana con nuestro huesped para ver el monte Cinto que solo tiene una mediana altura. Desde su cima se descubre una multitud estraordinaria de islas de todas magnitudes, sembradas en medio de las aguas con aquel bello desorden que las estrellas en el cielo. La vista las recorre con ansia, y vuelve á buscarlas despues de haberlas perdido. Ya se distrae con placer en la revuelta de los canales que las separan, ya mide lentamente los lagos y las líquidas lagunas que las abrazan. Aquí el seno de las aguas se ha convertido en mansion de los mortales; esta es una ciudad esparcida en la superficie del mar; es la pintura de Egipto, cuando el Nilo se derrama por sus campos, y parece que sostienen sus aguas las colinas que sirven de retiro á los habitantes.

«La mayor parte de estas islas, nos dijo

Filocles, se llaman Cicladas; porque forman como un recinto al rededor de Delos. Sesostris rey de Egipto, sometió una parte de ellas á sus armas; Minos rey de Creta, gobernó algunas con sus leyes; los fenicios, los cariotas, los persas, los griegos, todas las naciones que han tenido el imperio del mar, las conquistaron y poblaron sucesivamente; pero las colonias de estos últimos han hecho desaparecer las estrangeras, é intereses poderosos han unido para siempre la suerte de las Cicladas á la de la Grecia. Atenas les ha dado leyes, y exige de ellas tributos proporcionados á sus fuerzas. A la sombra de su poder ven florecer en su seno el comercio, la agricultura y las artes, y serian felices si pudiesen olvidar que fueron libres.

«Estas islas no son todas fértiles igualmente, pues las hay que apenas cubren las necesidades de los isleños. Tal es Micone, que es aquella que se divisa al este de Delos, de donde dista veinte y cuatro estadios. Espuesta la tierra á los rayos ardientes del sol, suspira incesantemente por lluvias refrigerantes, y parece que reune toda su virtud en beneficio de las viñas y las higueras, cuyos frutos son afamados.

«No tan grande pero mas fértil que Mico-

ne es Renéa que veis al poniente, y que solo dista de nosotros unos quinientos pasos; la cual se distingue por la riqueza de sus colinas y sus campos. Esta isla encierra las cenizas de nuestros padres, y encerrará las nuestras algun dia. A la eminencia, aquella que se vé en frente, fueron trasladados los sepulcros que estaban antes en Delos, y que multiplicándose cada dia con nuestras pérdidas, se levantan del seno de la tierra, como otros tantos trofeos que la muerte cubre con su sombra amenazadora.

«Dirijid la vista ácia el norte, y alli descubrireis las costas de la isla de Tenos. Los primeros que la cultivaron, hicieron de ella una tierra nueva que corresponde á los deseos del labrador ó los previene, ofreciendo á sus necesidades los frutos mas esquisitos y granos de toda especie. Por todas partes brotan mil fuentes, y las llanuras enriquecidas con sus aguas, se hermosean mas y mas con el contraste de los áridos montes y los desiertos que la rodean.

«Andros está separada de Tenos por un canal de doce estadios de anchura (mas de un cuarto de legua.) En esta isla se encuentran montes cubiertos de verdor como en Renéa, fuentes mas abundantes que en Tenos, valles tan deliciosos como en Tesá-

lia, frutos que alagan la vista y el gusto; es en fin una ciudad famosa por los obstáculos que hallaron los atenienses para someterla, y por el culto á Baco, á quien honra especialmente.

«Casi á igual distancia de Andros y de Céos, se encuentra la isleta de Giaros, digno retiro de malechores, si se purgase de ellos la tierra; region yerma y erizada de peñascos, de modo que parece habérselo negado todo la naturaleza, asi como parece que todo lo ha concedido á la isla de Céos.

«Los pastores de esta hacen honores divinos y consagran sus rebaños al pastor Aristéo que fué el primero que condujo á esta isla una colonia. Abunda de frutos y pastos: los cuerpos son alli robustos, las almas naturalmente vigorosas, y los pueblos tan numerosos, que se han visto obligados á distribuirse en cuatro ciudades, cuya capital es Youlis. Está situada en una altura, y su nombre se deriva de una fuente copiosa que corre al pie de la colina Careso, que dista de ella veinte y cinco estadios (mas de tres cuartos de legua,) la sirve de puerto y la enriquece con su comercio.

«Adornan á Youlis soberbios edificios, enormes piedras de mármol su recinto, y

se ha hecho fácil la subida por caminos hechos en las vertientes de las alturas vecinas. Pero lo que le dá mas lustre, es el ser cuna de muchos hombres célebres, entre otros Simónides, Baquílides y Pródico.

«Simónides nació ácia el tercer año de la Olimpíada cincuenta (558 antes de J. C.) Mereció la estimacion de los reyes, los sabios y los grandes hombres de su tiempo. Era poeta y filósofo, y la feliz reunion de estas cualidades hizo sus talentos mas útiles y su sabiduría mas amable. Su estilo lleno de dulzuras es sencillo, armonioso, y admirable por la eleccion y la colocacion de las palabras. Fueron el asunto de sus cantos las alabanzas de los dioses, las victorias de los griegos contra los persas, y los triunfos de los atletas. Ejercitóse en casi todos los géneros de poesia, y consiguió el acierto principalmente en la elegia y los cantos lúgubres. Nadie ha conocido mejor que él, el arte sublime y delicioso de interesar y enternecer: nadie ha pintado con mas verdad las situaciones y los infortunios que escitan la compasion.

«Como los carácteres de los hombres influyen en sus opiniones, era natural que la filosofía de Simónides fuese dulce sin altanería. Su sistema, segun lo que se ha po-

dido juzgar por algunos de sus escritos y muchas de sus máximas, se reduce á los artículos siguientes.

«No sondeemos la inmensa profundidad del Ser Supremo: limitémonos á saber, que todo se ejecuta por su órden y que posee la virtud por escelencia. Los hombres no tienen mas que una débil emanacion de ella y la reciben de él. No se glorian, pues, de una perfeccion, á la cual no podrian llegar. La virtud ha fijado su residencia entre rocas escarpadas, y si á fuerza de trabajos se elevan hasta ella, en breve los arrastran al precipicio mil fatales circunstancias. Asi su vida es una mezcla de bien y de mal, y es muchas veces tan dificil de ser virtuoso, como imposible serlo siempre. Complazcámonos, pues, en alabar las buenas acciones; cerremos los ojos para no ver aquellas que no lo son por obligacion, cuando apreciamos por otros títulos al que delinque, ó por indulgencia, cuando nos es indiferente. Lejos de censurar á los hombres con tanto rigor, acordémonos, que no son mas que debilidad, que están destinados á permanecer por un momento sobre la superficie de la tierra y para siempre en su seno. El tiempo vuela: mil siglos comparados con la eternidad, no son mas

que un punto ó una pequeñísima parte de un punto imperceptible.»

«Simónides murió de edad de cerca de noventa años. Se le atribuye un mérito por haber aumentado en la isla de Céos el aparato de las fiestas religiosas, añadido la octava cuerda á la lira, y descubierto el arte de la memoria artificial; pero lo que le asegura inmortal gloria, es haber dado lecciones útiles á los reyes, haber hecho feliz á la Sicilia, sacando á Hieron de sus estravios, y obligándole á vivir en paz con sus súbditos y consigo mismo.

«La familia de Simónides era como aquellas, en que es perpetuo el sacerdocio de las musas. Su nieto, del mismo nombre que él, escribió sobre la genealogia, y los descubrimientos que hacen honor al entendimiento humano. Baquílides su sobrino, le hizo en cierto modo resucitar en la poesia lírica. La pureza del estilo, la correccion del diseño, las bellezas regulares y sostenidas, le hicieron digno á Baquílides de los aplausos que pudiera envidiarle el mismo Píndaro. Estos dos poetas dividieron entre sí el favor del rey Hieron y los votos de la corte de Siracusa, pero cuando la proteccion no les impidió ya ponerse en su lugar, Píndaro se elevó digámoslo asi,

á los cielos, y Baquilides se quedó en la tierra.

«Mientras que este último perpetuaba en Sicilia la gloria de su patria, el sofista Pródico la hacia brillar en las diferentes ciudades de la Grecia, donde recitaban arengas preparadas con arte, sembradas de alegorias ingéniosas, de un estilo sencillo, noble y armonioso. Su elocuencia que presentaba la virtud bajo rasgos seductores, fué admirada de los tébanos, elogiada por los atenienses y estimada de los espartanos. Despues propaló ciertas máximas que destruian los fundamentos de la religion, y desde este instante le miraron los atenienses como el corruptor de la juventud, y le condenaron á beber la cicuta.

«No lejos de Céos está la isla de Citnos, famosa por sus pastos, y mas cerca de nosotros, esa tierra que veis al poniente, es la fértil isla de Siros, donde nació uno de los mas antiguos filósofos de la Grecia, el cual es Ferécides que vivia en ella doscientos años hace.

«Tended la vista ácia el medio dia, y ved en el orizonte aquellos vapores opacos y fijos que ofuscan su naciente brillo: esas son las islas de Paros y de Naxos. La primera tiene fértiles campiñas, numerosos

rebaños y dos excelentes puertos, y las Gracias tienen tambien altares en ellas. Un dia que Minos rey de Creta, hacia sacrificios á estas divinidades, fueron á decirle que su hijo Androgéo habia sido muerto en Ática; acabó la ceremonia arrojando lejos de sí una corona de laurel que le ceñia las sienes, y con voz interrumpida de sollozos, impuso silencio al tocador de flauta.

«Muchas ciudades se glorian de haber sido cuna de Homero, pero ninguna disputa á Paros el honor ó la verguenza de haber producido á Archîloco. Este poeta que vivia trescientos cincuenta años hace, ha hecho en favor de la poesia lírica lo que hizo Homero á favor de la épica, teniendo ambos de comun el haber servido de modelos, cada uno en su género; que sus obras se recitan en las juntas de los generales de la Grecia, y que su nacimiento se celebra comunmente con fiestas particulares. Esto no obstante, el reconocimiento público no ha querido confundir el lugar de cada uno de ellos, y asi es que pone en el segundo al poeta de Paros; pero es ocupar el primero, teniendo unicamente por superior á Homero.

«En cuanto á las costumbres y la conduc-

ta, Archîloco debia ponérsele en la clase mas vil de los hombres. Jamas se unieron talentos mas sublimes á un carácter mas atroz y depravado; manchaba sus escritos con espresiones licenciosas y pinturas lascivas, derramando en ellas con profusion la hiel con que su alma se complacia en alimentarse. Sus amigos, sus enemigos, los objetos infelices de sus amores, todo caia al impulso de los dardos sangrientos de sus sátiras, siendo lo mas estraño, que sepamos por él mismo estos hechos detestables, porque escribiendo la historia de su vida, tuvo valor para contemplar á su satisfaccion todos los horrores de ella, y la insolencia de esponerlos á la vista del universo.

«Toda la tierra está llena de monumentos empezados en las canteras del monte Marpeso. En estos subterráneos alumbrados con débiles luces, arranca con dolor un pueblo esclavo aquellos trozos enormes, que brillan en los mas soberbios edificios de la Grecia y hasta en la fachada del laberinto en Egipto. Hay muchos templos hermoseados de este mármol, porque dicen que su color es grato á los inmortales. Hubo un tiempo en que los escultores no empleaban otro: en el dia le buscan con esmero, aunque no siempre corresponde á

las esperanzas, porque las grandes partes cristalinas que le forman, deslumbran la vista con reflejos engañosos, y saltan á pedazos al golpe del cincel. Pero este defecto se resarce con otras cualidades escelentes, y en particular por su estremada blancura, á la cual los poetas hacen frecuentes alusiones y á veces relativas al carácter de sus poesias.

«Separa á Naxos de la isla precedente un estrechísimo canal. Ninguna de las Cicladas puede igualarla en grandeza, y es tal su fertilidad que pudiera disputarla á la Sicilia. Baco preside en ella; Baco protege á Naxos, y todo presenta aqui la imágen del beneficio y el reconocimiento. Los habitantes se apresuran á enseñar á los estrangeros el parage, donde las ninfas le criaron. Cuentan las maravillas que obra en su favor, dicen que de él vienen las riquezas que hay en sus templos, y sus altares humean noche y dia. Aqui sus homenages se dirigen á Dios que les enseñó el cultivo de la higuera; allí al dios que llenó sus viñas de un néctar robado á los cielos, y le adoran bajo muchos títulos para multiplicar unos deberes que les son tan gratos.

«En las cercanias de Paros están Serifo, Sifnos y Melos. Para tener una idea de la

primera de estas islas, figuraos muchas montañas escarpadas, áridas, y que no dejan, digámoslo así, en sus intervalos mas que fosas profundas, donde los hombres desventurados ven continuamente suspensos sobre sus cabezas peñascos espantosos, monumentos de la venganza de Perséo; porque segun una tradicion tan ridícula como horrorosa para los de Serifo, este héroe fué aquel que armado con la cabeza de Medusa transformó en otro tiempo á sus mayores en objetos horribles.

«A corta distancia de allí y bajo un cielo siempre sereno, figuraos campiñas esmaltadas de flores y siempre cubiertas de frutos, una mansion encantadora, donde el aire mas puro alarga la vida de los hombres mas de lo ordinario, y tendreis una débil imágen de las bellezas que ofrece Paros.

«La isla de Melos es una de las mas fértiles del mar Egéo. El azufre y otros minerales escondidos en las entrañas de la tierra, conservan allí un calor activo, y dan un gusto esquisito á todas sus producciones.

«Un filósofo natural de esta Isla, sublevó contra sí la Grecia entera, negando abiertamente la existencia de los dioses: este era Diágoras, á quien deben los mantinéos sus leyes y su felicidad. Suscitóse contra

él un grito general, y su nombre se oia como una injuria. Los magistrados de Atenas le citaron á su tribunal, y le persiguieron de ciudad en ciudad, prometiendo un talento al que presentase su cabeza, dos á los que le entregasen vivo; y para perpetuar la memoria de este decreto, le grabaron en una columna de bronce. Diágoras no encontrando ya asilo en la Grecia, se embarcó y pereció en un naufragio.

«Recorriendo con la vista una pradera, no se descubre ni siquiera una planta dañosa que mezcle su veneno entre las flores, ni flor modesta que se oculte bajo la yerba. Así, describiendo las regiones que forman una corona al rededor de Delos, no debo hablaros, ni de los escollos esparcidos en sus intervalos, ni de muchas isletas, cuyo brillo solo sirve para adornar el cuadro que presenta á nuestra vista.

«La mar separa aquellos pueblos y el placer los reune. Las fiestas que les son comunes, los pintan ya en un pasage y ya en otro, pero desaparecen tan pronto como empiezan nuestras solemnidades. Los templos inmediatos van á quedar desiertos: las divinidades que se adora en ellos, permiten llevar á Delos el incienso que se les destinaba, y unas diputaciones conocidas

bajo el nombre de *Teorias*, están encargadas de este glorioso empleo, llevando consigo coros de mancebos y doncellas. Estos coros vienen de las costas de Asia, de las islas del mar Egéo, del continente de la Grecia, de las regiones mas lejanas, y llegan al son de instrumentos con todo el aparato del gusto y de la magnificencia.»

Al tiempo que Filocles acababa su relacion, cambiaba la escena de cuando en cuando y se hermoseaba mas y mas. Habian salido ya de los puertos de Micone y de Renéa las flotillas que conducian las ofrendas á Delos, descubríanse en alta mar otras flotas; un gran número de buques de toda clase volaban por la superficie de las aguas y brillaban con mil colores diferentes: se les veia deslizarse y escapar de los canales que separan las islas, cruzarse, darse caza y reunirse: un viento fresco jugueteaba en sus velas teñidas de púrpura, y bajo sus remos dorados, las olas se cubrian de una espuma que los rayos nacientes del sol penetraban con sus fuegos.

Mas abajo, al pie de la montaña, inundaba la llanura una multitud inmensa, cuyas filas cerradas ondeaban ácia todos lados como la mies agitada por los vientos, y el alborozo que la animaba, hacia un

ruido vago y confuso que sobrenadaba, digámoslo asi, sobre este vasto cuerpo.

Las islas de Renéa y de Micone esperaban bajo el pórtico del templo, el momento para entrar en el lugar, donde se celebraba la fiesta, y en breve vimos bajar tras de ellas, las de Cos y de Andros, seguidas de otras diputaciones solemnes que hacian resonar los aires con cánticos sagrados. Arreglaban en la misma ribera el órden de marcha, y se adelantaban lentamente ácia el templo, con las aclamaciones de un pueblo que se agolpaba al rededor de ellas. Con sus homenages presentaban juntamente al dios las primicias de los frutos de la tierra, y al salir del templo las llevaban á unas casas mantenidas á espensas de las ciudades, cuyas ofrendas habian llevado.

En tanto se divisaba á lo lejos la teoria de los atenienses, casi toda escogida entre las familias mas antiguas de la república. Presentóse con todo el esplendor que era de esperar de una ciudad, donde el lujo ha llegado al esceso, y al llegar ante la estátua del dios, le ofreció una corona de oro valuada en mil quinientas dracmas (5029 reales vellon;) á breve rato se oyeron los mugidos de cien bueyes que espiraban al golpe de las cuchillas de los sacerdotes.

Luego que esta diputacion acabó las ceremonias que motivaron su llegada al pie de los altares, nos condujeron á un banquete que daba el senado de Delos á los ciudadanos de esta isla á las márgenes del Inopo, y bajo la bóveda que formaban hermosas arboledas. Reinaba bajo aquel ramage una alegria pura, bulliciosa y general, y cuando el vino de Naxos brincaba en las copas, todos celebraban en voz alta el nombre de Nicias, general ateniense, que fué el primero que reunió el pueblo en aquellos sitios deliciosos, y señaló fondos para celebrar y para perpetuar este beneficio.

El resto del dia se invirtió en espectáculos de otro género. Unas voces encantadoras se disputaron el premio de la música, y los brazos cargados del cesto, el de la lucha. El pugilato, el salto y la carrera de á pié, llamaron sucesivamente nuestra atencion. Habian trazado ácia el estremo meridional de la isla un estadio, al rededor del cual estaban sentados por su órden los diputados de Atenas, el senado de Delos y todas las teorias magnificamente vestidas. Esta brillante juventud era la imagen mas fiel de los dioses reunidos en el Olimpo.

Duraron las fiestas muchos dias, y re-

pitiéronse muchas veces las corridas de caballos, y vimos otras tantas los buzos tan afamados de Delos, ya precipitarse al mar, ya bajar hasta los abismos ó descansar en la superficie, y ya representar los combates y acreditar con su destreza la fama que se han adquirido.

CAPÍTULO LXXV.

Ceremonias del matrimonio en la isla de Delos.

Filocles iba á casar con el jóven Teagenes, su hija Ismenia, modelo de gracia y de virtud, y nosotros fuimos testigos de las ceremonias con que debia verificarse esta union.

Empezaban á renacer en Delos el silencio y la calma, y los pueblos iban saliendo como un rio que despues de haber inundado los campos, se retira insensiblemente á su madre. Los habitantes de la isla habian madrugado mas que la aurora, se habian coronado de flores, y para hacer los dioses propicios al himeneo de Ismenia, ofrecian incesantemente sacrificios en el templo y delante de sus casas. Llegó el instante en que debia efectuarse el enlace,

y todos estuvimos reunidos en casa de Filocles: abrieron la puerta de la estancia de Ismenia, y vimos salir á los dos esposos acompañados de sus padres y de un oficial público que acababa de estender el contrato del matrimonio.

Estábamos magnificamente vestidos con ropas que Ismenia nos habia regalado, y el vestido que llevaba su esposo, era obra de ella.

Ismenia tenia puesto un collar de piedras preciosas, y un ropage, en que el oro y la púrpura confundian sus colores. Tenian ambos el cabello suelto y perfumado de esencias, con coronas de adormideras, sésamos y otras plantas consagradas á Venus, y con este aparato subieron á un carro y fueron al templo. Ismenia llevaba á su esposo á la derecha, y á la izquierda un amigo de Teágenes, que debia acompañarle en aquella ceremonia.

A la puerta del templo, recibió á los esposos un sacerdote que presentó á cada uno una rama de yedra, símbolo de los lazos que debian unirlos para siempre, y luego los llevó al altar, donde todo estaba ya preparado para el sacrificio de una becerra que debia ofrecer á la casta Diana, á Minerva y á otras divinidades que jamas

han sufrido el yugo de himeneo. Imploraban tambien á Júpiter y Juno, cuya union y cuyos amores son eternos; al cielo y la tierra, cuyo concurso produce la abundancia y la fertilidad; á las parcas, porque está en sus manos la vida de los mortales; á las Gracias, porque hacen placenteros los dias de los esposos; y en fin, á Venus, á quien el amor debe su nacimiento y los hombres su felicidad.

Los Sacerdotes despues de haber examinado las entrañas de las víctimas, declararon que el cielo aprobaba este himeneo. Tomó luego Filocles la mano de Teágenes, la puso en la de Ismenia, y pronunció estas palabras. «Yo os doy mi hija, á fin de que deis á la república ciudadanos legítimos.» Ambos esposos se juraron inmediatamente una fidelidad inviolable, y sus padres despues de haber recibido sus juramentos, los ratificaron con nuevos sacrificios.

Empezaba ya la noche á tender su manto por los aires, cuando salimos del templo para ir á casa de Teágenes, la cual estaba adornada de guirnaldas é iluminada por todas partes. Asi que los esposos llegaron al umbral de la puerta, les pusieron por un instante en la cabeza unos canasti-

llos de frutas, presagio de la abundancia de que debian gozar, y al mismo tiempo oimos repetir por todas partes el nombre de himeneo, de aquel jóven de Argos que devolvió en otro tiempo á su patria las doncellas de Atenas, arrebatadas por unos corsarios. Recibió en premio de su celo, una de aquellas mismas cautivas, á quien amaba tiernamente, y desde entonces los griegos no celebran matrimonio alguno sin recordar su memoria.

Siguiéronnos estas aclamaciones hasta la sala del festin y continuaron durante la comida. Entonces algunos poetas que se habian introducido al mismo tiempo que nosotros entramos, recitaron varios epitalamios en obsequio de los esposos.

Acabado el festin, la madre de Ismenia encendió la hacha nupcial, y condujo á su hija á la habitacion que le estaba preparada. Alli probaron los esposos una fruta, cuya dulzura debia ser el emblema de su union.

Entre tanto nosotros entregados á los arrebatos de una alegria escesiva, dábamos voces descompasadas, y sitiábamos la puerta defendida por un amigo de Teágenes. Una cuadrilla de jóvenes danzaban al son de varios instrumentos, hasta que por último fué interrumpido este ruido por la

teoría de Corinto que se habia encargado de cantar el himeneo de la tarde.

Al dia siguiente, á la primera hora del dia volvimos allá, y las doncellas de Corinto entonaron tambien su himeneo. Este dia que los esposos miraron como el primero de su vida, se empleó casi todo por su parte, en gozar del tierno interés que los isleños se tomaban por su enlace, y se autorizó á todos sus amigos para hacerles regalos. Ellos mismos se los hicieron recíprocamente y recibieron en comun los del padre de Teágenes.

Por la noche volvieron á Ismenia á casa de sus padres, y mas bien para espresar sus verdaderos sentimientos que para conseguir el uso, manifestó la grave pena que esperimentaba por haber dejado la casa paterna; al dia siguiente volvió á reunirse con su esposo, y desde aquel momento, nada turbó su felicidad.

CAPÍTULO LXXVI.

Sobre la felicidad.

Habia visitado frecuentemente Filocles en su juventud á los mas célebres filósofos de la Grecia. Ilustrado con sus luces, y aun

mas todavia con sus reflexiones, se habia formado un sistema de conducta que difundia la paz en su alma y en todo cuanto le rodeaba. Nosotros no cesábamos de estudiar á este hombre, para el cual cada momento de la vida era un instante de dicha. Un dia que nos paseábamos por la isla, vimos esta inscripcion en un templete de Latona. *No hay cosa mas bella que la justicia: nada mejor que la salud, ni cosa tan dulce como la posesion de lo que uno ama.* «Eso mismo, dije yo, reprobaba un dia Aristóteles en presencia nuestra, porque creia que las calificaciones que comprende esa máxima, no debian separarse ni pueden convenir sino á la dicha. En efecto, la felicidad es la cosa mas bella y mas dulce de este mundo; pero ¿de que sirve describir sus efectos? Mas importante seria subir á su orígen.—Es poco conocido, respondió Filocles, y asi es que para llegar á él, todos cogen senderos diferentes, y todos están discordes sobre la naturaleza del verdadero bien.—Tened la bondad, interrumpió Filotas, de comunicarnos las reflexiones que hayais hecho sobre un objeto tan importante, y dignaos decirnos, como habeis llegado á ese estado pacífico de que gozais actualmente.

«¡O Filocles, esclamó el jóven Lisis, parece que los céfiros juguetean en este plátano! El aire se llena del perfume de las flores que abren su caliz presurosas; esas viñas empiezan á enlazar sus sarmientos con esos mirtos para no dejarlos nunca; esos rebaños que triscan por la pradera, esas avecillas que cantan sus amores, el son de los instrumentos que resuenan en el valle; todo cuanto veo, todo cuanto oigo, me arrebata y enagena. ¡Ah! Filocles, hemos nacido para ser felices; lo veo en las gratas y profundas sensaciones que ahora esperimento, y si vos conoceis el arte de perpetuarlas, es un delito tenerlas por misterio.

«Me acordais, respondió Filocles, los primeros años de mi vida. La naturaleza á que yo no estaba acostumbrado todavia, se juntaba á mis ojos bajo el aspecto mas halagueño, y mi alma nueva y sensible, parecia que respiraba alternativamente la frescura y la llama. No conocia yo á los hombres; á todos los creia justos, verdaderos, capaces de la amistad y humanos sobre todo, porque es menester esperiencia para convencerse de que no lo son.

«Cercado de estas ilusiones entré en el mundo, y dando á ciertos vínculos agra-

dables los derechos y los sentimientos de amistad, me entregué enteramente al placer de amar y ser amado. Mis cuidados hasta entonces sin reflexion, llegaron á serme funestos; casi todos mis amigos se alejaron de mi, unos por interés, otros por envidia ó por ligereza. En lo sucesivo, habiendo esperimentado injusticias notorias y perfidias atroces, me vi precisado despues de muchos esfuerzos, á renunciar aquella dulce confianza que tenia con los hombres. Entre la multitud de opiniones acerca de la dicha, de que solo tenia una leve idea, resolví entonces buscar la mia en los placeres solamente. Omito contar los pormenores referentes á los estravios de mi juventud para llegar al tiempo en que detuve su carrera.

«Estando en Sicilia, fuí á ver á uno de los principales habitantes de Siracusa, tenido por el hombre mas feliz de su siglo, y solo encontré en él un personage acostumbrado á los placeres, una alma embrutecida sin principios ni recursos.

«Conocí en Tebas á un discípulo de Sócrates, cuya probidad oí alabar, no menos que sus escelentes prendas, pero su carácter raro, sospechoso y muchas veces injusto, daba motivos para huir de su trato.

«Poco tiempo despues, fuí á Delfos con motivo de la solemnidad de los juegos píticos, y en una alameda sombria vi á un hombre que gozaba del concepto de muy ilustrado, y me pareció que estaba atormentado de disgustos. Contóme su historia, y supe que ni las dignidades ni la gloria militar, las ciencias, las artes, la filosofía, ni sus viages á Egipto y Persia, nada habia podido saciar sus deseos, librarle de disgustos ni hacerle amar la existencia.

«Bien sabeis, añadió, que las naves evitan con mucha precaucion los escollos que están indicados por los naufragios de los primeros navegantes; pues asi me aprovechaba yo en mis viages de las faltas de mis semejantes. Ellas me enseñaron, que el esceso de la razon y de la virtud es casi tan funesto como el de los placeres; que la naturaleza nos ha dado ciertas inclinaciones que es tan peligroso estinguirlas como apurarlas; que la sociedad tiene derecho á mis servicios; que debia adquirirme su estimacion; y en fin, que para llegar á este término feliz que incesantemente se presentaba y huia delante de mí, debia calmar la inquietud que esperimentaba en lo interior de mi alma y la sacaba de sí misma á cada instante.

«Ya que quereis saber mi método de vida, tened entendido que estrechando mas y mas los lazos que nos unen con los dioses, con nuestros padres, nuestra patria y amigos, he hallado el secreto de cumplir á la vez con las obligaciones de mi estado, y de satisfacer á las necesidades de mi alma, persuadiéndose en fin, que cuanto mas se vive para los demas, tanto mas vive el hombre para sí mismo.»

Estendióse entonces Filocles sobre la necesidad de llamar en ayuda de nuestra razon y de nuestras virtudes, una autoridad que sostenga su debilidad. Mostró hasta que grado de poder puede elevarse una alma, que mirando todos los acontecimientos de la vida, como otras tantas leyes emanadas del mas grande y mas sabio legislador, se vé obligado á luchar, ó contra el infortunio ó contra la prosperidad.

«La antigua sabiduría de las naciones ha confundido, digámoslo asi, entre los objetos del culto público, los dioses autores de nuestra existencia, con los padres autores de nuestra vida. Nuestros deberes con respecto á unos y otros, están estrechamente unidos en los códigos de los legisladores y en los usos de las naciones. De aqui dimana aquella costumbre sagrada de

los psidios que empiezan sus comidas con libaciones en honor de sus padres, y de aqui tambien este hermoso pensamiento de Platon. Si la divinidad acepta el incienso que ofreceis á las estátuas que las representan, ¡ cuanto mas gratos no deben ser á sus ojos y á los vuestros, aquellos momentos que conservan en vuestras casas ese padre, esa madre, esos abuelos, en otro tiempo vivas imágenes de su autoridad, y actualmente objetos de su proteccion especial! No lo dudeis: aprecia á los que la honran, asi como castiga á los que se olvidan de ella ó la ultrajan. Si se manifiestan injustos con vosotros, antes de prorrumpir en quejas, acordaos del consejo que el sabio Pítaco daba á un jóven que demandó en juicio á su padre; «si no tienes razon te condenarán, y si la tienes mereces que te condenen.»

El amor á la patria es otro orígen de felicidad. Amarla, es hacer que esté respetada por fuera y tranquila por dentro. Las victorias ó los tratados ventajosos la hacen respetar de las naciones, pero la observancia de las leyes y la conservacion de las costumbres, es lo único que puede consolidar su sosiego interior. Asi pues, mientras que se opone á los enemigos del esta-

do generales y negociadores hábiles, es preciso oponer á la licencia y á los vicios que propenden á destruirlo todo, las leyes y las virtudes que se dirigen á restablecerlo todo y á mantenerlo: de aqui nace aquella multitud de preceptos tan esenciales como indispensables para cada clase de ciudadanos y para cada ciudadano en particular.

«Oh vosotros que sois objeto de estas reflecsiones; vosotros, á quienes yo quisiera infundir todos los amores honestos, porque asi seriais mas felices, acordaos á cada instante, que la patria tiene derechos imprescriptibles y sagrados á vuestros talentos, vuestras virtudes, vuestros pensamientos y todas vuestras acciones, que en cualquiera estado en que os halleis, no sois mas que unos soldados á su servicio siempre, obligados á velar por ella y volar á su socorro al menor riesgo.

«Segun la opinion de los filósofos mas ilustrados, acabo de deciros que nuestros vínculos con los dioses, nuestros padres y la patria, no son mas que una cadena de deberes que nos interesa animar con el sentimiento, y que la naturaleza nos ha conservado para ejercitar y aliviar la actividad de nuestra alma. En ejercitarlos con

ardor, es en lo que consiste aquella sabiduría, de que, segun Platon, estaríamos locamente enamorados, si se descubriese su belleza á nuestra vista.

«No crean que la felicidad de nuestra alma termine en las sensaciones deliciosas que encuentra en el resultado feliz de las artes y las ciencias, y en el goce de los placeres. Hay para ella otros manantiales de felicidad, no menos copiosos y perennes. Tal es la estimacion pública, esta estimacion que el hombre no puede prescindir de ambicionar, sin confesar que es indigno de ella; que unicamente se debe á la virtud que le resarce los sacrificios que ha hecho, y la sostiene en los reveses que padece; es nuestra estimacion propia, privilegio el mas hermoso que se ha concedido á la humanidad, la necesidad mas pura en un alma honrada, la mas viva en un alma sensible, sin la cual no se puede ser amigo de sí mismo, y con la cual se puede pasar sin la aprobacion de los demas, si son muy injustos para negárnosla; tal es en fin la amistad; este sentimiento el mas propio para hacer suavizar los disgustos de la vida.

«Casi todos los que hablan de este sentimiento, le confunden con las relaciones

que son el fruto de la casualidad y la obra de un dia. En el fervor de estas uniones nuevas, vé uno sus amigos tales como quisiera que fuesen, y en breve se les vé tales cómo son en efecto. No son mas acertadas otras elecciones, y en este caso se toma el partido de renunciar á la amistad, ó lo que es igual, de variar de objeto á cada instante.

«Como casi todos los hombres pasan la mayor parte de su vida en no reflexionar, y la menor en reflexionar sobre los otros mas bien que sobre ellos mismos, conocen poco la naturaleza de los enlaces que contraen. Si se atreviesen á meditar sobre la multitud de amigos, de que algunas veces se creen rodeados, verian que estos amigos no estan unidos á ellos, sino por medio de apariencias engañosas. Esta perspectiva los llenaria de dolor, porque ¿de que sirve la vida cuando no se tiene amigos? Pero este mismo dolor les obligaria á hacer una eleccion, de que en lo sucesivo no tuviesen que arrepentirse.

«El genio, los talentos, la aficion á las artes, las cualidades brillantes son muy gratas para el trato de la amistad, pues la animan y la adornan cuando está formada, mas no bastarian por sí mismas para prolongar su duracion.

«La amistad unicamente puede fundarse en el amor á la virtud, en la bondad del carácter, la conformidad de principios, y en cierto atractivo que previene la reflexion y que esta despues justifica.

«Si me propusiesen todas esas cuestiones que agitan los filósofos acerca de la amistad, si me pidiesen para conocer sus deberes y perpetuar su duracion, entonces yo responderia: «Haced una buena eleccion, y descansad luego en vuestros sentimientos y los de vuestros amigos, porque la decision del corazon es siempre mas pronta y mas ilustrada que la del entendimiento.»

«Hay otros enlaces que se contraen todos los dias en la sociedad y que es útil cultivarlos: tales son los que se fundan en la estimacion y el gusto, pues aunque no tengan los mismos derechos que la amistad, nos ayudan poderosamente á sobrellevar el pesò de la vida.

«Jamás os aleje vuestra virtud de los honestos placeres adecuados á vuestra edad, y á las diferentes circunstancias en que os hallais. La sabiduria solo es amable y sólida por la feliz mezcla de las distracciones que permite, y de los deberes que impone.

«Si á los recursos, de que acabo de ha-

blar, añadís aquella esperanza que se introduce en las desgracias que esperimentamos, hallareis, Lisis, que la naturaleza no nos ha tratado con tanto rigor como se dice.»

CAPÍTULO LXXVII.

Continuacion del viage á Delos.—Sobre las opiniones religiosas.

Interrumpió el discurso de Filocles un jóven llamado Demofonte, á quien vimos conversar con un filósofo de la escuela de Eléa, y habiéndose informado del asunto de que tratábamos: «No espereis vuestra felicidad, nos dijo, sino de vosotros mismos: yo tambien tenia mis dudas y acaban de aclarármelas. Sostengo pues, que no hay dioses ó que no se mezclan en las cosas de acá abajo.

«Hijo mio, respondió Filocles, he visto muchos que seducidos en tu edad por esa nueva doctrina, la han abjurado luego que no han tenido interés en sostenerla.—Demofonte protestó, que jamas se contradiria, y estendióse sobre los absurdos del culto religioso, insultando con desprecio la ignorancia del pueblo y mofándose de

nuestras preocupaciones.—Escuchad, replicó Filocles, nosotros no nos tenemos por infalibles, y por lo cual no debes tratar de humillarnos. Si estamos en el error, tu deber es el de ilustrarnos ó compadecernos; porque la verdadera filosofía es dulce, compasiva y sobre todo modesta. Esplícate claramente.—La naturaleza y el acaso, respondió el jóven, han ordenado todas las partes del universo, y la política de los legisladores ha sometido la sociedad á ciertas leyes. Estos misterios están ya descubiertos. . . . .

«Ahora bien, continuó Demofonte, ¿yo os pregunto, si la sana moral podrá jamás estar conforme con una religion que unicamente propende á destruir nuestras costumbres, y si la suposicion de un monton de dioses injustos y crueles, no es la idea mas estravagante que jamás ha podido ocurrir al entendimiento humano? Nosotros negamos su existencia; vosotros los habeis degradado vergonzosamente y sois mas impios que nosotros. . . . .

«Esos dioses, respondió Filocles, son obra de nuestras manos, pues tienen nuestros vicios; y nos indignan mas que á tí, las debilidades que se les atribuye; pero si llegásemos á purificar el culto de las su-

persticiones que le desfiguran, ¿estarias dispuesto á dar á la divinidad el culto que le debemos?

Demofonte. Probad que existe y que cuida de nosotros, y yo me postraré delante de ella.

Filocles. A tí te toca probar que no existe, pues niegas un dogma, en posesion del cual están todos los pueblos desde tiempo inmemorial. Preguntas, que monumento atestigua la existencia de la divinidad, y yo respondo: El universo, el brillo deslumbrante y la marcha magestuosa de los astros, la organizacion de los cuerpos, la correspondencia de esa inmemorable cantidad de seres; en fin, ese conjunto y esos pormenores admirables que todos tienen el sello de una mano divina, en que todo es grandeza, sabiduria, proporcion y armonia, y añadiré el consentimiento de los pueblos, no para subyugar con la autoridad, sino porque su persuasion, siempre conservada por la causa que la ha producido, es un testimonio incontestable de la impresion que han hecho siempre en los ánimos las bellezas encantadoras de la naturaleza.

La razon, de acuerdo con mis sentidos, me manifiesta tambien el mas escelente

obrero en la obra mas magnífica. Veo que anda un hombre, y de aqui deduzco, que tiene interiormente un principio activo; sus pasos le conducen á donde quiere ir, é infiero, que este mismo principio combina sus medios con el fin que se propone. Apliquemos este ejemplo. Toda la naturaleza está en movimiento, luego hay en ella un primer motor. Este movimiento está sujeto á un órden constante, luego existe una inteligencia suprema.

Demofonte. Estas pruebas no han contenido entre nosotros los progresos del ateismo.

Filocles. Los debe unicamente á la presuncion y á la ignorancia.

Demofonte. Los debe á los escritos de los filósofos. No ignorais su modo de pensár, sobre la existencia y la naturaleza de la divinidad.

Filocles. Se les tiene por sospechosos y se les acusa de ateismo, porque no respetan en nada las opiniones de la multitud, y porque aventuran unos principios, cuyas consecuencias no preven; porque esplicando la formacion y el mecanismo del universo servilmente adictos al método de los físicos, no llaman en su auxilio una causa sobrenatural. Los hay, aunque en corto nú-

mero, que desechan formalmente esta causa, y sus soluciones son tan incomprensibles como insuficientes.

Demofonte. Se nos habla ya de un solo dios y ya de muchos; yo no veo pues, menos imperfecciones que opiniones en los atributos de la divinidad. Su sabiduria exige que se mantenga el órden sobre la tierra, y sin embargo triunfa en ella el desórden. Es justa y yo padezco sin merecerlo.

Filocles. Desde el origen de las sociedades, se supuso que cuidaban de la administracion del universo unos genios colocados en los astros; y viendo que parecian revestidos de gran poder, obtuvieron los homenages de los mortales, y se olvidaron casi en todas partes de adorar al soberano por rendir adoracion á sus ministros. Apesar de esto, se conserva siempre su memoria entre los hombres, y de ello encontrarás huellas mas ó menos conocidas en los mas antiguos monumentos, y testimonios mas formales en los escritos de los filósofos modernos. Veas la preeminencia que Homero concede á uno de los primeros objetos del culto público. Júpiter es el padre de los dioses y de los hombres. Recorre la Grecia, y encontrarás al ser único adorado en Arcádia desde tiempos remotos, bajo

el nombre del dios bueno por escelencia; en muchas ciudades, bajo el del Altísimo ó Grandísimo.

Escucha en seguida á Timéo, Anaxágoras y Platon: el Dios único es quien ha ordenado la materia y producido el mundo. Escucha á Antisteno discípulo de Sócrates: Son adoradas muchas divinidades entre las naciones, pero la naturaleza indica una sola. Escucha en fin á los de la escuela de Pitágoras. Todos han considerado el universo, como un ejército que se mueve á voluntad del general, como una vasta monarquia, en que la plenitud del poder reside en el soberano.

Demofonte. Si el órden del universo emana de un Dios único, ¿porque hay tantas desgracias y crímenes en la tierra? ¿Donde está su poder, sino puede impedirlos? ¿Donde su justicia, sino quiere?

Filocles. Ya me esperaba esta objecion que en todos se ha hecho y hará, y que es la única que se puede oponer. Si todos los hombres fuesen felices, no se rebelarian contra el autor de sus dias; pero ellos padecen á su vista, y parece que él los abandona. Aqui mi razon confusa consulta á las tradiciones antiguas, y todas deponen á favor de una providencia. Pregunta á los

sabios, y casi todos de acuerdo sobre el fondo del dogma, titubean y están discordes en el modo de esplicarlas. Hay algunos que dejan caer sobre estas tinieblas un rayo de luz que las ilumina. ¡Débiles mortales! esclaman; cesad de mirar como males verdaderos la pobreza, la enfermedad y las desdichas que os vienen de afuera; estos accidentes que vuestra resignacion puede convertir en beneficios, no son mas que la consecuencia de las leyes necesarias á la conservacion del universo. Entrais en el sistema general de las cosas, pero no sois mas que una parte. Fuisteis ordenados al todo y el todo no fué ordenado á vosotros.

Asi pues, todo está bien en la naturaleza, escepto en la clase de los seres, donde todo debia estar mejor. Los cuerpos inanimados siguen sin resistencia los movimientos que se les imprime. Los animales privados de razon, se entregan sin remordimiento al instinto que los arrastra. Los hombres son los únicos que se distinguen tanto por sus vicios, como por su inteligencia, ¿obedecen á la necesidad como el resto de la naturaleza? ¿Porque pueden resistir á sus inclinaciones? ¿Porque recibieron estas luces que los estravian el deseo de conocer á su autor, estas nociones

del bien, estas preciosas lágrimas que les arranca una bella accion, este fin el mas funesto, (si ya no es el mas bello de todos,) cual es, el de enternecerse por las desgracias de sus semejantes? A la vista de tantos privilegios que los caracterizan esencialmente, no deben deducir que Dios por vias que no está permitido á nosotros sondear, ha querido hacer fuertes pruebas de la facultad que tienen de deliberar y de elegir? Sin duda, si hay virtudes en la tierra, tambien hay en el cielo una justicia. El que no paga un tributo á la regla, debe una satisfaccion á la regla. Empieza su vida en este mundo, y la continua en una mansion, en que el inocente recibe el premio y el culpable espia sus crímenes hasta que se halla justificado.

Vé aquí, Demofonte, el modo con que nuestros sabios justifican la providencia. No conocen otro mal que el vicio para nosotros, ni otro desenlace al escándalo que produce, que un porvenir en que todas las cosas estarán en su lugar. Preguntar ahora, porque Dios no lo impidió desde el principio, es preguntar, porque se ha hecho el universo segun sus miras y no segun las nuestras.

Demofonte. La religion no es mas que

un tegido de ideas pequeñas, de prácticas minuciosas.

Filocles. Ya he dicho, que el culto público está torpemente desfigurado, y que mi objeto era esponerte sencillamente las opiniones de los filósofos que han reflexionado sobre las relaciones que tenemos con la divinidad. Duda de estas relaciones, si eres tan ciego que no las conoces; pero no se diga que es degradar nuestras almas, el separarlas de la masa de los seres, darles origen y destino el mas brillante, y establecer entre ellas y el Sér supremo, una comunicacion de beneficio y de reconocimiento. ¿Quieres una moral pura y celestial que eleve tu espíritu y tus sentimientos? Estudia la doctrina y la conducta de Sócrates, que únicamente vió en su sentencia su prision y su muerte, los decretos de una sabiduria infinita, y no se dignó de abatirse y á quejarse de la injusticia de sus enemigos. Contempla al mismo tiempo con Pitágoras las leyes de la armonia universal, y pon esta pintura ante tus ojos; regularidad en la distribucion de los mundos, regularidad en la distribucion de los cuerpos celestes, concurso de todas las voluntades en una sabia república, concurso de todos los movimientos en una alma virtuosa; to-

dos los seres trabajando de acuerdo en la conservacion del órden, y el órden conservando el universo y sus menores partes; un Dios autor de este plan sublime, y unos hombres destinados á ser por sus virtudes sus mismos cooperadores. Jamás hubo un sistema en que tanto resplandeciese el genio: nunca hubo cosa que diese idea mas alta de la grandeza y la dignidad del hombre.

CAPÍTULO LXXVIII.

Continuacion de la biblioteca de un ateniense. —La poesía.

Llevé al jóven Lisis á casa de Euclídes, y entramos en una pieza de la biblioteca, que unicamente contenia obras de poesía y de moral, unas muy numerosas y otras en corto número; quedóse Lisis sorprendido de esta desproporcion, y Euclides le dijo: «Bastan pocos libros para instruir á los hombres, y se necesitan muchos para divertirlos. Enseñónos luego las obras que han salido á luz en diferentes épocas, bajo los nombres de Orféo, de Muséo, de Tanfiris, de Lino, de Antés, Pamfos, Olem, Abaris, Epiménides, ect. Unas no contienen

mas que himnos sagrados y lamentaciones; otras tratan de los sacrificios, de oráculos, de espiaciones y de encantamientos. En algunas y particularmente en el ciclo épico, que es una recoleccion de tradiciones fabulosas, están descritas las genealogias de los dioses, la guerra de los titanes, la espedicion de los argonautas y las guerras de Tebas y de Troya. Como la mayor parte de estas obras no son de los autores, cuyos nombres tienen al frente, Euclides descuidó ponerlas en cierto órden.

En seguida estaban las de Hesíodo y de Homero: este último estaba escoltado, digamoslo asi, de un cuerpo terrible de intérpretes y de comentadores. A su ejemplo muchos poetas intentaron cantar la guerra de Troya, siendo uno de ellos Lesques que empezó su obra con estas palabras enfáticas. *Yo canto la fortuna de Príamo y la guerra famosa* ect. El mismo Lesques en su pequeña ilíada, y Diógenes en sus cipríacos, describieron todos los acontecimientos de esta guerra. Los poemas de la Heraclida y de la Teseida, no omiten ninguna de las hazañas de Hércules y de Teséo. Estos autores nunca conocieron la naturaleza de la epopeya, y no obstante, estaban puestos á continuacion de Homero,

y se perdian entre sus rayos, asi como se pierden las estrellas entre los del sol.

Habia tratado Euclides de reunir todas las tragedias, comedias y sátiras que desde doscientos años atrás, se habian representado en los teatros de Grecia y de Sicilia. Tenia unas tres mil, y su coleccion no era completa.

Contaba yo muchas veces cien piezas todas de una mano. «Los mimos, me dijo, no fueron en su orígen, mas que farsas ó sátiras que se representaban en el teatro. Despues se ha transmitido su nombre á los pequeños poemas que ponen á la vista del lector aventuras particulares.

«Por su objeto se acercan á la comedia, pero se diferencian por la falta de enredo, y algunas por una licencia estremada. Hay algunas en que reina un chiste fino y decente. Entre los que Euclides habia reunido, encontré los de Jenarco y de Sofron de Siracusa: estos últimos eran las delicias de Platon, que habiéndolos recibido de Sicilia, los dió á conocer á los atenienses.

«Antes del descubrimiento del arte dramático, nos dijo tambien Euclides, los poetas, á quienes la naturaleza concedió una alma sensible y negó el talento de la epopeya, ya trazaban en sus pinturas los

desastres de una nacion ó las desventuras de un personage de la antiguedad, ya lamentaban la muerte de un pariente ó de un amigo, y ya aliviaban su dolor entregándose á él. Sus cantos lastimeros casi siempre acompañados de la flauta, fueron conocidos bajo el nombre de elegias ó lamentaciones.

«Este género de poesia sigue una marcha comunmente irregular; quiero decir, que el verso de seis pies y el de cinco, se suceden en él alternativamente. Su estilo ha de ser sencillo, las espresiones fogosas, pero sin imprecaciones ni género alguno de desesperacion.

«La elegia puede aliviar nuestros males cuando esperimentamos la desgracia, y ha de inspirarnos valor cuando estamos próximos á ella. Entonces toma un tono mas vigoroso, y haciendo uso de imágenes las mas fuertes, nos hace avergonzar de nuestra cobardia, y enviar las lágrimas derramadas en los funerales de un héroe muerto en defensa de la patria. Asi es como Tirtéo reanimó el ardor apagado de los espartanos, y Calino el de los habitantes de Efeso.

«Cansada en fin de lamentarse de las calamidades harto reales de la humanidad, la

elegia tomó á su cargo el espresar los tormentos del amor, y muchos poetas le debieron un brillo que resalta en favor de sus queridas. Las gracias de Batis se ven á cada instante celebradas por Filetas de Cos, que siendo aun jóven se ha adquirido una justa reputacion. Dicen que su cuerpo es tan delgado y tan débil, que para resistir á la violencia del viento, tiene que ponerse en el calzado unas soletas de plomo ó unas bolas del mismo metal. Los habitantes de Cós envanecidos con sus progresos, le han consagrado una estátua de bronce bajo un plátano.»

Habia en los estantes muchos cuadernos de himnos en honor de los dioses, odas á los vencedores en los juegos de la Grecia, églogas, canciones y varias piezas sueltas.

«La égloga, nos dijo Euclides, ha de pintar las dulzuras de la vida pastoril. Los pastores sentados en el cesped á las márgenes de un arroyo, en la falda de una colina, á la sombra de un árbol antiguo, ya conciertan sus caramillos con el murmullo de las aguas y del céfiro, ya cantan sus amores y sus contiendas inocentes, sus rebaños y los tiernos objetos que los rodean.

«El orígen de este poema debe buscarse en Sicilia, donde el pastor Dafnis concibió

la primera idea de él, y despues le perfeccionaron dos poetas del mismo pais, Estesícore y Diomo.

«La égloga por falta de movimiento y variedad, jamás lisongeará nuestro gusto tanto como aquella poesía, en que el corazon se esplaya en el instante del placer y en el de la pena; hablo de las canciones, cuyas diferentes especies conoceis. Las he dividido en dos clases: la una contiene las canciones de la mesa, la otra las que son peculiares de ciertas profesiones, tales como las de los segadores, vendimiadores, las espigaderas, los molineros, cardadores, tegedores y las nodrizas.

«La embriaguez del vino y del amor, de la alegria y el patriotismo, caracteriza á las primeras. Exigen un talento particular; los que le deben á la naturaleza, no necesitan precepto alguno, y en cuanto á los demas, serian inútiles. Píndaro ha compuesto canciones para beber, pero siempre se cantarán las de Anacreonte y de Alcéo. En la segunda especie de canciones, la relacion de los trabajos se endulza con el recuerdo de ciertas circunstancias ó con el de las ventajas que proporcionan. Oí una vez á un soldado medio borracho que cantaba una cancion marcial, de cuyas pala-

bras no me acuerdo, pero este era el sentido: «una lanza, una espada, un escudo, ved aqui todo mi haber; con la lanza, la espada y el escudo, tengo tierras, mieses y vino: he visto gentes que postradas á mis pies me llamaban su soberano y su señor, porque no tenian ni espada ni escudo.»

«Antes de pasar adelante, debo hacer mencion, dijo Euclides, de un poema en que comunmente brilla el entusiasmo de que hemos hablado. Son los himnos de Baco, conocidos con el nombre de *ditirambos.* Es preciso estar en una especie de delirio para componerlos y cuando los cantan, porque estan destinados á dirigir las danzas vivas y turbulentas, ejecutadas comunmente en corro.

«Este poema se reconoce facilmente en las propiedades que le distinguen de los demas. Para pintar á un mismo tiempo las cualidades y las relaciones de un objeto, muchas veces se permite reunir muchas palabras en una sola, y de esto suelen resultar espresiones las mas largas que cansan el oído, y tan ruidosas que conmueven la imaginacion. Las metáforas que parece que no tienen entre sí conexion alguna, se suceden sin seguirse; el autor que va si-

guiendo á saltos impetuosos, vé el enlace de los pensamientos y descuida el indicarlos. Ya se desentiende de las reglas del arte, ya emplea diferentes medidas de versos y diversas especies de modulaciones.»

En seguida vi una coleccion de versos improvisados, de enigmas, de acrósticos, y de toda especie de grifos ó acertifos. En las últimas páginas habia dibujado un huevo, un altar, una hacha de dos filos, y las alas del amor. Examinando detenidamente estos dibujos, advertí que eran piezas de poesia, compuestas de versos, cuyas diferentes medidas indicaban el objeto que por diversion habian querido representar. En el huevo por ejemplo, los dos primeros versos eran de tres sílabas cada uno; los siguientes iban creciendo hasta cierto punto, desde el cual, menguando con la propia proporcion que habian aumentado, terminaban en dos versos de tres sílabas como los del principio. Limnias de Rodas acababa de enriquecer la literatura con estas producciones tan pueriles como laboriosas.

CAPÍTULO LXXIX.

Continuacion de la biblioteca. La moral.

«La moral, nos dijo Euclides, no era en otro tiempo mas que un tejido de máximas. Pitágoras y sus primeros discípulos la unieron á principios muy superiores á los espíritus vulgares, é hicieron de ella una ciencia. Sócrates persuadido de que hemos nacido mas para obrar que para pensar, se sujetó mas á la práctica, que á la teoría. Desechó las nociones abstractas, y bajo este punto de vista, se puede decir que hizo descender la filosofia á la tierra. Sus discípulos esplicaron su doctrina, y algunos la alteraron con ideas tan sublimes, que hicieron subir la moral al cielo. La escuela de Pitágoras creyó deber renunciar alguna vez á su lenguage misterioso para ilustrarnos acerca de nuestras pasiones y nuestros deberes; y esto es lo que ejecutaron con feliz éxito, Teages, Metopo y Arquítas, cuyos diferentes tratados se encuentran aqui mismo.»

Voy á referir ahora algunas observaciones, que Euclides habia sacado de muchas obras que tuvo la curiosidad de reunir.

La palabra *virtud* en su origen, no significa mas que la fuerza y el vigor del cuerpo, y en este sentido dijo Homero; la *virtud* de un caballo, y se dice todavia la *virtud* de un terreno. En adelante esta palabra significó lo que hay mas estimable en un objeto; y hoy dia se valen de ella para espresar las cualidades del entendimiento, y aun mas las del corazon.

El hombre solitario no tendria mas que dos sentimientos, el deseo y el temor, y todos sus movimientos de perseguir ó de huir. Pudiendo ejercitarse en la sociedad estos dos sentimientos sobre un gran número de objetos, se dividen por consecuencia en muchos objetos, y de aqui resulta la ambicion, el odio y los demas movimientos de que está agitada el alma. Pues, como no hubiese recibido el deseo y el temor, sino por su propia conservacion, es preciso que todos sus afectos concurran, tanto á su conservacion, como á la de los demas. Cuando arreglados por la recta razon producen este dichoso efecto, entonces se vuelven virtudes.

Distínguense cuatro principales, á saber, la fuerza, la justicia, la prudencia y la templanza. Esta distincion que todo el mundo conoce, supone profundos cono-

cimientos en aquellos que la establecieron.

Las dos primeras mas estimadas, porque su utilidad es mas general, propenden ácia la conservacion de la sociedad ; la fuerza ó el valor en la guerra y la justicia en la paz. Las otras dos se dirigen á nuestra utilidad particular. En un clima en que la imaginacion es tan viva y las pasiones tan fogosas , la prudencia debia ser la primera cualidad del entendimiento y la templanza la primera del corazon.

Preguntó Lisis , si los filósofos discordaban ó no sobre ciertos puntos de moral , y Euclides respondió. «Algunas veces. Se han prodigado elogios á la probidad , la pureza de costumbres á la beneficencia , y en todos tiempos se ha clamado contra el homicida , el adúltero , el perjuro y toda clase de vicios. Los escritores mas corrompidos, se ven forzados á anunciar una doctrina sana , y los mas atrevidos á desechar las consecuencias sacadas de sus principios. Ninguno de ellos se atreveria á sostener, que vale mas cometer una injusticia que sufrirla. No estrañareis que estén marcados nuestros deberes en nuestras leyes y en nuestros autores , pero si os sorprendereis al estudiar el espíritu de nuestras institu-

ciones: las fiestas, los espectáculos y las artes, tuvieron entre nosotros en su origen un objeto moral, cuyas huellas se podrán seguir facilmente.

«Algunos usos que parecen indiferentes, presentan á veces una leccion interesante. Se ha tenido cuidado de erigir templos á las Gracias en parages espuestos á la vista de todos, porque la gratitud nunca puede manifestarse con esceso. Hasta el mecanismo de nuestra lengua, las luces de la razon ó del instinto, han introducido verdades preciosas. Entre las antiguas fórmulas de política que ponemos al principio de una carta y que usamos en varias ocasiones, hay una de ellas digna de atencion. En lugar de decir: *yo os saludo*, digo sencillamente, *haced el bien*, y esto es desearos la mayor felicidad. La misma palabra designa al que se distingue por su valor, es tan necesario al uno, como á la otra. Si se quiere dar la idea de un hombre perfectamente virtuoso, se le atribuye la hermosura y la bondad; es decir, las dos cualidades que mas franquean la admiracion y la confianza.»

CAPÍTULO LXXX.

Nuevas empresas de Filipo.—Batalla de Queronéa.—Retrato de Alejandro.

—

(Desde 30 de Junio del año 341 hasta 7 de Julio del 336 antes de J. C.)

La Grecia se habia elevado al mas alto grado de gloria, y era ya preciso que descendiese al término de humillacion fijado por aquel destino que agita sin cesar la balanza de los imperios. Esta declinacion anunciada tiempo hacia, fué muy notable durante mi residencia en la Persia, y muy rápida algunos años despues. Me apresuro al desenlace de esta gran revolucion.

Filipo habia formado nuevamente el proyecto de apoderarse de la isla de Eubéa, valiéndose para ello de sus intrigas y de la ciudad de Megara, con las armas de los beócios sus aliados. Focion ha burlado sus proyectos, cuya ejecucion hubiera hecho á este príncipe señor de Atenas. Con la mira de disponer del comercio de granos que sacan los atenienses del Ponto Euxino, atacó vigorosamente la fuerte plaza de Perinto, y rechazado por los habitantes socorri-

dos de los bizantinos, fué á situarse luego bajo los muros de Bizancio.

Inquietos los atenienses con este sitio, hicieron pedazos la columna en que estaba inscripto el tratado celebrado con Filipo siete años antes, equiparon naves, y se prepararon para la guerra. Nombraron á Focion como general de la espedicion dirigida á la defensa de Bizancio, y al presentarse al frente de esta plaza, los magistrados de la ciudad introdujeron en ella sus tropas. Su valor y disciplina tranquilizaron á los bizantinos y obligaron á Filipo á levantar el sitio. Antes de retirarse tuvo la precaucion de renovar la paz con los atenienses, quienes al punto se olvidaron de los decretos y los preparativos que habian hecho contra el rey de Macedónia.

Entre tanto la junta de los amfictiones habia declarado la guerra á los habitantes de Amfisa, acusados de sacrílegos contra el templo de Delfos. Estos desgraciados, habiendo quedado vencidos en la primera accion, se sometieron á las condiciones mas humildes; pero lejos de cumplirlas, rechazaron en segunda batalla al ejército coligado, y aun hirieron al general. Con este motivo, tuvieron los amfictiones otra junta que se celebró en Delfos, y encar-

garon á Filipo la empresa de vengar los ultrages hechos al templo de esta ciudad. Este príncipe que desconfiaba de las intenciones de los tébanos, en virtud de este decreto, mandó á los pueblos del Peloponeso, que tomasen las armas é hiciesen provision de víveres para cuarenta dias. Entonces se hizo general el descontento en la Grecia; Esparta guarda un profundo silencio, y Atenas vacilante y temblando, quiere y no se atreve á unirse á los pretendidos sacrílegos. En una de sus juntas se propuso consultar á la Pitia. *Filipiza,* esclamó Demóstenes, y la proposicion fué desechada.

Pasó Filipo las Termópilas, entró en la Fócida, y cayó de repente sobre la ciudad de Elatéa con el objeto de establecerse y fortificarse en ella. Al recibirse la noticia en Atenas, se amotina la ciudad, y un mortal espanto yela los ánimos. Los generales pasan la noche corriendo á todas partes y suena por las calles la trompeta. Amanece, y el pueblo se reune en la plaza pública; en medio de un silencio imponente sube Demóstenes á la tribuna, pronuncia algunas palabras sobre las intenciones de Filipo, y propone un decreto reducido á los artículos siguientes. «Despues de haber implorado el auxilio de los Dioses protec-

tores de la Ática, se equiparán doscientas naves. Los generales irán con las tropas á Eleusis; se enviarán diputados á todas las ciudades de la Grecia: luego irán tambien á Tebas para exhortarla á la defensa de su libertad, y ofrecerles armas, tropas, dinero, y decirles que si Atenas creyó hasta ahora que era gloria suya disputarles la preminencia, ahora piensa que seria ignominioso para ella, para los tébanos, para todos los griegos, sufrir el pesado yugo de una potencia estrangera.»

Pasó el decreto sin la menor oposicion, y fueron nombrados cinco diputados, dos de ellos Demóstenes y el orador Hipérides. Partieron inmediatamente para Tebas, y Demóstenes expuso á los tébanos con tal fuerza y energia la necesidad de aliarse con Atenas, que no titubearon en recibir dentro de sus muros el ejército de los atenienses, mandado por Cares y Estratocles.

Filipo aguardando una ocasion favorable, abrazó el partido de ejecutar el decreto de los amfictiones, y embestir á la ciudad de Amfisa. Valiéndose de una estratagema, se apoderó de un desfiladero abandonado por los atenienses y los tébanos, venció á los amfisios y se apoderó de su ciudad.

Hecha esta conquista, entabló negociaciones con los gefes de los tébanos, quienes comunicaron sus proposiciones á los atenienses, y estos les exhortaron á que las aceptasen. Focion era de este dictámen, mas prevaleció el de Demóstenes que era contrario. Este orador marchó al punto á la Beócia, y obligó á los tébanos y beócios, á que rompiesen toda negociacion con Filipo, quedando asi desvanecida toda esperanza de paz. El rey de Macedónia abanzó al frente de un numeroso ejército, hasta Queronéa en Beócia, distante de Atenas cerca de seiscientos estadios (algo mas de 23 leguas.) A la voz imperiosa y elocuente de Demóstenes, se vén avanzar ácia la Beócia numerosos batallones de aquéos ó corintios, leucádios y otros muchos pueblos. El ejército confederado, dicen que era mas fuerte que el de Filipo. Apesar de esto la Grecia entera se ha levantado, digámoslo así, mirando á la Beócia en la terrible espectativa de un acontecimiento que va á decidir de su suerte. Atenas pasa á cada momento por todas las convulsiones de la esperanza y del temor, y Focion está tranquilo.

Dióse la batalla el dia tres de Agosto del año trescientos ochenta y tres antes de J. C. Jamás mostraron mas valor los atenienses

y tébanos. Los primeros llegaron á romper la falange macedoniana, pero sus generales no supieron aprovecharse de esta ventaja. Advirtiólo Filipo que mandaba el ala derecha, y restableció el órden en su ejército. Alejandro su hijo, era general de la izquierda, y uno y otro acreditaron el mayor valor. Demóstenes fué de los primeros que huyeron : mas de mil atenienses murieron con gloria, y mas de dos mil quedaron prisioneros. Casi igual fué la pérdida de los tébanos.

El rey manifestó al principio una alegria indecorosa, y despues de un banquete en que sus amigos imitándole se entregaron á los mayores escesos, fué al campo de batalla, y no se avergonzó de insultar á aquellos valientes guerreros que veia á sus pies postrados, y compaseando la marcha, se puso á declamar el decreto que Demóstenes formó para levantar contra él los pueblos de la Grecia : pero el orador Demóstenes, aunque encadenado, le dijo. «Filipo, tu haces el papel de Tersites, cuando pudieras hacer el de Agamenon.» Estas palabras le hicieron volver en sí, arrojó la corona de flores que ceñia su frente, puso á Demóstenes en libertad, é hizo justicia al valor de los vencidos.

Algun tiempo despues y en tanto que los atenienses se preparaban para sostener un sitio, Alejandro acompañado de Antipater, vino á ofrecerles un tratado de paz y alianza.

Entonces ví á aquel que ha llenado la tierra de admiracion y de luto. Tenia diez y ocho años, y se habia distinguido ya en muchas batallas, tanto que en la de Queronéa desbarató y puso en fuga precipitada el ala derecha del ejército enemigo. Esta victoria añadia nuevo esplendor á sus gracias personales. Tiené las facciones regulares, la tez blanca y encarnada, la nariz aguileña, los ojos grandes, vivos y espresivos, el cabello rubio y rizado, la cabeza erguida y algo inclinada al hombro izquierdo, la estatura mediana, pero fina y desenvuelta, el cuerpo muy proporcionado y fortalecido con un contínuo ejercicio; dicen que es en la carrera muy ligero y en el vestir muy afectado. Entró en Atenas montado en un caballo blanco, llamado Bucéfalo, que nadie pudo dominarle antes que él, y habia costado trece talentos (mas de 260,000 reales vellon.)

Este príncipe reune á un grande ingenio, grandes disposiciones, el insaciable deseo de instruirse, y la aficion á las artes que

protege sin conocerlas todavia : es afable en la conversacion , sencillo y consecuente en el trato, y de ideas sublimes y elevadas. La naturaleza insinuó en su corazon las virtudes , y Aristóteles le ha esplicado los principios de ellas. Pero en medio de tantas ventajas , reina en él una pasion que le será funesta , y aun quizá al género humano , cual ès el escesivo deseo de dominar. Quisiera ser el único soberano de la tierra y el solo depositario de los conocimientos humanos. Entre padre é hijo se halla alguna diferencia de carácter. Filipo se vale de diferentes medios para lograr sus fines : Alejandro no conoce otro que el de su espada. Aquel no se averguenza de disputar el premio en los juegos olímpicos á un simple particular : este no quisiera por contrarios mas que reyes.

Celoso de su padre querrá escederle, y émulo de Aquiles tratará de igualarle. Acerca de este decia en una ocasion , que fué el mortal mas feliz por haber tenido un amigo como Patroclo y un panegirista como Homero.

La negociacion de este príncipe no sufrió demora alguna. Los atenienses aceptaron la paz , cuyas condiciones fueron muy benignas , pues unicamente exigió que sus

diputados fuesen á la dieta que iba á convocar en Corinto para tratar del interés general de la Grecia. Estando reunidos casi todos los diputados de esta, escepto los de Lacedemónia, Filipo les propuso, primeramente que estinguiesen todas las disensiones que hasta entonces habian tenido divididos á los griegos, y que estableciesen un consejo permanente encargado de velar en la conservacion de la paz universal. A continuacion les hizo presente, que era tiempo de vengar á la Grecia de los ultrages que la habian hecho en otro tiempo los persas, y de llevar la guerra á los estados del gran rey. Ambas proposiciones fueron admitidas con aplausos, y por voto unánime eligieron á Filipo para generalísimo del ejército de los griegos con poderes los mas amplios. Al mismo tiempo arreglaron el contingente de tropas que debia dar cada ciudad, y ascendian á doscientos mil infantes y quince mil caballos, sin contar los soldados de Macedónia y de las naciones bárbaras sometidas á sus leyes. Hecha esta resolucion, volvió Filipo á sus estados, á fin de prepararse para esta gloriosa espedicion.

Entonces fué cuando espiró la libertad de la Grecia. Este pais tan fecundo en

grandes hombres, estará por mucho tiempo sujeto al rey de Macedónia. Entonces fué tambien cuando yo me separé de Atenas para volver á Escítia, exento ya de las preocupaciones que me habian hecho odiosa aquella residencia, y acogido por una nacion establecida en las márgenes del Boristenes, cultivé un reducido terreno que perteneció al sabio Anacarsis uno de mis abuelos. En mi juventud busqué la felicidad entre las naciones ilustradas; en una edad mas avanzada, he hallado el descanso entre un pueblo que no conoce mas bienes, que los que dá la naturaleza.

FIN DEL TOMO SEGUNDO Y ÚLTIMO.

Para mayor inteligéncia y utilidad del lector se ponen al fin de este compendio tres tablas muy curiosas. La primera contiene las principales épocas de la historia griega desde la fundacion del reino de Argos, hasta el reinado de Alejandro. La segunda la correspondencia de las medidas itinerarias. La tercera la valuacion de las monedas griegas, segun el valor de las nuestras.

TABLA PRIMERA.

	Años ant. de J. C.
Colonia conducida por Ínaco á Argos.	1970
Diluvio de Ogiges en la Beócia. . . .	1796
Colonia de Cecrops en Atenas. . . .	1657
Colonia de Cadmo en Tebas.	1594
Colonia de Dánao en Argos.	1586
Diluvio de Deucalion en Tesália. . .	1580
Fundacion de Troya.	1425
Nacimiento de Hércules.	1383
Nacimiento de Teséo.	1367
Expedicion de los Argonautas.	1360
Primera guerra de Tebas entre Etéocles y Polinice.	1329
Segunda guerra de Tebas ó de los Epígonos.	1319
Muerte de Teséo.	1305
Toma de Troya.	1282

	Años ant. de J. C.
Vuelta de los heraclidas al Peloponeso.	1202
Muerte de Codro último rey de Atenas.	1092
Establecimiento de los archôntes perpetuos.	Id.
Paso de los Jónios á la Asia menor.	1076
Nacimiento de Licurgo.	926
Homero, ácia el año.	900
Restablecimiento de los juegos olímpicos.	884
Legislacion de Licurgo.	845
Su muerte.	841
Primera olimpíada (*), *en que Corebo ganó el premio del estadio*. . .	776
Teopompo sobrino de Licurgo sube al trono de Lacedemónia.	770
Fundacion de Siracusa y de Corcira por los Corintios.	757
La autoridad de los archôntes de Atenas limitada al término de diez años.	743
Fundacion de Tarento por Falanto lacedemónio.	708
Los archôntados de Atenas se limitan á un año.	683

(*) La Olímpiada se compone de cuatro años; cada uno de estos, empezando en la luna nueva que sigue al solsticio de verano, corresponde á los dos años Julianos, y comprende los seis meses últimos de la una y los seis primeros de la siguiente.

	Años ant. de J. C.
Fundacion por los de Megara.	658
Nacimiento de Tales de Mileto. . . .	640
Nacimiento de Solon.	638
Archôntado y legislacion de Dracon en Atenas.	624
Alcéo y Safo florecen.	604
Nacimiento de Pitágoras ácia el. . .	600
Archôntado y legislacion de Solon. .	594
Esopo florecia en.	572
Pisistrato usurpa el poder soberano en Atenas.	560
Ciro sube al trono de Persia.	560
Muerte de Solon.	559
Anacreonte florecia en.	532
Muerte de Ciro y sucesion de su hijo Cambises.	529
Muerte de Pisistrato tirano de Atenas; sus dos hijos Hipias é Hiparco le suceden.	528
Darío hijo de Histaspes, reina en Persia.	521
Nacimiento de Píndaro.	517
Muerte de Hiparco, tirano de Atenas.	514
Hipias arrojado de Atenas.	510
Expedicion de Darío contra los escitas.	508
Sublevacion de los jónios contra Darío; incendio de Sardes.	504

UNIV

	Años ant. de J. C.
Toma y destruccion de Mileto por los persas.	496
Batalla de Maraton ganada por Milcíades.	490
Muerte de Darío rey de Persia: Jerges su hijo, le sucede.	485
Jerges atraviesa el Helesponto. . . .	480
Combate de las Termópilas y toma de Atenas.	
Batalla de Salamina.	
Batallas de Platéa y de Micala. . . .	479
Destierro de Temístocles.	471
Victoria de Cimon contra los persas junto al Enrimedon.	370
Nacimiento de Sócrates.	469
Muerte de Arístides.	467
Muerte de Jerges: sucédele Artajerges Longimano y reina 40 años. .	465
Muerte de Píndaro.	452
Muerte de Temístocles.	449
Gobierno de Pericles.	444
Principio de la guerra del Peloponeso.	431
Nacimiento de Platon.	429
Muerte de Pericles.	
Batalla de Delio entre atenienses y beócios, cuya victoria ganaron estos últimos.	424

	Años ant. de J.C.
Batalla de Amfípolis entre lacedemónios y atenienses.	422
Expedicion de los atenienses á Sicilia.	415
Batalla de las arginusas, en que la escuadra de Atenas derrota á la de Lacedemónia. . . . . Célebre victoria de Lisandro contra los atenienses cerca de Egos-Potamos.	406
Toma de Atenas. . . . . Lisandro establece en esta ciudad 30 tiranos. . . . . Restablecimiento de la libertad de Atenas.	404
Expedicion del jóven Ciro.	400
Muerte de Sócrates.	399
Victoria de Conon contra los lacedemónios cerca de Gnido.	394
Paz de Antalcidas entre persas y griegos.	387
Nacimiento de Demóstenes.	385
Nacimiento de Aristóteles.	384
Artajerges-Mnemon rey de Persia, pacifica la Grecia. Los lacedemónios conservan el imperio de la tierra; los atenienses consiguen el del mar.	374
Platéa destruida por los tébanos. . .	372

	Años ant. de J. C.
Batalla de Leuctres ganada por Epaminondas contra los lacedemónios.	371
Expedicion de Epaminondas á Lacónia.	369
Aristóteles de edad de diez y ocho años, va á establecerse á Atenas.	367
Batalla de Mantinéa entre tébanos y lacedemónios. Muerte de Epaminondas.	362
Filipo sube al trono de Macedónia. .	360
Guerra social.	358
Expedicion de Dion á Sicilia.	357
Principio de la guerra sagrada. . . .	356
Nacimiento de Alejandro.	356
Demóstenes sube por primera vez á la tribuna de las arengas.	354
Los olintios sitiados por Filipo imploran el socorro de los atenienses.	349
Muerte de Platon.	347
Filipo se apodera de la Fócida. . . .	346
Dionisio el jóven, rey de Siracusa, arrojado de la Sicilia por Timoleon que le envia á Corinto. . . .	343
Batalla de Queronéa.	338
Muerte de Filipo.	336
Muerte de Alejandro.	323
Muerte de Aristóteles.	322
Muerte de Demóstenes.	322

TABLA SEGUNDA.

Correspondencia de los estadios con nuestras toesas.

Estadios.	Toesas.
1.	94 ½
2.	189
3.	283 ½
4.	378
5.	472 ½
6.	567
7.	661 ½
8.	756
9.	850 ½
10.	945
20.	1890
30.	2835
40.	3780
50.	4725
60.	5670
70.	6615
80.	7560
90.	8505
100.	9550
200.	19100
300.	28650
400.	38200
500.	47750

Estadios.	Toesas.
600.	57300
700.	66850
800.	76400
900.	85950
1000.	95500

Cerrespondencia de los estadios con la legua de España de 4000 pasos.

Estadios.	Leguas.	Pasos.
1.	»	132 1/4
2.	»	264 1/2
3.	»	396 3/4
4.	»	529
5.	»	661 1/4
6.	»	793 1/2
7.	»	925 3/4
8.	»	1058
9.	»	1190 1/4
10.	»	1322 1/2
20.	»	2645
30.	»	3967 1/2
40.	1	1290
50.	1	2612 1/2
60.	1	3935
70.	2	1257 1/2

Estadios.	Leguas.	Pasos.
80.	2	2580
90.	2	3902 ½
100.	3	1225
200.	6	2450
300.	9	2675
400.	13	900
500.	16	2125
600.	19	3350
700.	23	575
800.	26	1800
900.	29	3025
1000.	33	250

TABLA TERCERA.

Correspondencia de la moneda de Atenas con la de España.

Dracmas.	Reales.	Mrs.
El óbolo 6.ª parte de la dracma.		19
1.	3	12
2.	6	24
3.	10	2
4.	13	14
5.	16	26
6.	20	4
7.	23	16
8.	26	28
9.	30	6
10.	33	18
20.	67	2
30.	100	20
40.	134	4
50.	167	22
60.	201	6
70.	234	24
80.	268	8
90.	301	26
100. dracmas hacen una mina.		
Minas.		
1.	335	10
2.	670	20

Minas.	Reales.	Mrs.
3.	1005	30
4.	1341	6
5.	1676	16
6.	2011	26
7.	2347	2
8.	2682	12
9.	3017	22
10.	3352	32
20.	6705	30
30.	10058	28
40.	13411	26
50.	16761	4

60. minas hacen un talento.

Talentos.		
1.	20117	22
2.	40235	10
3.	60352	32
4.	80410	20
5.	100,588	8
6.	120,705	30
7.	140,823	18
8.	160,941	6
9.	181,058	28
10.	201,176	16
20.	402,352	32
30.	603,529	14
40.	804,705	30
50.	1.005,882	12

Talentos.	Reales.	Mrs.
60.	1.207,058	28
70.	1.408,235	10
80.	1.609,411	26
90.	1.810,588	8
100.	2.011,764	24
200.	4.023,529	14
300.	6.035,294	4
400.	8.047,058	28
500.	10.058,823	18
600.	12.070,588	8
700.	14.082,352	32
800.	16.094,117	22
900.	18.105,882	12
1000.	20.117,647	2

Esta evaluacion aproximativa puede dar á los que lean la historia griega, una idea de las multas considerables que algunas veces imponian los atenienses á los generales suyos que querian castigar; las sumas que adquirian con sus conquistas, las que les daban los tributos y contribuciones, y las que invertian, en fin, tanto en tiempo de paz como de guerra: les servirá ademas para rectificar las diferentes valuaciones, que encontrarán en las historias compuestas mas de cincuenta años hace.

FIN DE LAS TRES TABLAS.

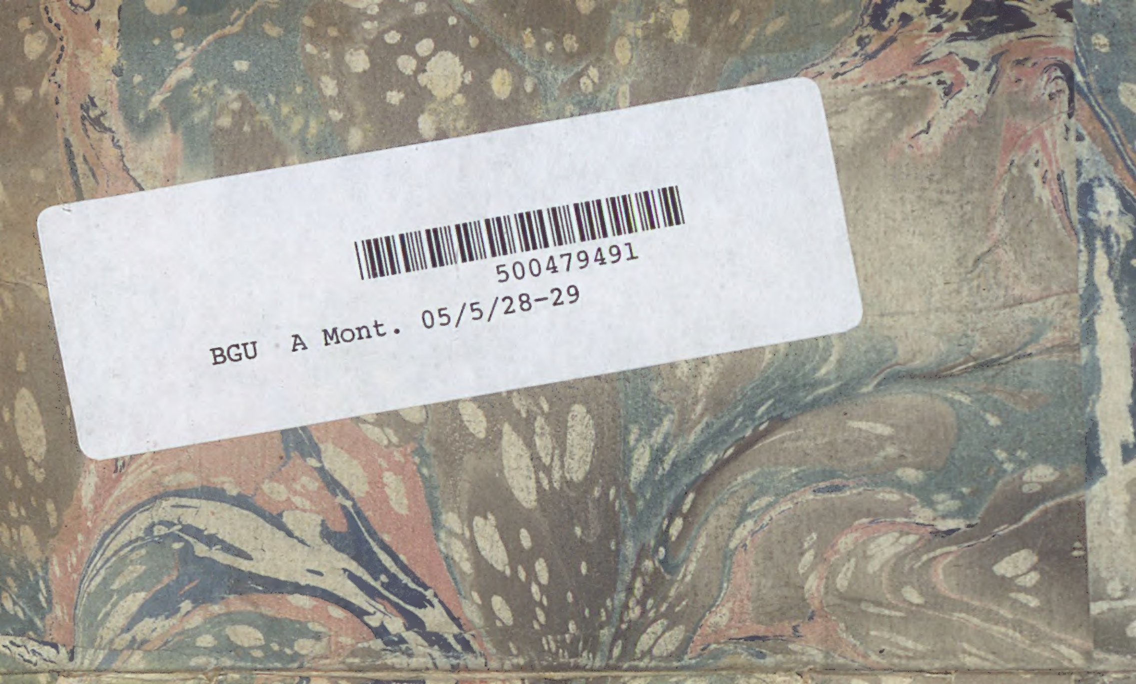
TABLA
DE LOS CAPITULOS
CONTENIDOS
EN ESTE SEGUNDO TOMO.

PRIMERA PARTE.

SEGUNDA PARTE.

Fin de la tabla del segundo y último tomo.




500479491
BGU A Mont. 05/5/28-29


VIAGE
DE
ANACARSIS
2
MONT. 5
5/29


colorchecker CLASSIC
calibrite
mm